

La ayudante

de cupido



Lightning Tucker

# La ayudante de Cupido

Lighling Tucker

Copyright © 2016 Tania Castaño Fariña – Lighling Tucker

España.

Todos los derechos reservados.

Editado en España por Tania Castaño Fariña

Diseño de portada Tania Castaño Fariña

Fotografía portada de Fotolia ([www.fotolia.com](http://www.fotolia.com))

Primera edición Abril 2016

A tí.

La luz de mis días desde que naciste.

Mi pequeño bebé.

## Agradecimientos

Esta novella ha tenido algún que otro contratiempo pero, al final, ve la luz. Hay muchos nombres los que quiero colocar aquí y espero no dejarme a nadie.

A Diana del Barrio, que haría yo sin mi niña bonita.

A tres mosqueteras (Manoli, Gemma y Elena) por que hablar con vosotras es tener un día lleno de risas.

A mi querida Naitora, gracias por estar un día más en mi vida.

A Javier Castillo, en ti he encontrado un gran amigo. Gracias por estar ahí.

A mis compañeras ARI's, gracias a todas ellas sigo luchando por mi sueño y siendo mejor.

A Ariel, May Dior, Lorena Santos, a Ester FG, a Arancha, a Araceli.

Sin olvidar al amor de mi vida.

Y a ti lector, el más importante en este sueño de escribir.

## Prólogo

–No ha quedado tan mal. –sonrió Destino mirando una nueva faena hecha.

Gracias a él y Cupido habían unido a una pareja que ya había perdido la esperanza en el amor. Verlos pasear de la mano como si de dos mozuelos se tratara lo

conmovió. Era bonito ver el amor abrazar dos personas de setenta años.

Chascó los dedos y el libro donde miraba el mundo humano se cerró. Era un nuevo caso cerrado con efectividad y rapidez y sabía quién había redactado el informe.

–Setenta años ¿eh? –dijo tratando de llamar la atención de su socio Cupido, el cuál andaba mirando los peces de colores que tenía en su despacho.

–Un caso muy complicado ¿no crees?

–Uhm. –asintió su socio complacido viendo nadar los pequeños animales de un lado al otro.

Pero Destino no iba a dejar el tema.

–¿Me pregunto quién habrá redactado el informe?

Y, al fin, su socio comprendió lo que él estaba tratando de hacer. Dejó de estar encorvado mirando sus mascotas para ponerse recto y encararlo de frente. Su rostro lucía interrogativo, además, hizo una mueca de desagrado antes de tomar la palabra.

–Sabes de sobra que ha sido Paige. ¿Por qué?

–Esa chica trabaja demasiado.

Cupido negó con la cabeza, ese tema lo habían tratado tantas veces que sabía lo que estaba pasando por la cabeza de su amigo. Estaba a punto de estrangularlo, no había día que no le sacara el tema de su ayudante y él comenzaba a ceder terreno.

–Tienes que enviarla a la Tierra Cupido, su tiempo a expirado. –dijo como si las cosas fueran tan sencillas.

En realidad no lo eran, pero Destino tenía que convencerle que la entregara antes de que todo fuera demasiado tarde.

–No... –titubeó Cupido. –No puedo hacerlo. –confesó.

Y esa era una realidad devastadora, él no podía hacerla partir a la Tierra pero era de vital importancia que dejara libre a Paige.

–No puede quedarse más tiempo aquí.

Lo observó caminar hasta el asiento tras su escritorio y dejarse caer pesadamente. Era más que evidente que le costaba deshacerse de la pequeña humana.

–Sólo un poco más. –suplicó como si de un niño se tratase.

No, era el momento.

–Eso lo dijiste hace cuatro años. –tomó aire y continuó:–Esto ha durado demasiado tiempo, debe volver a la Tierra. Hazlo como veas pero tienes una semana para que retorne a su lugar o lo haré yo.

Y era una promesa solemne.

Cupido, finalmente, se dio por rendido. En realidad, era lo mejor.

–Está bien. Lo haré.

–Buena decisión.

## Capítulo 1

–¿Vacaciones?! –bramó llevándose las manos a la cabeza.

“*Está bien, que no cunda el pánico.*” –pensó antes de lanzarse a la yugular de su jefe. Aquello debía de tratarse de una broma, de lo contrario comenzaba a no tener gracia alguna.

–Paige. –la voz profunda de su jefe entró en su mente y lo alborotó todo. No, aquel tono de voz no era de estar tomándole el pelo.

–Cupido, no puedes obligarme.

Él se tomó aquella frase lanzada al aire como un reto, se tomó el mentón con la mano derecha y sonrió directo a ella. Sí, aquella mujer le provocaba ternura y más ahora que suplicaba seguir trabajando.

Por otra parte, no podía seguir haciéndolo, era el momento que aquellos años a su servicio fiel y total le regalaran un merecido descanso.

–A ver... –pensó bien sus palabras antes de que Paige las tomara en su contra. –No es un castigo, necesitas descansar.

Y la pobre lo miró con la cara desenchajada, era más que evidente que le desagradaba la orden. Su rostro era pura desolación, todos sus rasgos se habían marchitado en una profunda pena.

Era difícil ver a semejante belleza tan triste. Sí, Paige Moon era una mujer completamente hermosa.

–¿He hecho algo mal? –preguntó arrugando entre sus manos, aún más, su vestido blanco.

¿Era algo malo trabajar más de doce horas diarias? ¿Dedicarse en cuerpo y alma a que los humanos encuentren el amor verdadero? ¿Saciarles de felicidad para sentirse

bien? En el caso de Paige sí, ya que llevaba demasiado tiempo sin vivir su propia vida.

–Te repito que no es un castigo. Necesitas desconectar de todo esto.

Se sentía miserable haciendo pasar aquella alma pura un rato tan amargo pero ella debía de comprender que el reposo era obligatorio.

Cupido apoyó el trasero en la mesa de su despacho, mirando sin perder detalle a su ayudante. No recordaba haberla visto tan aterrada en todo el tiempo que llevaba trabajando para él. Tomó un par de respiraciones y pensó en que no debía volverse blando, era una decisión tomada.

–Hoy, en cuanto acabes te irás de vacaciones.

Las siguientes palabras de ella fueron tan inconexas que no pudo comprenderlas. Rió y esperó a que sus ideas se aclararan.

Su indignación era máxima. ¿Cómo se atrevía su jefe a obligarla a que se tomara un descanso? ¿Cómo había sido capaz? Además de añadir el hecho de que se sentía como si la estuviera castigando por todo el tiempo que había trabajado duramente con él.

\*\*\*

–No tienes que hacerme un drama por ello. Sólo serán unos días, luego volverás aquí y seguirás trabajando tan duro como de costumbre.

Sonrió pensando en lo siguiente que tenía que decirle pero, al mismo tiempo, esperaba que la pobre chica entendiera que aquella era una decisión tomada; no iban a convencerle todos los argumentos que podía inventarse.

Sabía de buena tinta que aquel trabajo podía llegar a ser duramente adictivo pero, al mismo tiempo, sabía las consecuencias de volcarse demasiado. Él había perdido su vida encauzando las de las demás y no iba a permitir que su inocente ayudante viviera el calvario en el que él cayó.

–Jefe, tengo demasiados casos abiertos, no puedo simplemente dejarlos y desaparecer. –su nerviosismo era palpable en su tono de voz.

–Déjalo, Audriel lo hará por ti.

Una mueca de desagrado cruzó el rostro de Paige, sabía que no se llevaba bien con su compañero pero no se imaginaba que, la sola mención de su nombre, desencadenara una respuesta física tan fuerte.

Contó hasta diez para no reírse, no quería enfadarla más de lo que estaba. Oteó el ambiente, sí, ella sentía como si descansar fuera un castigo, sí, era el momento justo de poner en marcha su plan.

Antes de que te marches me gustaría que pasaras a despedirte por mi despacho.

\*\*\*

Paige, simplemente asintió y comenzó a recoger. El aire agri dulce que acarició su nariz le mostró lo enfadada que estaba. Pobre mujer, no esperaba que se tomara aquello tan a pecho.

–Eres la primera persona que veo que se enfada por que le den vacaciones.– la voz de su compañera–amiga Andrea le hizo soltar un bufido.

¿Por qué nadie comprendía que quería seguir trabajando? Nadie le había preguntado si quería parar, únicamente se había basado en pura estadística y había ido a por ella a decirle que debía descansar.

¿Paige descansar? De locos, aquello era para llevar una camisa de fuerza.

–No quiero dejar mis casos. –gruñó cogiendo un montón de carpetas.

Todos aquellos archivos eran personas que merecían encontrar el amor de verdad y ella se quería hacer cargo de encontrar a la persona adecuada. Luego, sólo hacía

falta pasarle el informe definitivo a Cupido y que él los uniera.

–La idea no es sólo de Cupido y lo sabes. Si los jefazos quieren que descanses, vete a casa y disfruta.

Sabía que su amiga únicamente buscaba animarla pero, en aquellos momentos, ella estaba reprimiendo el impulso de gritarle que dejara los ánimos para otra persona que quisiera escucharlos.

–Sí, sé que Destino ha tenido algo que ver. E, intuyo, que ha sido por que hace una semana me vio casi dormida en la mesa.

Y no lo culpaba por haberse preocupada, la semana anterior Paige se estaba recuperando de la madre de todas las gripes y apenas había tenido fuerzas para mantener los ojos abiertos. Su jefe la había descubierto cuando había decidido que cerraría los ojos un par de minutos para descansar.

–¿Cuánto hace que no sales, Paige?

–Salí hace una semana. –contestó ella recordando el momento.

–No a dar un paseo, si no a divertirme. Ligar, reír, beber, follar, algo que requiera que tu cuerpo sienta sentimientos de verdad.

–¡Claro que tengo sentimientos!

Andrea negó con la cabeza y la abrazó.

–Lo sé. –Y continuó–Pero hace demasiado tiempo que no te dedicas un día para ti.

Sí, tenía razón, comenzó a pensar la última vez que había tenido un día libre y no pudo recordarlo. Llevaba demasiado tiempo trabajando en aquel lugar. Al inicio comenzó haciendo horas extras, luego alargó de ocho a diez horas su jornada laboral y, al final, trabajó de lunes a domingo sin parar.

Ya no sabía cuando habían sido sus últimas vacaciones.

Pero los humanos la necesitaban, aquellas personas necesitaban amor, llenar sus vidas con ese sentimiento cálido y acogedor. No podía descansar hasta ver la sonrisa en los seres que ayudaba. Era su medio de vida y le pagaban con amor.

Algo que jamás había sentido, no había tenido tiempo.

Paige miró su despacho, de paredes de cristal donde los secretos eran fácilmente encontrados, toda aquella planta estaba dirigida a los ayudantes y trabajadores de Cupido.

Trabajaba en *Loves Forever S.L.*, una empresa fundada por Cupido y Destino, socios capitalistas de aquel lugar. El edificio contaba con tres plantas y Paige trabajaba en la segunda planta, donde estaban todos los ayudantes de cupidos. Ellos se encargaban de seleccionar perfiles de personas y emparejarlas con otras. ¿En qué se basaban? Estadísticas, números, tablas y mucha intuición. Elaboraban un informe que Cupido leía concienzudamente y si él lo creía válido unía, gracias a Destino, a esos humanos que tenían marcado conocerse.

La planta superior estaba destinada para contabilidad y la primera para Destino y sus ayudantes. ¿Qué hacían allí? Era un misterio, nadie era más hermético que Destino, un hombre que le producía escalofríos sólo de pensarlo.

¿Y qué decir de su jefe?

Lejos quedaba la imagen del bebé en pañales, con mini alas decorando su espalda y un arco y flechas para unir amores. No, su jefe era caliente, fuerte, peligroso y sexy. Era como comerse un bombón de chocolate relleno de almendra, el summun de los bombones.

Largas piernas curtidas en batallas alzaban a un hombre alto, cerca de los dos metros de puro músculo. Era muy ancho de espaldas y los trajes que solía vestir le hacían parecer mucho más grande. Recordó su olor a lluvia y los largos cabellos negros ondeando al aire, era un hombre que calentaría hasta a la más frígida de las mujeres. Y su rostro era angelical, rasgos suaves, esculpidos concienzudamente en una nariz pequeña, unos labios gruesos y unos enormes ojos verdes esmeralda. Sí, ese era su jefe, el bombón que no le permitía su dieta.

–Vamos, ya es hora de acabar la jornada. –le susurró Andrea con cariño.

Cargando sus carpetas salió de su despacho y caminaron el largo pasillo hasta el de Audriel. El susodicho tecleaba algo en su ordenador y ni se molestó en levantar la vista de la pantalla donde trabajaba.

–Déjalos encima la mesa, el jefe ya me avisó.

Y con esa frialdad Paige sintió que el corazón se le encogía, aquellos humanos eran sus niños y no podía dejarlo en manos de alguien a quien no les importaba, que únicamente los veía como números para llenar un cupo.

La mano de Andrea tocó su antebrazo derecho, la miró y ella la sonreía cordialmente. Tenía que hacerlo y eso le rompía el alma.

–Vamos cariño. –la alentó su amiga.

Esbozó una sonrisa amarga en respuesta y dejó su trabajo sobre el escritorio de aquel hombre tan indeseable. Ahí estaba el trabajo de meses.

–Cúídalos. –suplicó en un susurro.

–Claro, claro y ahora iros que tengo faena. –contestó su compañero haciendo aspavientos con la mano indicándoles la salida.

Aquel hombre la enervaba y estuvo a escasos segundos de coger la grapadora y ponerle los párpados fijos a la frente. Frenó sus instintos sanguinarios y, con toda la dignidad que pudo reunir, salió de aquel despacho.

Oficialmente estaba de vacaciones.

## Capítulo 2

Iam esperaba tranquilamente el autobús, bufó mientras comprobaba que el transporte público llegaba veinte minutos tarde. No era algo de extrañar en Manhattan, seguramente alguna pobre alma se había tirado a la vía del tren y ese era el causante de todo el atraso.

Miró, nuevamente el reloj, si se retrasaba más no iba a poder llegar al juicio a tiempo. En toda su carrera jamás había llegado tarde al trabajo. Era abogado criminalista y su fama le predecía, era voraz y letal en la sala pero llegar tarde le haría una enorme mancha en su impecable curriculum.

Su coche estaba en el taller y el tren no venía, parecía que el mundo se había confabulado para hacerle un mal día. Bufó sonoramente y trató de mantener la calma.

Su bolsillo vibró y esperó que fueran buenas noticias. La pantalla le reveló que se trataba de su secretaria, descolgó y saludó:

–Buenos días, Rose. ¿Todo bien?

–Sí, todo perfecto. Me preguntaba si ya estabas en el tren...

Iam sonrió.



–No y no parece que vaya a venir en la próxima media hora. Estoy perdido.

–Bien, voy a buscarte y te llevo al juicio.

–Gracias.

Y unas pocas palabras cordiales después ya habían colgado, estaba claro que aquella mujer cuidaba mejor de él que su propia madre. Estaba atenta a todo y había escuchado por la radio que había un gran parón de trenes en su zona.

Vivía demasiado lejos del juzgado, debía llegar al Tribunal penal de Nueva York, que estaba a una hora en coche de su casa. Miró nuevamente el reloj, el juicio se iba a celebrar en dos horas y media, únicamente esperaba no dejar a su cliente solo.

\*\*\*

–Sube. –sonrió Rose abriendo la puerta del copiloto desde dentro.

Rápidamente se lanzó al asiento y cerró, antes de poder ponerse el cinturón ya estaban pitando que se interponía en el tráfico. Sí, aquella era una ciudad estresada y la gente no se permitía ni un segundo de respiro.

–¡Salta, capullo! –exclamó su secretaria haciendo un movimiento con la mano, indicándole al conductor del coche de atrás que pasara por encima de ellos.

Ya se había olvidado de lo agresiva que se volvía al volante. Podía parecer una chica tímida y dulce pero eso cambiaba cuando se ponía a conducir. Era como tener a dos personalidades encerradas en ese cuerpo tan pequeño.

Y lo de pequeño era literal, con apenas metro cincuenta de estatura Iam no sabía como podía llegar a los pedales y ver el camino al mismo tiempo. Era algo más mayor que él, unos dos o tres años así que debía de estar cerca de los treinta y cinco años. Tan delgada que pensaba que usaba la última talla de adolescente en vez de la de mujer.

Aquella mañana iba vestida de traje solo que, en vez de pantalón, lucía una falda de tubo que quedaba por debajo de sus rodillas. Su larguísimo pelo largo siempre iba recogido en un fuerte moño, a veces Iam se preguntaba si no le dolería la cabeza de apretarlo tanto.

Se recolocó la coleta, ¿qué hacía pensando en su secretaria? Rose estaba felizmente casa y él... estaba una sequía que duraba ya demasiado tiempo.

¿Cuánto hacía que no estaba con una mujer? ¿O simplemente tomarse una copa? El trabajo lo estaba absorbiendo sin control y empezaba a verlo. Quizás estaba a tiempo de parar aquella caída sin paracaídas.

–Tengo una amiga que se acaba de quedar soltera.

## Capítulo 3

Paige llamó a la puerta del despacho de Cupido, no estaba dispuesta a irse sin pelear y él mismo le había dicho que, antes de irse, pasara a verlo. Así pues, iba a dejarle claro que no pensaba tomar esas vacaciones y que el lunes estaría en su oficina como siempre.

–Adelante. –el tono varonil de su jefe la envolvió y poco a poco fue minando sus defensas.

Sí, tal vez era mejor obedecer y volver con las pilas renovadas.

“¡Ni hablar! Tengo que luchar por lo que quiero.”– se dijo a sí misma, antes de alisarse la camisa y la falda, respirar profundamente y lanzarse dentro del despacho, como si de un circo romano se tratara.

Sólo que ella no era un gladiador y Cupido sí podía ser un león. La iba a engullir, sin más.

Él la esperaba tras su escritorio, sentado en su silla y con una ceja arqueada, al parecer, se había sorprendido de su abrupta entrada a pesar de ser anunciada.

–¿Ya has recogido tus cosas? –su pregunta viajó lentamente por el despacho, su tono neutral y sin ningún sentimiento, su jefe la observaba detenidamente y estaba preparado para enfrentarla en cualquier momento.

–Sí, ya he entregado mis expedientes.

–Los cuidará bien.

Paige hizo una mueca de desagrado, se fiaba más de un sociópata con una pistola que de su compañero atendiendo a sus parejas.

–Confía en mí, yo superviso todos los casos.

Eso era lo único que hacía que pudiera tener algo de tranquilidad.

–Bien.

Su interior le pedía que gritara, que se enfrentara a las órdenes y le dejara bien claro que no quería irse de vacaciones. Además, ¿a dónde? No tenía amigas y no había mucho que hacer en el cielo. Esos días los iba a usar para limpiar a fondo la casa y engordar en el sofá comiendo palomitas.

Miró a Cupido y sus ojos verdes le derribaron, sí, él esperaba algún tipo de batalla por su parte y estaba preparado para acabar de un golpe con todo aquello. No tenía posibilidad de victoria.

Así pues, respiró hondo y negó con la cabeza.

–Está bien, me voy de vacaciones.

Y él dio un par de palmas totalmente eufórico y sonriente. Su jefe cambió por completo, en aquellos momentos optó por una pose más relajada y la alegría lo embargaba por completo.

–Muy buena decisión. Sino Destino te hubiera atado y llevado al culo del universo para abandonarte allí.

La imagen de su otro atractivo jefe viajó por su mente. Vale, sí, debía de confesar que pensar en Destino ligero de ropa le ponía un poco. Era como el bombero cachas que venía a apagar fuegos y a poner su vida en riesgo.

No es que Cupido fuera menos atractivo, ambos podían estar contentos pues la genética había estado de su lado.

Destino era una altísima masa de músculos, su cuerpo era el de un guerrero curtido en demasiadas batallas. Fuerte y ágil, lo había visto en algún partido de fútbol que habían organizado los empleados y había demostrado ser de–mo–le–dor. Además de tener un enorme séquito de mujeres tras él. Nadie podía resistirse a sus largos cabellos morenos, su culo prieto y sus piernas de acero. Pero Paige se había fijado más en su rostro, tras toda la fuerza de su cuerpo, su cara no era más que la imagen de alguien eterno, inmortal, congelado en los treinta años. Rasgos dulces envolvían su rostro, con grandes ojos negros y carnosos labios rojos. Una imagen apetecible del destino hecho carne.

Aunque, Cupido no era en chico del montón precisamente. Quizás no tan alto como su socio, pero sí más fuerte, su jefe era como un gran gladiador. Sus ojos verdes esmeraldas eran su rasgo más significativo, capaces de hipnotizarte en un pestañeo y acabar contigo en otro. Su rostro inmortal era más rudo que el de su amigo, pero no menos sexy, rasgos duros y fuertes con unos sensuales labios rosados. Cupido no era el bebe con pañales que el mundo creía que era.

–Paige, mi estado de ánimo mejoraría si, al hablarte, me escucharas.

Obedeciendo, tornó a la realidad con dos o tres pestañeos, viendo como su jefe la miraba como si, de pronto, le hubiera surgido una segunda cabeza de la nada. Sí, ella había estado volando en sus pensamientos.

–Perdona.

Con un ligero movimiento de mano, él le dio menos importancia a lo sucedido.

–Te decía, que a parte de irte de vacaciones he elegido el destino donde irás.

–¿Cómo? –escupió estupefacta.

Bueno, aquello sí era una locura.

–¿No es suficiente con obligarme a descansar? ¿Encima tienes que elegir a dónde voy?

Sorprendido, dejó de buscar en el primer cajón de su escritorio para lanzarle una furibunda mirada que la dejó helada. Sí, debía calmarse o al final en vez de vacaciones iba a conseguir un despido.

Tras unos segundos de tregua, Cupido sacó un sobre beige del cajón y se lo puso sobre la mesa.

–¡Aquí está! –exclamó satisfecho.

Paige tomó el sobre y rasgó un lateral para sacar el contenido, dentro había una pequeña postal con un gran parque fotografiado. Y, en la esquina inferior derecha, estaban las letras escritas en dorado de “Central Park”.

–¿La Tierra? –preguntó estupefacta.

–Sí. –se puso en pie, caminó alrededor de la mesa y quedó ante ella.

–Has trabajado muy duro con los casos que te he asignado, les has ayudado a encontrar a las personas adecuadas pero no comprendes su mundo. No has estado nunca en él y creo que unas vacaciones en la Tierra te ayudarían a mejorar en los casos.

Paige quiso decir algo pero él no la dejó.

–He elegido Nueva York porque es un sitio al que los humanos hacen mucha referencia en el cine, libros y diversos lugares. Es una ciudad preciosa y estoy seguro de que lo pasarás genial.

Abrumada, era la única palabra que podía definirla con exactitud, no podía evitar darle vueltas a aquella tarjeta y pensar en aquel lugar. Estaban sucediendo demasiadas cosas a la vez y su mente no estaba preparada para procesarlas todas.

–¿Qué hace un ángel como yo en la Tierra?

–Obviamente, no podrás mostrar tus alas. Y no serás el primer ángel que ha estado entre humanos. Nuestra apariencia física es muy similar a la suya, no

desentonarás.

–No creo estar muy segura de esto... –susurró con la vista fija a la tipografía que dibujaba “Central Park”.

–Yo sí y es lo que importa. Has tenido demasiado tiempo para tomar tus vacaciones y no has querido, así que, elijo yo por ti. Y, si no te gusta, la próxima vez podrás elegir tú el destino.

Miles de preguntas se deslizaron por su mente, golpeándola, ¿qué ropa llevar? ¿cómo serían los humanos con ella? ¿cómo comportarse? ¿cómo llegar hasta allí?

–Bueno Paige, deja esa mente quieta. Veo el humo salir de tantas vueltas que le das. –rió Cupido.

Lo miró, él estaba contento y había organizado ese viaje para ella. Debía de ser educada y tomarlo, además, su jefe nunca la pondría en peligro.

–Gracias.

–Esa era la palabra que deseaba oír. –su sonrisa se tornó cálida como un abrazo.

Miró hacia la puerta y vio a Destino, curiosamente no le había oído llegar, pero nunca lo había, aquel hombre orbitaba de un lugar a otro con el sigilo de un gato.

–Yo me encargaré de hacerte llegar a tu destino. –irónicas palabras viniendo de él.

Aunque ya estaba acostumbrada a su juego de palabras, disfrutaba recordándole al mundo quién era y cuál era su cometido en la vida.

La mano de Cupido cayó sobre la parte baja de su espalda, guiándola con un leve tirón hacia su socio. Sus pasos, primero torpes, se tornaron seguros; no comprendía los motivos pero tenía un nudo formado en la garganta que difícilmente tragaría.

Y fue cuando se detuvo ante destino que sopesó las posibilidades que tenía de volver a casa y olvidar todo aquello. No, ellos habían elegido que se divirtiera en la Tierra y ella comenzaba a tener curiosidad de lo que aquel mundo de humanos le tenía guardado para mostrarle.

–Sé tú misma.–le susurró Cupido antes de tomar la mano de su otro jefe.

La sonrisa de Destino fue lo último que sus ojos contemplaron, desvaneciéndose todo en el aire, una grata sensación de flotación la envolvió. Todo se tornó oscuro, cayendo sin control por el vacío del universo, viendo estrellas a su alrededor formándose y en destrucción a una velocidad abrumadora. Su cuerpo era liviano, volaba en aquel espacio etéreo y sin forma. Finalmente, sintió una gran necesidad de cerrar los ojos.

## Capítulo 4

La sensación de caída desapareció, sentía el suelo firme bajo sus pies sosteniéndola, haciendo que sus pies hormiguearan con el contacto. La suave brisa le sopló en el rostro y sonrió, olía bien, a puro, a flores. Las voces del lugar también activaron sus oídos, muchas voces en distintos tonos y registros, risas, el llanto de algún bebé, los ladridos de los perros... bullicio.

Abrió los ojos y ante ella había una gran escultura color bronce, rodeándola en el suelo dos pequeños círculos de hormigón que formaban dos pequeños escalones. Los subió y llegó hasta la escultura donde un grupo de niños jugaban a subirse.

Era una gran seta, sobre ella había una niña sonriente con un pequeño gato con un lazo en el cuello. A su lado derecho había un conejo cubierto con ropas elegantes y sostenía un reloj, su rostro mostraba prisa, nerviosismo, Paige sonrió, era entrañable. Miró hacia el otro lado y, en el lado izquierdo, había un hombre vestido con ropas elegantes y un gran sombrero de copa.

Sí, aquella escultura era sobre su libro favorito “*Alicia en el País de las Maravillas*”. Seguramente la Tierra iba a ser para ella como para Alicia su hermoso País de las Maravillas, aunque, esperaba que no hubiera ninguna reina malvada dispuesta a cortarle la cabeza.

Miró a su alrededor y el hermoso paisaje viajó de sus pupilas hasta incrustarse en su mente, era un lugar lleno de vida, de luz. La gente caminaba, corría, paseaba a su lado, haciendo sus vidas, interactuando.

Paige estaba maravillada, nunca antes había estado en un lugar como ese. Claro que lo había visto en sus trabajos pero nunca experimentado en sus carnes. Nunca sus ojos habían contemplado un lugar tan maravilloso, su piel no había sido acariciada por la brisa libre y el sol había bronceado su piel. El cielo no se parecía a aquello, su casa era un lugar etéreo, semi corpóreo, lleno de vida y muerte a la vez; un sitio más calmado y pacífico. La Tierra, sin embargo, rebosaba vitalidad y vida.

Unos niños corrieron a su alrededor, se perseguían los unos a los otros en un juego que les hacía reír, la felicidad fue tan contagiosa que se sorprendió viéndose a sí misma sonriendo ante aquella imagen.

Los árboles silbaron, como si se hablaran los unos a los otros, pasándose un mensaje que debían compartir al compañero más próximo. Entonces, justo en ese momento, contempló el gran bosque que tenía tras de sí. Grandes árboles cubrían el cielo, como si trataran de llegar al sol del que se alimentaban y bailaban danzas al compás de la risa de los infantes.

–Majestuoso. –silbó Paige.

Comenzó a caminar, sin rumbo, pues no conocía el lugar, pero no le importaba. Caminó durante minutos, quedándose prendada de las personas que había a su alrededor. Los humanos no notaban lo diferente que ella podía llegar a ser. No apreciaban que era un ángel en aquel mundo terrenal y sonrió.

Tal vez ese lugar iba a ser mucho mejor de lo que esperaba.

Sin darse cuenta, llegó a –lo que en invierno– debía ser una pista de hielo y deseó poder estar para entonces y patinar. Había visto a los humanos hacerlo y, aunque le parecía peligroso y difícil, deseaba probarlo.

El lugar era mucho mejor que las visitas fugaces que había hecho cuando trabajaba, nunca había permanecido en la Tierra más de una hora seguida y, para ser franca, no había sido ella misma estando allí. Los ángeles tenían una peculiaridad especial cuando estaban bajo el servicio de *Loves Forever S.A.*, ellos podían estar espectralmente en la Tierra, nadie les veía y su cuerpo real estaba en su despacho de la oficina. Una curiosa manera de viajar sin moverse de la silla.

Comenzó a caminar sin destino alguno, sólo a donde sus pies la llevaran, quería verlo todo, no perderse ningún detalle importante. Todo era especial, hermoso y digno de ver; deseaba experimentarlo y sentirlo. Tocar cada cosa que pudiera y sentir su tacto y textura entre sus dedos.

\*\*\*

April se acercó a la joven, era tan hermosa y su aura desprendía aquel brillo tan característico de alguien como ella. La vio dejarse caer pesadamente en el banco y mirar a ambos lados como si buscara alguna respuesta que no veía.

Tuvo que reprimir una risa, era tan adorable como un gatito perdido. Suerte que ella había llegado antes de que el lobo feroz viniera a comérsela.

Tomó asiento a su lado derecho,

–¿Perdida?

Ella se giró hacia ella, mirándola con dulzura; estaba visiblemente cansada pero, aún así, su sonrisa pareció llena de energía y fuerza. Antes de poder decir palabra la vio sonrojarse ligeramente y asentir.

–Sí, mucho más de lo que se imagina.

–Central Park suele hacerle eso a los turistas. –le contestó April.

Entonces, se fijó en sus ropas, se la esperaba blanca impoluta pero ella iba vestida con tonos chicles. Su jersey de terciopelo rosa tenía como unas fibras alrededor de los hombros y el cuello que la embellecían, ese color hacía juego con el color de su pintalabios. Siguió mirando y encontró el blanco que buscaba en sus preciosos tejanos, ajustados en sus largas piernas y acabando en unas zapatillas fucsia.

Aquella mujer era un ejemplar único, algo que le hacía comprender el por qué había sido enviada a la Tierra.

–Quería verlo todo pero no esperaba que fuera tan grande. –sonrió con timidez, mirando a su alrededor.

Sus ojos marrones chisporreaban curiosidad, era como un mundo nuevo por explorar y ella vibraba por ver y probar todo su alrededor. Una brisa de viento alzó su largo cabello y lo enmarañó sobre su rostro. Con toda la tranquilidad del mundo, vio como se hacía un moño, dejando mechones fuera y evitaba así el molesto viento. Vista así era mucho más bonita que antes.

–Lo es. Lo mejor sería que tuvieras alguien que te enseñara la ciudad.

–Sí... –y quedó pensativa.

April dejó unos segundos de cortesía, no quería agobiarla.

–Yo podría hacerte un pequeño tour.

Entonces, se levantó y negó con la cabeza.

–Gracias, pero seguiré mirando por mi cuenta. No quiero oportunarte.

Giró sobre sus talones y comenzó a caminar en dirección opuesta a la que estaban. April respiró profundamente, era de esperar que un alma tan gentil temiera molestar a otro ser. Era entrañable pero ella tenía una misión.

–Paige, no tienes ni casa, ni dinero, ropa, mapa, comida o cualquier cosa que necesitas. ¿Cómo esperas sobrevivir? Esto no es el cielo, querida.

Y vio como el ángel se detenía en seco, girando lentamente apenas sin levantar los pies del suelo y dedicándole una mirada de sorpresa y unos rasgos desencajados. No se había visto venir algo semejante. Así pues, decidió que tenía que hacérselo fácil y lo mejor era tomar la delantera.

–Mi nombre es April Dacourt, yo te ayudaré en tu estancia aquí.

–¿Tú sabías que yo...? –una pareja pasó a su alrededor, haciendo que la ángel, instintivamente, callara.

La prudencia era una gran virtud.

–¿No esperarías que te enviarían aquí sin nada? Destino me avisó y me encomendó cuidarte.

Paige caminó hasta ella y se sentó de nuevo a su lado, el aroma a gardenias inundó sus fosas nasales. Sí, así solían oler ellos.

–No me lo habían dicho.

–Eso también suele pasar.

Vio la pregunta viajar en los ojos de ella y contestó cuando vio que no la pronunciaba.

–No, no eres la primera que envían. No eres la primera que cuido.

–¿Sabes que soy...?

–¿Un ángel? ¡Claro que sí, cielo! Además, es muy fácil reconoceros. Poseéis un aura especial. Limpia.

Sí, eran seres puros de luz. Aunque ella fuera color chicle.

–No sé que debo hacer. –confesó masajeándose los muslos.

–No lo aprenderás todo el mismo día. Para empezar empezaremos por tu nombre.

Ella la miró con los ojos bien abiertos, estaba segura que iba a hacerle una pregunta pero se mordió la lengua y esperó a que April le contara algo nuevo. Era una chica muy curiosa y estaba ansiosa por conocer aquel mundo. Estaba fascinada y no pudo evitar temer que aquel mundo le enseñara su faceta más cruel. Se iba a encargar personalmente que Paige pasara los mejores días de su vida.

–Paige está bien, no desentona aquí pero falta algo más.

–Soy sólo Paige.

April rió, era tan sumamente inocente que no podía evitar sentirla entrañable.

–Aquí Paige sólo no basta, necesitas un apellido. Busqué unos cuantos para ti, para que elijas uno.

Buscó en su bolso y tomó una tarjeta blanca donde había escrito cerca de una cincuenta de apellidos de diferentes países y procedencias para que eligiera el que más cómoda la hiciera sentir. Paige tomó la tarjeta en sus manos y en un rápido vistazo eligió al momento.

–Moon. –sonrió al sentirlo en voz alta.– Moon me gusta.

Sí, y pegaba con ella.

–Bien, Paige Moon entonces.

–¿Qué más? –demandó emocionada.

No pudo evitar sonreír ante la felicidad que emanaba, era adictiva y la hacía sentir bien. Los ángeles podían transmitir sus sentimientos, calmar a las personas y, en ese caso, su felicidad la había abrazado.

–Tú edad.

–Tengo trece... –calló y frunció el ceño.

Seguramente se había dado cuenta de que esa edad no pegaba con la corta vida humana.

–No parece tener más de treinta, así que, te dejaré en veintisiete.

Asintió, murmuró algo incomprensible y dijo:

–Paige Moon, veintisiete años.

Fue como una especie de lección, como un mantra que se repetiría durante un rato para recordarlo bien y no lanzar por la borda su tapadera humana.

–Bienvenida a la Tierra, Paige.

## Capítulo 5

Iam tenía la sensación de que algo se le olvidaba, había tratado de pensar en ello en toda la vista pero nada, su mente se había cerrado en banda. Aquel juicio empezaba con mal pie, no le gustaba tratar casos tan polémicos, donde los medios de comunicación no les perdían de vista. Lo único que tenía que agradecer era que él al menos defendía a la víctima y no a aquel sociópata asesino.

Casi una hora después en el tren, no tenía ganas de ir a casa. Los periodistas lo habían seguido hasta medio camino, finalmente, les había amenazado con denunciarlos por acoso y se habían marchado. No pensaba hacer declaraciones.

Cierto era, que no todos los días se tenía la obligación de encerrar a un asesino del calibre de aquel hombre. Era un pederasta que mantenía relaciones sexuales con adolescentes y sus juegos perversos habían cruzado la línea, una de ellas había muerto tras ser torturada en una sesión de BDSM. Lo peor es que era político, con una carrera intachable hasta la fecha.

Entró en Central Park y la ciudad quedó a sus espaldas, era una de las maravillas de aquel país. Poder entrar en la vegetación, aquel parque rompía en dos la ciudad y te permitía escapar a la naturaleza cuando lo necesitabas.

Caminó durante minutos, siguiendo el camino que había marcado. Algunos ciclistas y corredores lo adelantaron, él se mantuvo al margen para permitir pasar a quien lo deseara. Ya había hecho footing esa mañana y no deseaba hacer más ejercicio. Aquel día ya había sido suficientemente cansado.

Su móvil vibró en su pantalón, tres tonos más tarde ya había contestado.

–¿Sí?

–Aquí Josh, ¿cómo ha ido?.

Era uno de sus compañeros de bufete, aunque también un gran amigo.

–Si quitas los periodistas al entrar y salir, bien, largo y rutinario.

La risa de Josh se dejó escuchar por el auricular.

–Ese caso tiene de rutinario lo que yo piel pálida.

Teniendo en cuenta que su amigo era de color la ironía estaba servida. De acuerdo, reconocía que aquel caso se escapaba de los confines de normalidad pero Iam quería llevarlo lo mejor posible. Era lo mejor o acabaría enloqueciendo antes de que acabara.

–Sabes como es esto. Ahora mismo estamos en el ojo del huracán, no podemos meter la pata. –le recordó a su compañero.



–No lo haremos Iam, encerraremos a ese tío y tiraremos la llave.

Quiso contestar, decirle algo pero le fue imposible. Ante él pasaron dos mujeres hablando entre ellas, aunque él no pudo más que fijarse en una sola. Era como si su presencia lo hubiera llenado todo, como si mirase donde mirase no pudiera vislumbrar otra cosa que aquella mujer.

Su cabellos largos y castaños ondearon al viento, como una suave caricia, Iam pidió a su cuerpo que la mirara de forma más discreta pero no obedeció. Únicamente se quedó ahí, viendo como aquella hermosa mujer reía sobre algo de lo que su amiga le había contado.

–Iam, comienzo a preocuparme. –Josh lo hizo regresar a la realidad.

Parpadeó un par de veces y perdió la pérdida de vista. ¿Habría sido un espejismo? No, pero había sido una persona para no olvidar.

–Sigo aquí.

Sí, condenado a un caso que no quería llevar. Buscó por última vez a la joven a su alrededor y no la encontró. A veces el destino no te ayudaba como tú querías.

\*\*\*

–¿Vives aquí? –preguntó Paige visiblemente asombrada.

April asintió y buscó las llaves en el bolso.

Sencillamente no podía creerlo, en el cielo no conocía a ninguna persona que ostentara demasiado lujo y no se había imaginado que “su canguro” viviera en una casa de tres pisos. Tenía un pequeño, y seco, jardín delantero y luego un porche de madera que invitaba a pasar los atardeceres viendo esconderse el sol.

–No esperaba algo así. –se sinceró.

Su amiga rió y guiándola hacia el interior no pudo más que seguir sus pasos. Dejaron atrás la fachada blanca impoluta y los colores estallaron en su interior. Nada más entrar el color rojo del recibidor la hizo pestañear. A pesar de ser una amante de los colores, no había visto rojo más vibrante que aquel. La estancia apenas tenía mobiliario, un armario para los abrigos y un zapatero, también, tras este mueble había un gran y dorado marco que decoraba un espejo.

–Supongo que no. Allí arriba todo debe de ser diferente.

Quiso decir que sí, que las costumbres humanas distaban mucho de las de los ángeles. Ella apenas vivía en un apartamento de una habitación que bien podía caber en aquel recibidor.

Siguió volando en sus pensamientos, descubriendo un largo pasillo decorado con fotografías de April, muchas de ellas con el pelo largo y rubio como lo tenía en aquel momento. Aquella mujer era dulce y amable, en sus retratos solía aparecer sonriendo y acompañada de un apuesto y corpulento hombre.

–Él es mi pareja Ross. Ahora mismo está trabajando.

Paige miró una foto de entre todas, parecían tan felices que una punzada de celos le atravesó el corazón. La pareja sonreía abrazados y, tras ellos, una cascada que hacía especial aquella fotografía. Se preguntó, ¿quién habría hecho aquel trabajo? ¿Cuál de sus compañeros había unido a aquella pareja?

–Fue tu jefe. –como si le hubiera leído la mente, April contestó y desapareció de su campo de visión.

Apretó el paso y la encontró en un grandioso salón, repleto de ventanales que permitían la entrada de luz y llenaban todo aquello de vida. El aroma afrutado inundó sus fosas nasales, cerró los ojos y gimió en respuesta, era como estar en un prado en flor; como si la primavera se hubiera colado por una de sus ventanas y hubiera llenado la estancia. Buscó a su alrededor algún jarrón y no lo encontró. Frunció el ceño y siguió mirando, viajando entre los muebles de estilo victoriano que decoraban hasta el sofá blanco en medio la estancia.

Si era sincera, aquella combinación era un choque fuerte de estilos pero combinaba a la perfección.

–¿Quieres beber algo? –se ofreció April.

Y fue entonces, que Paige notó que necesitaba ir al baño, un pequeño dolor en el bajo vientre le pedía fervientemente que fuera al servicio.

–Te lo agradezco, agua servirá. ¿Puedo usar el baño?

–¡Claro! Al fondo a la derecha.

Sí, los humanos eran predecibles, era una ubicación bastante común y sonrió. Cuando llegó, la habitación estaba oscuras, chascó los dedos y las bombillas cobraron vida. Antes de poder cerrar la puerta la voz de April la informó:

–Aquí no puedes usar magia, la próxima vez tendrás que usar el interruptor.

Paige cerró la puerta y asintió con la cabeza, genial, sí, la próxima vez usaría lo que April le había pedido. Si antes adivinaba lo que era y cómo servía.

Puede que la Tierra fuera más complicada de lo que esperaba.

## Capítulo 6

–No lo veo demasiado claro, April. –titubeó Paige mirándose al espejo.

La vista la tenía perfectamente pero era aquel vestido el que desentonaba en ella. Vestida de color rosa palo, lucía un vestido con corte palabra de honor que no le

gustaba. Encima, había soportado mientras April le hacía una trenza a forma de diadema que había sujetado con unas horquillas asesinas que le habían pinchado toda la cabeza.

–Te ves bien.

Discrepaba.

–He visto animales destripados verse mejor que yo.

–¿Y qué haces viendo esas cosas?

Respiró hondo y encaró a la humana, la cuál, la sonreía como si aquella situación le hiciera gracia. No, aquel vestido desentonaba con ella y no se veía reflejada en él.

–Paige, confía en mí, estás preciosa.

Su voz la disuadió de querer arrancarse esas telas que tenía sobre la piel y volverse loca. April estaba siendo amable con ella y debía agradecerlo, así pues, su magia cobró vida a su alrededor y todo el piso quedó ordenado.

La humana la miró sorprendida y luego le dedicó una mirada cómplice.

–No deberías usar tu magia aquí en la Tierra pero reconozco que ese truco es bastante práctico.

Ignorando el detalle de que no podía usar sus poderes, Paige volvió a mirarse al espejo, tal vez no estaba todo perdido. Puede –y no lo reconocería jamás en voz alta– que empezara a gustarle aquella prenda.

–¿Y por qué me he tenido que vestir así?

–Pues por que esta noche vamos a salir a divertirnos un poco y tienes que ir vestida para la ocasión.

–¿Y si no quiero salir? –preguntó poniendo los brazos en jarras.

April enarcó una ceja y Paige puso morros, ya veía venir que no iba a ganar.

–Pues porque has venido a la Tierra a divertirme y no a quedarte delante del televisor a ver la vida pasar.

–“Touché”.

## Capítulo 7

–El aire fresco no te matará Iam.

La voz de Rose se le metió en la cabeza lentamente, sí, el último año había ido de juicio en juicio y no se había permitido ni un pequeño descanso. Trabajar a esa velocidad, obviamente, le había reportado beneficios económicos; había subido su prestigio y era uno de los abogados más solicitados de toda Nueva York. Incluso, había aparecido en una revista que lo nombraban el abogado más sexy de 2016. Su madre aún gritaba de emoción por –palabras textuales– haber parido al abogado más sexy del planeta. Era bochornoso.

–Cierto. No lo hará.

–El sábado hay una gran fiesta en casa de los Marshal, podrías ponerte guapo, esa colonia tan buena que tienes y renovar tu cartera de contactos allí.

Iam dejó caer la cabeza haciendo que la frente golpeará sonoramente su escritorio. Aquello no era una fiesta, era seguir trabajando. Codearse de gente importante, allí habrían abogados, fiscales, jueces... contactos que ayudarían a su carrera pero no era el desconectar que se había pensado que Rose quería para él.

Ella era mucho peor en cuanto al trabajo que él.

–¿De eso no se encargaba Matt?

Sí, uno de sus compañeros del bufete de abogados, un tío estirado y aburrido que iba de fiesta en fiesta buscando contactos. Siempre era bueno conocer a gente, así pronto casi toda la ciudad te debería un favor.

–Está con gripe.

Así que se lo estaban endiñando a él, simple y llanamente. La excusa de no salir era buena pero el golpe bajo era pedirle que siguiera trabajando un fin de semana. Gruñó e hizo un ruido de desagrado, similar al de un niño cuando le sirven brócoli para cenar.

–Vamos Iam no te quejes, Josh ha dicho que irá. Será más divertido si estás con él.

“Divertido”

–Sí claro, como si eso en algún momento hubiera sido similar a diversión.

–Deja de quejarte. Ya podrás salir otro sábado. Además, últimamente estás en casa aburrido, así que, si sales no pasará nada.

A veces dudaba de quien era el que mandaba de los dos. Ella era su secretaria, sí, pero al mismo tiempo había adquirido el papel de madre protectora y cuidaba de él. Aunque, como toda madre, también había adquirido la faceta de puño de hierro y dar órdenes.

–No quiero ir... –gimió infantilmente.

Al mismo tiempo, le puso morritos e hizo temblar el labio de abajo ligeramente, sólo para dar más pena, si eso era posible.

–Escúchame bien. –el tono de Rose se endureció, algo que hizo que él le prestara toda la atención posible. –Vas a ponerte tu mejor traje, tu mejor perfume y tu mejor corbata y vas a ir con Josh a la fiesta. Vas a hacer contactos que te ayuden en el caso tan mediático que llevas y no vas a quejarte más.

Llevándose una mano a la frente y poniéndose firme y recto como un palo contestó:

–Sí mi coronel.

–Así me gusta. Y ahora, voy a atender tus llamadas.

Iam alzó el dedo índice y pidió:

–¿Podrías hacerme un café?

Rose ni se molestó en darse la vuelta, siguió caminando hacia la salida del despacho y, mientras se marchaba, le contestó:

–Soy tu secretaria no tu criada, háztelo tú mismo.

–Hoy estás en modo bruja.

–Sí, y si no quieres que saque mi escoba y te zurre con ella más te vale dejarme en paz y subirme el sueldo.

Él rio sin poderse contener.

–Buen intento, sólo prometo dejarte tranquila.

–Tenía que intentarlo.

Muy ingeniosa, sí señor. Cogió el teléfono de su mesa y marcó la extensión del despacho de Josh. Su secretaria, como de costumbre, no contestó, haciendo que se pusiera él mismo.

–Al habla el magnifico Josh.

–Me ha tocado ir contigo a la fiesta, así que ponte un vestido y no me hagas quedar mal.

–¿Yo de mujer otra vez?

Su amigo dijo un par de palabras inconexas, lo que le dio tiempo a Iam para pensar en alguna contestación que Josh le lanzara sin piedad y directo a las costillas.

–Sabes que me gustan rubias y con tacones.

–Y faldas cortas. –puntualizó su amigo.

Vale, sí, una falda corta hacía volar a su imaginación.

–De acuerdo, paso a buscarte esta noche a las ocho.

–Te esperaré.

Y colgó.

Bueno, debía reconocer que con Josh aquel lugar iba animarse un poco o, al menos, no iba ser tan tedioso. Una velada genial para un sábado noche, a pesar de que él seguía prefiriendo su rutina habitual, cenar pizza, alguna serie interesante y a dormir plácidamente.

Sí, se estaba convirtiendo en un muermo.

\*\*\*

–Me he perdido. –dijo Paige en voz alta en plena calle West 66 con Broadway.

Miró el mapa, por sexta vez, que April le había dado y no lo comprendió. Volver a casa debía ser sencillo y no encontraba el camino por mucho que lo buscara.

Había pensado en usar su magia pero había demasiada gente como para que nadie lo notara. Así pues, se había resignado a caminar y caminar hasta ver que cada vez estaba más perdida.

Y eso que April ya le había dicho que ella se encargaba de ir a comprar las cosas que faltaban para la cena pero ¿ella había hecho caso? No señor, había casi suplicado ir por ella misma y, ahora, se encontraba en aquella situación tan absurda.

Había estado deseando salir a explorar desde que la había llevado a su casa. Estaba en la Tierra y eso la hacía sentir viva, llena de energía y repleta de vitalidad. Aquellas calles pedían a gritos ser exploradas y descubiertas, además que, sus gentes eran tan distintas y dispares entre sí que Paige no quería perderse nada de nada de lo que estaba pasando allí. Antes de volver al cielo quería haberlo visto todo, no podía dejarse nada por ver o experimentar.

Y ahí estaba ella, con una bolsa de comestibles en la mano, un mapa en la otra y paseando por una gran calle y entre una gran multitud sin tener muy claro a dónde se dirigía.

De pronto, a su lado pasó un hombre vestido de arlequín. ¡El traje era maravilloso! De rombos blancos y negros, además de llevar toda la cara pintada de blanco, excepto los ojos que había cubierto con mucho maquillaje negro.

Con una sonrisa y un pequeño chillido de emoción, decidió seguirlo a donde quiera que se dirigiera. Caminaron cerca de unos quince minutos y lo vio meterse en un gran parque, seguramente era el Central Park al que había llegado hace unas horas.

Bueno, al fin un lugar que le sonaba, pero seguía estando igual o más perdida que hacía un rato. ¿Cómo había llegado hasta allí?

*“Siguiendo a un arlequín.”*

Cierto, todo por seguir a un hombre disfrazado en plena calle, una cosa muy segura y muy inteligente. Cuando lograra llegar a casa iba a ser un detalle que no le iba a contar a April, no necesitaba que se preocupara más de lo que ya estaba.

Puestos a estar allí pensó que lo mejor era visitar, de nuevo el parque. Subió las pequeñas escaleras que la separaban de aquel gigante y hermoso lugar de naturaleza de la ciudad y se adentró.

Aquel lugar la hacía sentirse libre, le entraban ganas de desplegar sus alas y volar por aquel paisaje tan hermoso, pero se reprimió. Nadie debía saber lo que era y, mucho menos, verlo en persona o todo el mundo mágico sería descubierto.

Caminó lentamente, observando cada detalle, cada hierba, árbol, pájaro o niño que había en aquel lugar, sonriendo sin parar, como si la alegría habitara aquel lugar y se contagiara a todos los que pisaban sus tierras.

Pero, obviamente, no todo era luz, color y alegrías en Central Park. Paige caminó cerca de una pareja sentada en un banco, ambos discutían que su relación no podía seguir así. Que ella necesitaba compromiso y él que quería salir más con sus amigos.

*“Olvídate de esto.”* –se riñó Paige mentalmente, no había venido a trabajar, si no a pasar unos días tranquilos y relajados.

Lo intentó, de verdad que lo hizo, pero su faceta como ayudante de Cupido no podía dejar de pensar en lo que ocurría allí mismo. Los humanos merecían ser felices y no desdichados como lo eran en aquellos momentos aquella pareja. Así pues, la magia fluctuó lentamente en su cuerpo hasta llegar a la punta de sus dedos.

Caminó tras la pareja y, con cierto disimulo, tocó el brazo del chico. Algo en él reaccionó, yendo a la visión que ella le había enviado. Únicamente le había mostrado como sería su vida si dejaba a esa mujer y, al parecer, no debía de ser muy buena porque, acto seguido, la tomó entre sus brazos y la besó con pasión.

Sí, aquella era la satisfacción que le gustaba sentir cuando una pareja afianzaba sus lazos de amor, cuando todo era como debía ser.

Sonrió pletórica.

Sí, estaba feliz.

Y, de pronto, un certero golpe la derribó, haciéndola caer al suelo con contundencia al mismo tiempo que un muchacho se llevaba su bolsa de la compra. Le gritó que se detuviera y pronto comprendió que estaba siendo víctima de un robo. Sí, la Tierra también tenía sus facetas negras y oscuras.

Se negó a dejarse vencer, quiso levantarse pero al apoyar su pie izquierdo, su tobillo le produjo una punzada de dolor que la hizo gemir y tomarlo entre sus manos. Un sentimiento de pena la invadió, se sentía ultrajada por haber permitido que un humano robara sus pertenencias y encima la dañara.

Los ángeles no eran así, allí todo era mucho más fácil.

## Capítulo 8

Vale, hacer footing le estaba ayudando a no volverse loco, la oficina era una jungla y la faena se amontonaba en su despacho a velocidad de infarto. Su trabajo estaba acabando con él, pero no podía quejarse porque era de los pocos Neoyorquinos que trabajaba de lo que quería. La carrera había sido dura pero no esperaba que el puesto que tanto había deseado acabaría con él.

Respiró profundamente y sintió como sus pulmones se expandían, dejando fuera todo el trabajo. Ya se había acabado la jornada laboral y tenía que desconectar. Pronto oscurecería y aún tenía que correr dos kilómetros más.

Por su lado pasó un muchacho tapado con la capucha de su sudadera, no tenía muy buenas pintas pero no quiso juzgarlo. Trabajar como abogado criminalista le había enseñado bien que las apariencias engañaban.

Conectó de nuevo el cronómetro y se preparó para seguir corriendo. Sin embargo, no pudo llegar muy lejos ya que fue testigo de un robo. El muchacho que le había adelantado hacía un momento había tirado al suelo a una mujer y se había dado a la fuga con su bolsa.

*“Déjalo estar, que se encargue la policía.”* – pensó fríamente.

Su forma de ser no le permitía dejarlo estar, no era de las personas que dejaban pasar las injusticias así. Sin podérselo pensar mucho salió corriendo en dirección al

ladrón.

Su buena forma física permitió que diera pronto con él, lo derribó y lo inmovilizó en el suelo.

–¡Suéltame! –exigió el chico.

–Ni hablar. La mujer a la que has robado se ha caído al suelo.

–Yo... lo siento. Sólo quería algo de comer.

Ambos forcejearon un poco pero no iba a dejarlo estar, iba a llamar a la policía y entregarlo a la justicia.

–Disculpe... –una voz femenina le hizo girar la cabeza.

Y ella entró en su campo de visión, era la misma mujer que había visto esa misma mañana. Era bastante sorprendente en aquella ciudad tan grande coincidir dos veces con el mismo desconocido.

El vestido que llevaba la hacía más hermosa de lo que era, se ajustaba a sus curvas y su color le hacía resaltar su tono de piel. Verla le hizo olvidar al muchacho, el cual, aprovechó la distracción para deshacerse del agarre de Iam y ponerse en pie. Antes de echar a correr ella le gritó que se detuviera.

Y, por una razón extraña, él obedeció.

–¿Tienes hambre?

Él asintió a la pregunta de la joven, miró al suelo avergonzado y se disculpó.

–Disculpas aceptadas. En esa bolsa llevo la cena pero espera, esto te ayudará a pasar el hambre. –del bolso que colgaba en su hombro sacó un monedero y, de él, un billete que le entregó al ladrón.

Éste se negó y ella le tomó una mano y depositó en ella el billete.

–Cómprate algo, siento no poder ayudarte más.

Semejante generosidad descolocó al muchacho y a Iam, no había visto a nadie tan bueno en mucho tiempo.

El joven se lo agradeció y ella no pudo más que sonreír, iluminando aquel parque. Luego, el chico se marchó y la joven fue a recoger la bolsa. En ese momento, Iam comprobó que cojeaba, seguramente del golpe se había hecho daño.

–Nadie hubiera hecho lo que tú. –le dijo sin pensar.

Ella, tomó la bolsa y quedó pensativa unos segundos antes de contestarle.

–Es sólo un crío con hambre, la lástima es que mi ayuda sólo le ayudará a quitarse el hambre de hoy pero mañana seguirá igual.

Iam se la quedó mirando, no sólo era hermosa, si no que también generosa. Era como si un ángel hubiera caído a la Tierra y había optado por su forma corpórea. No comprendía las razones por las cuales se sentía atraído pero sabía bien que no podía evitarlo.

–Deberías ir a que un médico te mire ese tobillo.

Ella dio un respingo y miró hacia abajo, lo movió un poco e hizo una mueca de dolor que disimuló rápidamente con una sonrisa.

–Estoy bien, sobreviviré.

–No lo dudo, pero te duele.

Ella asintió y él pudo saber en su mirada que no iba a ir a ningún médico, así pues, lo mejor era dejarlo estar. No quería estropear el momento insistiéndole en algo que no iba a hacer.

–Gracias por ayudarme.

Su voz lo sorprendió, tan dulce y suave que fue como una caricia. ¿Por qué se sentía así? ¿Estaba enloqueciendo?

“*Son los efectos de trabajar mucho y divertirme poco.*” –pensó.

–Gracias por darme una lección de vida.



Ella lo miró confundida y él se explicó:

–Has visto más allá. Yo iba a llamar a la policía para que se llevaran a ese ladrón, no me había percatado que en vez del bolso se había llevado tu cena y, mucho menos, había pensado en el por qué. Tú has sabido ser mejor persona que muchos. Incluyéndome a mí mismo.

La vio sonrojarse y mirar al cielo, como si en él estuvieran las palabras adecuadas para contestarle. Hizo un par de muecas con los labios y tras mordérselo dijo:

–Tal vez sea algo diferente a los demás.

–De eso no me cabe la menor duda.

Y de golpe, como si una corriente eléctrica la sacudiera, la vio dar un respingo y alargar su mano.

–¡Mis modales! ¡Soy Paige!

Él la tomó y la estrechó con delicadeza.

–Yo Iam Sanders.

–Bueno, y o Paige Moon.

Sí, desde luego era mucho más especial que el resto de personas.

–Y dime, Paige Moon... –Iam hizo inciso en su nombre y apellido. –¿Eres de aquí?

–No.

Susurró tan suave que por poco no la escucha. Tal vez comenzaba a entrar en terreno íntimo y no se sentía segura. ¿Debía dejarlo estar?

“*¡No!*” –Gritó su mente desesperada.

Pocas veces ocurría toparse con un desconocido dos veces y que él se fijara en una mujer también era algo destacable. No era la típica a la que engatusaba con palabras dulces, la llevaba a su casa, un rato agradable de sexo y hasta nunca más. Con ella le apetecía charlar, hablar, cenar o lo que fuera que la mantuviera cerca.

–Estoy de vacaciones.

–Podría llevarte a tu hotel.

Sí, y como si hubiera pulsado el botón de emergencia, ella retrocedió unos pasos abrumada. Iam negó con la cabeza rápidamente y trató de salir del atolladero en el que se había metido, él solito además.

–Lo digo por el tobillo. No es que quiera algo contigo... bueno, que no quiero decir que seas fea, –la mente de Iam se desconectó en aquel mismo momento– que eres preciosa, cualquier hombre estaría encantado de acostarse contigo. ¡Pero que yo no quiero! ¡No! Sí quiero pero sólo quiero llevarte a tu hotel para que descanses, nada pervertido ni eso.

Y sus labios se cerraron en ese momento, si seguía hablando aquella mujer iba a llamar a la policía y acusarlo de acosador sexual, aunque motivos le estaba dando.

–Lo siento, Paige.

Contra todo pronóstico, ella comenzó a reír a carcajada llena, incluso, se agarró la barriga para poder seguir riendo. Él no podía estar más confuso, ella debía de estar asustada por sus palabras y no como si le acabara de contar un chiste.

–No te preocupes, veo que lo dices por mí. Te lo agradezco pero llegaré a casa yo misma.

–Pero tu tobillo...

–No te preocupes, estará bien.

“*Vamos, no la lles más y déjala.*” –se insistió mentalmente.

–De acuerdo, pues ha sido un placer conocerte Paige Moon.

–Lo mismo digo Iam Sanders.

Y comenzaron a caminar cada uno hacia el mismo lado, Paige aceleró el ritmo e Iam quedó atrás. No dijo nada, únicamente caminó hacia su coche, viendo a Paige cojear y sintiéndose miserable por haber metido la pata con sus palabras. Esperaba al menos que no fuera de lejos.

Ella miró un par de veces hacia atrás y, a la tercera, sus rasgos ya mostraban preocupación.

—¿Me estás siguiendo? —preguntó encarándolo.

Él negó con la cabeza y sonrió ampliamente.

—No, voy hacia mi coche.

Y aquel color rojo tan bonito inundó las mejillas de la joven, la pobre no supo ni qué contestar a ello.

—Mira, soy de Upper West Side, cerca de la 79 con Broadway. Si vives cerca podría acercarte y así no tendrías que ir cojeando. Ese tobillo necesita descanso.

Finalmente, y para su regocijo, se dio por vencida y cedió:

—Vivo en la 77 con Amsterdam Ave.

A dos calles de su casa, demasiado bueno para ser verdad, seguramente su ángel de la guarda había decidido que era hora de trabajar de una vez y le estaba enviando la suerte que no había tenido en años con las mujeres.

—Estás cerca. Si confías en mí te prometo que te llevaré a casa sana y salva.

Paige lo miró a los ojos, como si pudiera ver a través de ellos, se sintió como si estuvieran violando su intimidad. Como si, en realidad, ella pudiera ver su auténtico ser, sus oscuros secretos y todo lo que él era. Al final, sonrió y le contestó:

—De acuerdo. Llévame a casa. Gracias.

## Capítulo 9

Pletórica, se sentía como si le hubiera tocado la lotería humana, estaba deseando que el ascensor acabara de subir y explicarle a April todo lo que le había ocurrido camino a la cena.

“¿Estás segura que es buena idea?” –se preguntó de repente y sí, algo en ella le decía que... quizás no era tan buen plan como había estado imaginando los últimos segundos.

April no era mala mujer pero sí estricta, estaba segura de que si se lo contaba iba a arder en cólera y preocupación, además de devolverla al cielo de una patada en el trasero.

Y ahora no tenía ganas de volver en unos días, al fin deseaba disfrutar de esas vacaciones que tanto se merecía .

–Ya he vuelto. –dijo Paige al entrar y fue a dejar su bolsa en la cocina.

–Has tardado un poco, empezaba a estar preocupada.

Sí, era lógico, había tardado mucho más de lo que se esperaba y comprendía a la perfección el sentimiento que debía tener. Ella había abierto las puertas de su casa y, encima que tenía que hacer de niñera, se lo compensaba preocupándola. Se sintió mortificada.

–Lo siento. – y lo dijo sinceramente.

–Tranquila... –y antes de poder decir algo más preguntó: –¿Quién era el chico tan guapo que te trajo a casa?

–Iam Sanders.

“NOOOOOOOOO” –su mente gritó, haciendo eco en cada recoveco de su ser, acababa de meter la pata tan profundo que temía que iban a tener que amputar porque no iba a poder sacarla jamás.

No dejó hablar a April, chascando los dedos le selló los labios y alzó ambas manos, mostrándole las palmas a modo de son de paz.

–Tranquila, escúchame primero. Me perdí, llegué a Central Park, me robaron y él me ayudó. Luego se ofreció a llevarme a casa por que me dañé el tobillo. –tomó aire, su corazón iba a salirse del pecho.– Dijo de llevarme a casa y yo, obviamente, me negué, pero luego íbamos en la misma dirección y me trajo. Es un hombre muy amable.

Dejó que April pudiera volver a andar y supo que iba a lanzársele a la yugular.

–¡¿Cómo has podido?! –bramó.

–Ap...

Ella le apuntó con un dedo acusatorio y se quedó paralizada por el miedo a la regañina que iba a caerle.

–Para empezar, NO vuelvas a usar la magia. Y, para seguir, ¿cómo has podido subir al coche de un desconocido? ¿Te has vuelto loca? Las cosas en la Tierra son distintas a lo que tú crees.

Comenzaba a creer que la pobre humana tenía en muy poca estima a su propia especie.

–Puede que los ángeles no mientan pero aquí los humanos sí. Mienten, secuestran, violan y descuartizan.

Una arcada le hizo sentir que la bilis le quemaba la garganta, tal vez era por el miedo de pensar de que Iam no fuera de fiar. Ella había visto en él la bondad suficiente como para saber que no iba a dañarla. Tal vez April tenía razón, era demasiado confiada de los demás.

Avergonzada juntó las manos sobre sus piernas y miró al suelo, sí, aquella mujer tenía razón.

–Lo siento, simplemente vi que era un alma buena y dulce y pensé que no me iba a hacer daño.

–Cariño, siento haberte gritado. Aquí hay humanos muy crueles y Cupido se moriría si te ocurriera algo malo.

Oh.

Cierto.

Cupido se apenaría mucho si alguien conseguía hacerle daño. Entonces pensó en lo que podía haber ocurrido y supo que había hecho mal. La humana tenía razón.

–Lo lamento de corazón.

–No te preocupes.

Él había sido tan amable que no había pensado que podía tratarse de alguien peligroso.

April la ayudó a tomar asiento en el sofá y poner su tobillo lastimado en alto. Paige no pudo evitar dejar salir un gemido de alivio y un profundo suspiro. Sí, aquello sí que era gloria.

–Prepararé la cena, tú descansa.

–Gracias.

La escuchó marcharse y cerró los ojos para tomar aire profundamente, quiso abrirlos pero éstos se negaron. Luchó contra el sueño con garras y dientes pero la partida ya estaba ganada, sucumbió en los brazos de Morfeo.

–Paige, la cena ya está lista, luego unas copas y a bailar.

April entró al comedor y se la encontró durmiendo en el sofá plácidamente. Pobre angelito, estaba tan cansada que no había resistido. Demasiadas emociones para un único día.

–Descansa cariño.

## Capítulo 10

–He estado hablando con April. –comentó Destino tomando asiento ante el acuario de su despacho.

Estaba extrañando a la pequeña Paige y hacía menos de un día que se había marchado. Pensar en los días que le quedaban le provocaban un nudo en el estómago, quería a su ayudante de vuelta.

–¿Cómo está?

–Cansada, dormida y feliz. Incluso hizo amistad con, palabras textuales de April, un hombre muy apuesto.

Sonrió al pensar en su niña en la Tierra, estaba seguro que todos la miraban con ambición, ella atraía las miradas aunque no se diera cuenta. Así que ¿había estado haciendo amigos? Se sentía orgulloso.

–Me alegro. Y eso que sólo lleva un día.

–Volverá muy cambiada y con energías renovadas.

Las palabras de Destino le hirieron más de lo que había calculado, la había enviado por unos motivos concretos y no quería que la esencia de aquella joven se perdiera por el camino. Iba a estar atento de sus pasos para cuidarla de todos los males que podía acarrearle su mundo.

–Ya salió... –susurró Destino.

Lo encaró y comprobó que su socio parecía molesto. Frunció el ceño pensando los por qué y no los encontró.

–¿Qué?

–Ya salió Papá Oso de la cueva.

Cupido enarcó una ceja, seguramente su amigo estaba perdiendo la cabeza. Sí, ya eran muchos años y era de esperar que la mente de le perdiera, lo compadeció.

–¡No me mires como si estuviera loco! –exclamó.– Siempre eres muy protector con Paige, es imaginar que está mal y sale de ti esa faceta protectora que haría cualquier cosa por que no sufriera.

Asintió, sí, tenía razón. Puede que no fuera de sangre pero ella era su niña.

–No es un crimen preocuparme.

–No, no lo es pero ya es mayorcita. Deja que experimente por ella misma.

–Si la dañan... –no pudo seguir, no se imaginaba lo que haría él si alguien tocaba a su ángel.

–Todo irá bien.

Con un dedo acusatorio miró a Destino y amenazó:

–Más te vale, o te las verás conmigo por obligarme a hacerla bajar.

La amenaza no hizo el menor efecto, su socio se limitó a echar la cabeza atrás y comenzar a reír.

–Dramático.

–Estúpido. –escupió Cupido.

Sí, menudos socios eran.

## Capítulo 11

Paige despertó, estaba en el sofá, apenas recordaba cómo había llegado allí, ni cuánto tiempo había dormido. Se levantó y se estiró, todo su cuerpo crujió y gimió de placer. Se sentía muchísimo mejor y dispuesta a enfrentar un nuevo día en la Tierra.

Sonriente, caminó por el comedor hasta encontrar un pequeño reloj de muñeca sobre una de las estanterías que April tenía. Eran las seis de la mañana, una buena hora para preparar un dulce.

Fue a la cocina y cerró la puerta, era mejor si no hacía ruido y despertaba a la humana; demasiado temprano para que abandonara la cama. Buscó entre los armarios y encontró unos moldes, harina y azúcar.

“¡Genial!”

Casi tenía todos los ingredientes que necesitaba para preparar el desayuno. Abrió la nevera y no encontró ni mantequilla, ni leche ni chocolate.

Una sonrisa pletórica llenó su rostro, miró hacia arriba y dijo:

–Nadie tiene por qué enterarse.

Sus dedos se iluminaron y los ingredientes aparecieron cerca de los otros que tenía sobre el mármol de la cocina. Se puso manos a la obra y poco después tenía preparada una gran bandeja de cupcakes adornando con su aroma todo el piso.

A pesar de lo calientes que estaban cogió uno y lo probó, la cobertura dulce de encima se le deshizo en la boca pero lo mejor fue el relleno de chocolate. Gimió y cerró los ojos gozando de aquel manjar.

Sí, el dulce la hacía feliz, inmensamente feliz.

Pocos minutos después, April apareció medio dormida, el aroma la había levantado y se había ido siguiendo el dulce hasta llegar a la fuente. Abrió los ojos enormemente y luego miró a Paige.

–¿Puedo? –pidió como si de una niña pequeña se tratase.

–Por supuesto, tú misma.

El gemido de placer fue como música para sus oídos, sus cupcakes parecían tener una nueva fan, la cual, lo devoró y comió otro de una sentada. Para el tercero, prefirió tomar asiento en la isla de la cocina y servirse un vaso de leche.

–Esto debería ser pecado. –dijo con la boca llena tras un mordisco.

–Gracias.

Se sentía alagada.

Antes de que devorara todos los cupcakes separó dos, los más bonitos, y los puso en un tupper.

–¡Eh! ¿Por qué me los robas? –se quejó April.

–Estos son míos.

–No serán para ningún chico guapo con el que has quedado ¿verdad?

Eso la dejó helada, ¿cómo sabía ella qué...? Si ella no había dicho nada, ¿era bruja?

–Tranquila, lo dijiste dormida. Así que ya puedes recuperar el color de la cara.

Se quedó más relajada pero... ¿hablaba dormida? Pues como para guardar un secreto.

Recordó el momento en que Iam la había llevado a casa, al bajar del coche él había tomado su mano con suavidad y le había explicado:

–Normalmente salgo a correr por las mañanas, tal vez te apetezca pasear conmigo mañana sobre las diez y te hago de guía turístico enseñándote un poco el lugar.

–¡Perfecto! –había contestado ella sin pensar.

–Bien. Buenas noches Paige.

–Buenas noches Iam.

–¿A qué hora has quedado para hacer footing, Paige? –la humana le hizo volver de sus propios pensamientos.

–A las diez.

Con la boca llena de crema de chocolate April le señaló el gigantesco reloj de pared, el cual, señalaba que iba tarde. Muy pero que muy tarde.

–Son menos diez.

–¡Ay madre! –gritó soltando los utensilios de cocina que lavaba.

Corriendo se quitó el delantal.

–Paige.

La ignoró, colgó el delantal tras la puerta de la cocina y comenzó a correr por todo el comedor. Buscó sus zapatos y se los puso lo más rápido que pudo. ¡No podía llegar tarde!

–Paige...

No, no podía entretenerse con una humana golosa, Iam la esperaba en Central Park y no quería quedar mal.

–Te cojo unas llaves, April. –la avisó.

–¡Paige!

Ella corrió a la cocina, cogió el tupper de cupcakes. Bien, ya lo tenía todo y no le quedaba nada. Ya podía irse a verse con el humano y, a la vuelta, que April la regañara todo cuanto quisiera.

–¡Paige escúchame! –gritó April antes de darle un mordisco a su dulce.

Al final decidió hacerle caso y se detuvo dos segundos para escuchar lo que tuviera que decirle. Abrió ambos brazos e hizo un movimiento con la mano derecha para incitarla a que continuara hablando.

April, simplemente, la señaló de arriba abajo y luego, limpiándose el chocolate que se escurría de la comisura de sus labios, dijo:

–No te aconsejo correr en vestido, no es lo más cómodo.

“¿Qué?”

No, simplemente no podía ser, miró hacia abajo y el vestido color rosa palo seguía ajustado a sus curvas. Miró el reloj y eran faltaban tres minutos para que fuera la hora acordada.

–Llego tarde. –se dijo a sí misma.

Corriendo para la puerta, chascó los dedos y todo su atuendo cambió, un chándal iba a ser mucho más cómodo para hacer ejercicio y no parecer que desentonaba con todo aquello.

–¡Paige! ¡Que te he visto! –le recriminó April.

Ella hizo un gesto con la mano como para quitarle importancia, tomó la puerta y antes de salir se excusó:

–¡Llego tarde!

Y April quedó ante los dulces y con la casa completamente vacía. Se había quedado con los brazos abiertos estupefacta. ¡Paige había hecho magia delante de sus narices! Pero, ¿no le había quedado claro que no podía hacerlo? Con un suspiro miró los buenisimos cupcakes y sonrió, bueno, al menos los seguía teniendo a ellos para pasar el rato.

Miró hacia el techo, sí, como si el mismísimo Cupido pudiera verla.



—Menuda me has enviado. Va a ser más difícil de lo que creía.

El tintineo de unas campanitas le indicó que su queja había sido escuchada. Eso dio miedo, eran capaces de verlo TODO.

—¡Intimidad, chicos!

## Capítulo 12

Él la estaba esperando sentado en un banco, cerca de donde se habían conocido el día anterior. No llevaba puesta la ropa de ayer, pero aquel conjunto le sentaba sensacional.

Llevaba unos pantalones blancos deportivos que se ajustaban a unas piernas largas y fuertes, sí, aquel porte atlético le hacía muy atractivo. Al verla, levantó una mano y saludó en la distancia, aquel gesto hizo que los músculos de su pecho se contrajeran y Paige comenzó a sentir un hormigueo en el estómago.

Llegó hasta él e Iam le regaló una gran sonrisa, su rostro era sexy, rasgos duros y fuertes, los de un hombre auténtico. Sus ojos eran de color verdes, un rasgo que lo hacía especial, los ángeles no tenían los ojos verdes y era algo que le llamó mucho la atención.

–Siento llegar tarde.

–Tranquila, no llevo mucho esperando. –la forma en la que sus labios pronunciaron esas palabras la hizo temblar, sus labios eran gruesos y rojos, algo que le hizo aún más sexy y atractivo.

¡Oh, Destino, a qué chico le habías enviado para conocer!

–Eres muy amable. –agradeció Paige por la mentira piadosa que le había dicho.

–¿Tanto se ha notado?

Ambos rieron.

–Un poco, pero no importa. Ha sido muy dulce por tu parte.

Ambos quedaron en silencio, mirándose el uno al otro, un momento mágico entre ellos, con toda la naturaleza a su alrededor. Eran como dos imanes, el magnetismo les empujaba a unirse y no sabían muy bien cómo responder a aquel estímulo.

Antes de decir nada que pudiera hacer que se arrepintieran, Paige dio un brinco y recordó la bolsa que llevaba.

–Te he traído una cosita para después. Como agradecimiento de tu caballerosidad.

Le tendió la bolsa que había traído y él la tomó con cierto recelo, miró en ella y rio al ver los dulces, los sacó de la bolsa, abrió el tupper y olfateó un poco.

–Tienen muy buena pinta. ¿Es por si corremos demasiado que tenga dulce para reponerme?

Paige rió y negó con la cabeza.

–No creo que pueda seguirte el ritmo.

–¡Claro que sí! Sólo vamos a dar un paseo.

Él parecía tan seguro de sus palabras que no quiso contradecirlo, era mejor seguirle la corriente y que viera por él mismo que ella no estaba curtida precisamente en el deporte.

–¿Lista?

–Claro.

Ambos comenzaron a correr, ella empezó a seguir sus pasos por el parque. Sí, era la primera vez en toda su vida que iba a hacer deporte y no sabía muy bien el por qué.

De echo, y para ser sincera con una misma, no tenía muy claro de los motivos por los cuales había accedido a ver a ese humano de nuevo. Algo en ella se había activado al verlo y había sentido la necesidad de mantenerlo cerca en su estancia en la Tierra. Seguramente era lo que necesitaba, un amigo que la guiara unos días, después la olvidaría y ambos volverían a sus vidas.

Inofensivo, todo aquello era inofensivo.

\*\*\*

No podía más, poco le importaba que apenas llevaba menos de media hora, que no quería quedar mal con Iam y que aquella mañana era calurosa. Paige sudaba a chorros, se ahogaba y sentía unos muy molestos pinchazos en los gemelos.

Aprovechando que corrían en un camino lleno de bancos, no pudo más y se acercó a uno directa a sentarse. Únicamente cuando su trasero aterrizó en él sintió todo el dolor que tenía en las extremidades inferiores. Gimió por placer de descansar y no paró de tomar aire rápidamente.

–Lo siento. –se disculpó apenas sin aire en los pulmones para poder seguir respirando.

Iam la miró divertido y enarcó una ceja, se acercó a ella y comenzó a hacer unos ligeros estiramientos.

–Tranquila, será el tobillo que aún te molesta, no lo había pensado.

Paige negó con la cabeza enérgicamente, sentía su corazón bombeándole a mucha velocidad, casi a punto de salirse del pecho.

–No, mi tobillo está bien, soy yo que aguanto el ritmo.

Era sincera, tal vez en algunos casos fuera una virtud y en otros un defecto pero lo decía tal cual lo pensaba.

–Tú lo que quieres es acabar conmigo. –le comentó antes de que él pudiera decirle algo.

–¡No mujer! Estás tan buena que pensé que un cuerpo así sólo se mantenía a base de duro ejercicio. –Iam enmudeció al instante, se llevó la mano derecha a la boca y negó la cabeza.

–¿Por qué he dicho eso? En serio, discúlpame, nunca soy tan grosero.

–Gracias por lo de guapa.

Era curioso, ¿aquel humano la encontraba atractiva? Nunca se había sentido deseada por nadie y debía reconocer que se sentía alagada con aquellas palabras.

–Enserio Paige, lo siento muchísimo, no sé qué me ocurre que mi lengua habla más de lo que tendría que decir. Es como si no tuviera filtro.

Él se sentó a su lado, estaba visiblemente preocupado y ella sólo pudo sentir pena. De unas palabras de alago él había preferido entristecerse y tomar el lado equivocado de aquel momento.

–Tú también “estás muy bueno”. ¿Se dice así? –intentó animarlo.

Él la miró y sonrió.

–¿Te cuesta el idioma?

–Sólo algunas expresiones. –le contestó intentando salir del atolladero, no podía decirle que venía del cielo y mucho menos que era un ángel.

–Pues lo has dicho muy bien y me siento alagado.

–Me alegro.

Y, una situación que debería haber sido incómoda se convirtió en normal, ambos estaban relajados hablando el uno con el otro, como si todo aquello fuera una faceta más de aquella amistad que compartían.

–¿De dónde eres Moon?

Aquella pregunta le vino de improviso y la dejó helada, nunca se le había dado bien mentir y temió por que no creyera ni una sola palabra de lo que estaba a punto de inventarse.

–España.

–Bonito lugar. Yo soy de aquí. Aunque tu nombre es Inglés.

No pudo evitar reírse ante la obviedad, aquel hombre era muy divertido.

–Lo sé, a mi padre le gustó...¿A qué te dedicas Sanders?

–Sanders era como llamaban a mi padre, yo prefiero Iam.

–Y yo Paige.

Asintieron y dejaron claras unas nuevas bases de aquella relación.

–Pues soy abogado criminalista.

Paige no pudo más que abrir los ojos de sorpresa, aquello la había sorprendido de verdad. No se había imaginado ningún trabajo que pegara con aquel hombre pero nunca hubiera pensado que estaba ante un abogado y, mucho menos, criminalista.

–Vaya. ¡Qué emocionante! –exclamó con fuerza.

Lo vio negar con la cabeza y mirar al suelo.

–No te creas, te cansas de ver el lado oscuro de las personas y lo sanguinarias que llegan a ser. Por eso me sorprendió tu forma de encarar el robo, te sales de lo común.

Aquel alago la pilló de improviso, no supo muy bien como reaccionar. Así pues, saltó del banco como si de un resorte se tratara y le tendió la mano al humano.

–¿Seguimos?

Él, totalmente descolocado, parpadeó un par de veces y al final le tomó la mano, se levantó y volvieron a continuar con el camino a buen ritmo.

## Capítulo 13

–¿Nos vemos mañana? –preguntó Paige antes de que comenzaran las despedidas.

Al final, no había podido seguir el ritmo e Iam se había apiadado de ella y habían ido caminando por el parque. Habían charlado de tantos temas que le había parecido increíble, no se había abierto a nadie de esa forma jamás. Él era tan respetuoso pero tan íntimo a la vez que Paige comenzaba a tener sentimientos contradictorios, únicamente sabía que deseaba volver a verle.

–Lo siento, esta noche tengo un evento. Acabaré tardísimo y no creo que mañana pueda madrugar.

¡Oh, de acuerdo! No pasaba nada.

–Tranquilo. Pásalo bien, entonces.

–El lunes voy a clases de yoga pero podríamos vernos el martes a la misma hora.

Un rayo de esperanza iluminó el parque, él quería volver a verla y eso hizo que Paige sonriera pletórica, en su interior saltaba y gritaba como si le hubiera tocado el premio más grande de la feria.

–Genial, por mí perfecto.

–Pero esta vez no iremos a correr, te enseñaré algunos lugares de la ciudad que tienes que ver antes de irte.

–Perfecto, estaré encantada de verlos. Gracias.

Se despidieron con dos besos, aquel contacto fue diferente ya que se entretuvieron en los dos besos más de la cuenta. Él se había quedado quieto al primer contacto mejilla con mejilla y ella no había dicho nada; únicamente había disfrutado del perfume de aquel hombre.

–Hasta el martes Paige. –susurró muy cerca de ella.

Era como si le hubieran cortado el suministro de aire, no podía pensar con claridad y su cuerpo comenzaba a responder de formas que jamás le había ocurrido antes.

Tenía que huir.

–Hasta el martes.

Y acto seguido, giró sobre sus talones y se fue a casa de April, dejando sólo a un desconcertado Iam.

\*\*\*

April gruñó palabras inconexas y cerró el ordenador, Destino la había dotado con la tecnología para seguir los pasos de los ángeles que cuidaba. Hasta ahora no había necesitado nada pero Paige era distinta.

¡Oh, sí! Ella era especial, una alma pura que se salía de lo común. Lentamente comprendía los motivos por los cuales Cupido la quería proteger.

No sabía si debía de informar de lo que había visto, en realidad no era algo peligroso lo que había hecho, estaba hablando con un chico. Pero ¡ay cielos! él se sentía atraído por ella. Y ella tenía ese brillo especial en la mirada.

La escuchó entrar en casa, dejó las llaves sobre la mesa del recibidor y guardó sus deportivas y chaqueta en el armario.

Salió a verla, estaba hecha un desastre, era como si hubiera estado haciendo deporte durante años y sin ducharse. Sus cabellos estaban todo alborotado y su rostro sonrojado y sudoroso.

–No te ofendas pero das un poco de asco.

–Lo solucionaría pero “alguien” no me deja usar mi magia.

Decidió pasar por alto el tono que había empleado en “alguien” y señaló tras de sí.

–Los que no tenemos magia usamos la ducha.

La vio bufar y soltarse el moño que sujetaba su melena, aquel gesto hizo que sus cabellos la abrazaran y le hizo el rostro mucho más dulce. Sí, ella era una personita dulce e infantil. Aquello era una rabieta, por suerte no era el primer ángel con el que lidiaba.

–Tendré que usar eso...

Desapareció pasillo abajo y entró en el cuarto de baño.

April miró hacia el techo, como si pudiera ver a quien se dirigía y sonrió.

–Vuestra chica está en buenas manos.

Unas leves campanitas sonaron en respuesta, sí, ellos las estaban vigilando. Nunca antes se había sentido tan nerviosa por algo así. Al mismo tiempo no le gustaba ser vigilada, era como si no confiaran en ella y sintió el impulso de alzarles un dedo poco educado.

Olvidó todo en lo que pensaba cuando Paige profesó un chillido desgarrador. A toda velocidad se dirigió al baño, el corazón iba a salirse por la boca, pero lo retuvo fuertemente.

Abrió la puerta y se encontró a una Paige tratando de cazar una alcachofa de la ducha que se movía como una serpiente, había abierto demasiado el grifo, la presión hacía que hubiera cobrado vida y bailara por la ducha mojando a la ángel y todo lo que había en su paso.

Corrió y detuvo el grifo, fue en ese momento que notó que todas sus ropas estaban absolutamente empapadas. Sí, ducha uno chicas cero. Se sentó en el suelo y se miró la camiseta, parecía que protagonizaba una competición de miss camiseta mojada.

Quiso regañar a Paige, realmente quiso, pero la miró y ella seguía mirando con horror el grifo esperando que volviera a la vida. Iba armada con una zapatilla y no dudaba en usarla.

Pobrecilla, había muchas cosas humanas que no conocía. La magia les facilitaba mucho la vida allí arriba.

–No va a atacarte.

Ella lo dudó, negó con la cabeza y siguió esperando que aquella arma letal se lanzara contra su cuerpo.

Sí, necesitaba ayuda. Dejó el humor a un lado y decidió enseñarla.

–A ver Paige, presta atención.

## Capítulo 14

–¿Piensas ahogarte en la bañera? ¡Date prisa que tenemos una cita! –grito April delante la puerta del baño.

–Sería una muerte caliente y espumosa...

Escuchó decir a la ángel totalmente pletórica, desde luego aquel invento humano le había gustado mucho, tal vez demasiado incluso. Llamó de nuevo a la puerta. No le gustaba llegar tarde y si hacía falta la iba a sacar con sus propias manos de aquella bañera, aunque, una segunda opción cruzó su mente... ahogarla.

–Paige.

–Sería más rápida si pudiera usar la magia.

Aquello era chantaje, pero no había nacido el ser que pudiera ganar un pulso con ella.

–Si usas magia no te dejaré ir a ver a Iam, se lo diré a Cupido para que te haga volver al cielo.

Antes de poder preguntare si la había escuchado, la puerta se abrió y estaba envuelta en un albornoz rosa chicle, toda su ropa era muy ella y esos colores le quedaban de ensueño.

–Ya estaba fuera, impaciente. –sonrió antes de irse a su habitación.

–Te he dejado un vestido sobre la cama, pónelo. –le ordenó.

La vio asomar la cabeza por el marco de la puerta, estrechó la mirada y la fulminó con ella.

–Eres muy mandona.

–Y tú una niña pequeña.

–No te haré más cupcakes.

–Sí los harás.

–No. –escupió negando con la cabeza.

Vale, aquellos dulces estaban demasiado buenos para dejarlos escapar, necesitaba negociar con ella.

–¿Qué quieres?

–Magia.

–No. –negó tajantemente.

Ella se lo pensó un poco y pensó otra cosa.

–Voy a tu armario y elijo un vestido que me guste.

–Hecho.

Sí, ya había salvado a esas magdalenas tan ricas.

\*\*\*

Aquellos zapatos los tenía que haber diseñado algún sádico, si no no se entendía el por qué del dolor que estaba sintiendo en los pies. Si daba un paso más estaba segura de que iba a perder sus extremidades inferiores. Nunca había sentido tanto dolor y mucho menos por un objeto que había sido diseñado para embellecer el cuerpo de una mujer.

–Necesito parar. –dijo apoyándose en una farola y sacándose uno de los zapatos. Gimió de puro gozo y repitió la operación con su otra extremidad.

–Estamos cerca, ponte esos zapatos. Vamos a llegar tarde.

No, necesitaba descansar, apenas era consciente de que sus dedos quedaran totalmente operativos, estaba segura de que iba haber que amputar. Y todo por unos zapatos demasiado altos para ella.

–No los necesito.

–En la Tierra no se va descalzo. Póntelos y sigamos.

Bufó.

–Sois demasiado aburridos aquí abajo.

–Según tengo entendido allí arriba eras el alma de las fiestas. –se mofó April de ella.

Sí, la humana había dado en el clavo y eso iba a tener sus consecuencias. Hizo un pequeño puchero y la miró con pena.

–Eso ha sido un golpe muy bajo. Dolió.

April hizo aspavientos con una mano como quitándole importancia. Paige entrecerró los ojos y fingió que dejaba de respirar. Al cabo de unos segundos no pudieron más que echarse, ambas, a reír.

Era divertido tratar con ella, un sentimiento se comenzó a filtrar camino a su corazón, era similar a la tristeza. Le iba a saber mal dejarla en la Tierra cuando volviera al cielo.

–No pienses en ello. Será más fácil.

–¿Cómo?

–No eres el primer ángel que acojo en casa.

Cierto, quizás muchos de ellos se habían encariñado de ella y todos se habían visto obligados a dejarla marchar. ¿A cuántos había amado ella? Decidió desterrar el recuerdo y vivir los días que iba a estar ahí.

Se puso los zapatos y le tendió la mano a su amiga, aquella noche iban a divertirse aunque eso significara llevar esos zapatos tan malos y dolorosos.

–La próxima vez te daré unas sandalias. –sonrió April.

–Sí, por favor.



## Capítulo 15

El codazo que le propinó Josh en las costillas le dejó son aire. No pudo evitar toser y encorvarse. Tras unas cuantas veces llenando sus pulmones de oxígeno lo miró con ganas de asesinarlo.

–No me mires así. Era para hacerte volver, pensabas en algo y no me escuchabas.

Iam se cruzó de brazos.

–Claro, por que sino me cuentas algo sobre tu último ligue mi vida no tendrá sentido... –se mofó.

–Mira esta fiesta tío, todos tan estirados, tan educados y tan odiosamente arreglados... tenemos que animar este lugar un poco.

–Hemos venido a hacer contactos.

Su amigo bufó, sí, era un excelente abogado pero, a la vez, un fiestero integral. Seguramente ya le había echado el ojo a un par de mujeres e intentaría que alguna no le diera calabazas.

Josh levantó un dedo y señaló hacia delante de ellos.

–Ella. Fantástica y preciosa.

Iam miró hacia allí y se quedó de piedra, la suerte estaba de su parte o el destino se había empeñado en que ella debía estar en su vida. La preciosa Paige estaba hablando sonrientemente con un hombre y una mujer los acompañaba.

Le cogió el dedo a Josh y le bajó la mano, negando con la cabeza le dejó clara las intenciones.

–No, ésta es mía.

–¿Tú la quieres?

Asintió sin perder a aquella mujer de vista.

–Sí, es de la que te he estado hablando.

Josh no dijo ni una palabra, sonrió como si le hubiera tocado la lotería aquella misma noche. No era tan extraño que él se interesara en una mujer, de echo no era virgen, así que no tenía que formar ese tipo de celebraciones.

–Voy a pedir el whisky más caro que tengan y lo pondré en tu cuenta. –rió su amigo.

–Olvídate de eso. Agua y mucho es.

–Rácano.

Iam miró hacia él y le lanzó un beso al aire.

–La propina.

Josh fingió desmallarse, era un payaso en una fiesta demasiado elegante pero era bueno tenerlo cerca, mejor sobrevivir a noches así con un buen amigo.

Y notó como si alguien lo observaba, miró por la sala y comprobó que Paige miraba hacia él. Le gustó la forma en la que ella se sonrojó cuando él la saludó con la mano, sus mejillas tomaron ese color rojizo que la hizo más atractiva de lo que era.

Ella acortó la distancia que les separaba, seguida muy de cerca de una mujer rubia.

–¡Hola, qué sorpresa! –exclamó Paige.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó Iam sorprendido.

Ella señaló a su acompañante femenina contestando a la pregunta.

–¿Y tú?

–Negocios.

–¡Oh! –dijo con pena, al mismo tiempo que todo su rostro se volvía más serio y frío.

–En ese caso te dejo trabajar. –añadió.

No podía dejarla ir, sí, estaba en aquella fiesta para hacer contactos para nuevos casos y ascender pero Paige le atraía demasiado. Además, era como si en cada paso que diera aquella mujer apareciera y eso era demasiada coincidencia.

–No, no es necesario que te vayas. Puedo descansar un poco.

Una risa femenina llenó sus oídos, pero no era la de ella si no la de su compañera. La rubia tomó el relevo en la conversación y se convirtió en el nuevo centro de atención.

–Disculpa. –susurró Paige. –Ésta es mi amiga April Dacourt, April este es Iam y él es... –se quedó señalando a Josh. –Pues no lo sé.

Los cuatro rieron ante aquello.

–Soy Josh, compañero del bufete de abogados de Iam y –su voz se volvió más infantil –Amigo del alma de este hombretón.

Paige rió pletórica ante la frase y no pudo evitar una punzada de celos, era como si su amigo le estuviera robando el protagonismo que quería.

“*No te vuelvas loco.*” –pensó.

Cierto, aquello no era una competición y mucho menos un concurso. ¿Ella le estaba haciendo perder el juicio? Sí, seguramente de eso se trataba.

–¿Y qué hacéis aquí? Por que tú estás de vacaciones... –le preguntó Iam a Paige.

–Mi marido es el juez Ross Trois, he venido por que me ha invitado y nunca está de más de disfrutar de un poco de fiesta.

Y, sin que pudiera predecirlo, Paige miró a su amiga con la cara desencajada por la sorpresa, la cogió de los hombros y la hizo mirarla a la cara.

–Espera, ¿estás casada? ¿Por qué no me lo dijiste? Creía que sólo era tu novio.

–Por qué no preguntaste.

La respuesta fue tan natural y lógica que hizo que Paige bajara la cabeza e hiciera un puchero.

–No me cuentas las cosas... te odio.

Iam sonrió, era adorable. Aunque, debía reconocer que para ser amigas le resultaba extraño que no supiera que su amiga estaba casada, sin embargo, cosas peores se

habían visto en el mundo. En realidad, no importaban los motivos por los cuales estaban ahí.

“*Sólo aprovéchalo.*” –y sí, eso pensaba hacerlo.

\*\*\*

No recordaba exactamente cuando se habían despedido de los demás, Josh y April habían ido a hablar con el juez Ross y ella había quedado con Iam. Una copa de cava adornaba su mano y no sabía si tomar un trago de aquel líquido amarillo y espumoso.

–¿No te gusta el cava? Puedo ir a buscar otra cosa que prefieras. –le explicó Iam.

Negó con la cabeza nerviosamente y decidió probar aquella bebida. El sabor extraño del alcohol no le gustó en absoluto y mucho menos cuando tragó y el líquido bajó por su garganta. Sin poderlo remediar tosió y trató de poner su mejor cara posible.

–No está tan mal.

Él comenzó a reír, le quitó la copa de la mano y la dejó sobre una bandeja de un camarero que pasó tras ellos.

–No hace falta que bebas algo que no te gusta.

–Gracias.

–¿Gracias? Paige, no estás obligada a hacer algo que no quieras.

Cierto, ella era libre, pero no estaba muy segura de cómo comportarse en convecciones humanas. Allí en el cielo nadie mentía y seguramente le habría dicho que aquel líquido le había quemado la garganta, además de que no comprendía cómo había seres que bebieran algo tan asqueroso. En cambio, en la Tierra estaba tratando de adaptarse a ciegas.

–Lo siento, simplemente no sé cómo...

Sus palabras murieron allí, en sus labios, sin llegar a salir; no sabía exactamente cómo explicarle que no estaba acostumbrada a estar entre humanos.

–¿Comportarte? Estas fiestas suelen dar esa reacción. Aquí todo el mundo es demasiado políticamente correcto y no buscan divertirse. Esto son negocios. –señaló a su alrededor– ¿Ves a alguien reír?

Paige buscó con la mirada algún signo de alegría y, excepto Josh –el cuál reía estrepitosamente– nadie parecía disfrutar de todo aquello. Entonces, sintió pena, lástima por que los humanos estuvieran obligados a participar en actos que no servían para ser felices, nadie tenía que ser propulsado a hacer algo que no quería.

–Qué pena... –susurró sin poder evitarlo, tenía el corazón encogido y no sabía muy bien los motivos.

–¿Ves? Son estas reacciones las que te hacen tan especial.

Rápidamente dirigió su atención a él y vio como la mirada con estupefacción. Era como si ella fuera una obra de arte y él se hubiera quedado eclipsado de tanto mirar.

–¿Por qué?

–Nadie siente lástima por venir aquí, por estar obligado a trabajar y hablar con gente que no quieres únicamente por interés. Pero tú sí, reaccionas de forma distinta a los demás.

–Tal vez sea diferente.

–Estoy seguro de ello. –dijo convencido.

De golpe, se dio cuenta de que no paraba de mirar sus labios y él los suyos. Una respuesta corporal a todo aquello lógica era que retrocediera, sin embargo, se acercó a él y sintió cómo el estómago se le encogía.

Jamás había sentido algo tan fuerte, esas emociones capaces de hacerte remover por dentro, que todo tu cuerpo palpitara, la temperatura corporal por los cielos. ¿Eran reacciones humanas? ¿O se había olvidado de vivir su propia vida?

Quiso saber más, saborear sus labios era como morder el trozo de vida que había dejado escapar. Ahora comprendía los motivos de sus jefes a hacerla bajar a disfrutar.

Sí, empezaba a comprender las reglas del juego.

Cuando ambos se acercaron tanto como para sentir el aliento del otro, un suspiro les separaba, Paige sintió que estaba a punto de desmallarse y esperaba que al menos Iam pudiera sostenerlo.

Una copa cayó al suelo y se rompió en mil pedazos, aquel pequeño detalle hizo que ambos pegaran un brinco y se separaran, se giraron hacia el lugar donde una mujer había tropezado y había caído. Por suerte, los trozos de su copa no la habían alcanzado y estaba intacta.

Iam la miró y sintió vergüenza, su cuerpo había vuelto a la normalidad y no sabía qué había ocurrido si esa copa no les hubiera distraído. ¿Se habrían besado? ¿Él hubiera querido ese contacto tanto como ella?

—Lo siento, Paige.

No, no lo había querido.

Una enorme pena encogió su corazón. No había otra forma de describir lo que sentía dentro de sí misma.

—No te preocupes. —no supo si él la había escuchado, su voz había sido apenas un susurro y apenas se había escuchado.

## Capítulo 16

–Me preguntaba que he podido hacer para apenarte tanto. –preguntó Iam.

–Nada. –mintió, los ángeles no mentían. ¿Se estaba corrompiendo a causa de los humanos?

–Yo quería besarte.

Lástima que ya no creía en sus palabras, se apartó de él como si quemara, necesitaba salir de aquel lugar. Se negaba a que todos los sentimientos que tenía girando en su interior la devoraran sin piedad.

–Creo que voy a tomar el aire. Un placer Iam. –se despidió.

Dos pasos después él la tomó del codo y la hizo girar hacia él, su semblante serio la hizo temblar, no sedeaba estar en aquel lugar. Se sentía demasiado vulnerable, expuesta a algo que no conocía.

–Paige, no quería hacerte daño. De verdad.

–Gracias.

No supo qué más decir, era raro que ella perdiera la palabra pero ante él no sabía cómo explicarse.

–Vale, empecemos de nuevo. En Central Park nos hemos llevado bien, ¿y si te saco de aquí y paseamos un poco?

–¿Tú y yo solos? ¿Cómo una cita?

Él sonrió pletórico.

–¿Eso te gustaría?

–Tal vez.

Iam miró a su alrededor y buscó a Josh con la mirada, iba a avisarle de que se iban. Ella tenía una forma más rápida, chascó los dedos con suavidad y conectó con la mente de April, advirtiéndola de sus planes.

Su amiga, rápidamente miró hacia ellos y la fulminó con la mirada. Ante la dureza de aquel gesto no pudo más que estremecerse por aquella amenaza directa. Sí, se había saltado las normas de nuevo, era culpable.

“Ups, perdón.” –le dijo a April sonriente.

Iba a morir en cuanto estuvieran a solas.

Iam regresó, después de mediar dos palabras con su amigo. ¿Cuándo se había hecho más atractivo? Aquel traje le quedaba mucho mejor que hacía unos minutos. Él era tan varonil y alto que se sentía cerca de un guerrero. El atractivo era mayor que el de sus jefes y esos que ellos dos eran como un cupcake con cobertura de chocolate... Iam era el summun de los dulces.

Le tendió la mano y Paige quedó mirando hacia ella, una pequeña duda atravesó su mente. ¿Debía ir con él? Antes de pensar en una respuesta lógica, la tomó y su calor se extendió por su cuerpo.

Una parte de ella le dijo que aquel paso que daba iba a ser decisivo para su convivencia

Central Park estaba tranquilo aquella noche, no sabía muy bien los motivos por los cuales la había llevado allí, pero necesitaba tenerla cerca. Paige miraba el lago que tenían delante y sonreía, era feliz y eso le hizo que se le contagiase la sonrisa.

—¿A qué te dedicas, Paige? —preguntó tratando de sacar un tema.

—Soy una ayudante de Cupido. De vacaciones, me han obligado por trabajar demasiado.

No supo cuál de los dos quedó más sorprendido por la respuesta, ella, dio un fuerte respingo y negó con la cabeza. Sus ojos mostraban un sentimiento entre la sorpresa y el miedo.

Iam no pudo evitar reír, era divertida y “casi” se lo había tragado.

—Muy buena. ¿Sabes? No importa de que trabajes. Aunque eso de Cupido ¿significa que estás en una agencia de contactos?

—Algo así.

Había gente moderna en el mundo que prefería que otras personas buscaran al amor de su vida, él no iba a juzgar eso.

—Un trabajo difícil. —comentó pensando en ello.

—No te creas, a veces es mucho más fácil de lo que parece. La gente sólo está esperando una excusa para dar el paso por que por ellos mismos les da miedo.

Su trabajo, en parte, era fascinante y conocía una faceta diferente de la que él estaba obligado a ver.

—¿Y qué me dices de ti? Tu trabajo tiene que ser muy difícil.

¿Lo era?

Ambos tomaron asiento en un banco y la miró a los ojos, quería ser sincero y ella le invitaba a abrirse.

—Lo es. Pero cuando encierras a los malos te sientes mucho mejor.

—¿Eres bueno en tu trabajo?

Iam se llevó la mano al corazón, fingiendo que aquello le dolía, giró la cara e hizo un sonido de ofendido.

—¡Soy el mejor!

—Dime de qué presumes...

¡Ah no! Por ahí no iba a pasar, ella no podía dudar de lo buen y magnífico abogado criminalista que era. Se ajustó la corbata, se puso en pie y la encaró con su mejor sonrisa. Tras eso, se puso completamente serio y dijo:

—Señoría, llamo al estrado a Paige Moon, acusada de no creerse lo bueno que soy.

—¡Protesto! —exclamó ella.

—¡Tú no puedes protestar! Y no tienes abogado...

La vio morderse el labio y apenas supo como pudo contenerse de caer de rodillas. Sus ojos poseían una chispa de diversión y de picardía que comenzaba a afectarle.

—Entonces tendré que buscarme a uno.

—Sí.

Ella cabeceó y se levantó del banco, caminó alrededor de él mientras comenzaba a decir:

—Debe ser bueno...

—El mejor.

—Debe estar libre...

—Sin duda, un caso difícil.

–Debe ser alto.

Iam sonrió.

–Conozco unos pocos.

–Debe ser guapo...

–¿Para seducir al juez?

–O a su cliente...

–Uhm, creo que ahí se incumplirían un par de leyes.

Paige rió a su espalda y posó ambas manos en sus hombros, el aliento en su nuca le produjo un hormigueo agradable.

–Entonces creo que ya sé a qué abogado llamar.

Él asintió, por supuesto que estaban de acuerdo.

–¿A quién? –le preguntó esperando atentamente.

–Pues te tendría que pedir... –se silenció y él no pudo evitar moverse un poco, tenerla detrás sin verla comenzaba a ser desesperante.

–Uh–hu... –asintió Iam.

–El número de Josh.

Y rápidamente se apartó de él para comenzar a reír a carcajada llena, fue corriendo al banco y se dejó caer sobre él sin poder reprimir cada explosión de risa que salía de ella.

–¿Con que esas tenemos? –preguntó seriamente Iam.

Ante su semblante estoico ella lo miró preocupada y dejó de reír.

–Iam, no pretendía ofenderte.

No le importó, caminó hacia ella lentamente, seguro de sí mismo. Y la acorraló en aquel banco. Sus brazos se afianzaron a cada lado de su cara.

–¿Cómo se declara la acusada? –preguntó Iam.

–Inocente. –contestó mirándole a los labios.

–Yo la declaro culpable de los cargos de provocación y alevosía.

–Tú eres abogado, no juez.

Buen punto, aunque no importaba.

–Cierto.

–Y soy inocente.

Iam rió y negó con la cabeza a la vez.

–Eso lo dudo mucho.

–¿Voy a tener condena?

El gruñó un poco al verla humedecerse los labios después de hablar, estaba seguro que ella estaba llevando a la situación que quería o era él mismo. El caso es que aquello únicamente llegaba a un lugar y no se podía resistir a caer.

–Sí... –susurró.

–¿Cuál? –preguntó Paige imitando su mismo tono de voz.

No hubo respuesta posible, ambos acortaron la distancia que los separaba y se golpearon violentamente en los labios. No era el beso que esperaban pero no importó, se separaron un segundo para tomarse de nuevo y, esta vez, de forma suave y lenta.

Su sabor dulce la embriagó, tomando cada recoveco de su cuerpo desprevenido y deseando morderla con suavidad. Paige era dulce y provocativa, y besaba como tal, los primeros segundos había sido tan suave y dulce que había pensado que se trataba de un beso casto y puro. Pero ella había decidido abrir la boca, dejándole paso a saborearla para luego mordisquearle la lengua.

Iam perdió el control, tomó su labio inferior y succionó con fuerza, haciéndola emitir un gemido que le hizo enloquecer los sentidos.

Su olor a golosinas, su sabor dulce estaban haciendo que no pudiera pensar en nada más que en besarla. Se separó de ella para sentarse en el banco, Paige no preguntó, se sentó sobre su regazo y le volvió a tomar los labios.

Esta vez sus brazos la envolvieron fuertemente, acariciando su espalda y su cuello. Ella lo imitó y posó sus manos en su pecho y rió un poco.

–¿Divertida?

–Buena condena.

Sí, la mejor.

Y el maldito teléfono móvil sonó haciendo que se apartaran bruscamente. Dichoso aparato del diablo. ¿Quién quería saber de él?

Paige se apartó de él y caminó cerca del lago, mientras escuchaba lo que su amigo tenía que decirle reprimió el impulso de tomarla de la mano y apartarla de la orilla, no quería que un traspie acabara en el agua.

Colgó y guardó su teléfono, tragó saliva y miró a la mujer que tan tranquilamente miraba el agua. Tomó dos bocanadas de aire y caminó hasta ella. Al llegar, Paige no lo miró, únicamente tenía ojos para mirar la tranquilidad de las aguas.

–¿Tienes que irte?

La verdad era que sí, Josh se había topado con dos jueces que querían verlo, eso era bueno para su carrera. ¿Entonces por qué se sentía miserable de dejarla tirada?

–Escucha, y o..., Paige... –palabras inconexas llenaron su boca, apenas su cerebro podía articular una palabra correcta y no sabía cómo disculparse.

–No te preocupes.

–Te lo compensaré, lo prometo. Hemos quedado para pasado mañana para enseñarte algunos sitios de aquí y te aseguro que no tendré que irme y lo pasarás bien.

Paige lo miró, su rostro parecía el de un ángel, no había rencor en sus ojos y supo que ella estaba bien.

–Tranquilo Iam. Vuelve a la fiesta y haz lo que tengas que hacer.

–De verdad que lo siento.



## Capítulo 17

Iam la había llevado a casa, al menos era un caballero y se había negado a que caminara sola por aquellas calles tan de noche. Eso era un gesto de agradecer. Cuando se detuvo en la casa de April ya sabía que debía despedirse pero se sintió apenada. En el fondo, aunque todo aquello era nuevo para ella, había disfrutado mucho aquella noche.

–Gracias por traerme.

–Era lo menos que podía hacer y lo sabes.

Bueno, en parte sí que lo sabía.

Fue a abrir la puerta del coche, tomó la maneta en su mano y antes de salir no pudo reprimir dar media vuelta y mirarlo.

–Esta noche, si no hubiera llamado Josh... tú y yo... –la pregunta murió ahí.

Era mejor no saberlo.

–Por mi parte sin duda. –contestó el abogado sin pensárselo dos veces.

Su mirada decidida y caliente la sorprendió, estaba claro que decía la verdad y aquella declaración había encendido partes de ella y su anatomía que creía inexistentes hasta la fecha.

–En fin, que tengas buena noche.

–Igualmente, Paige.

Su nombre en sus labios sonó como pura música. Era algo tan sensual que sabía que tenía que salir de ese coche antes de que cometiera más estupideces. Pero, antes de irse, no importaba si cometía una más.

Se acercó a él y lo besó de nuevo, él fue tan feroz que sintió que se derretía allí mismo, entre sus brazos. Los gemidos abandonaron su cuerpo sin poder evitarlo, Iam era adictivo y lo la soltaba.

Finalmente, cuando el contacto se rompió, no estuvo segura de quién de los dos estaba más afectado.

–Tu beso de la suerte. –sonrió ella.

–Sin duda.

Abandonó el coche, pero él no arrancó y se fue hasta que vio como entraba y cerraba la puerta principal. Era todo un caballero.

Con una sonrisa pletórica apoyó la frente en la puerta y cerró los ojos reviviendo los besos que se habían dado. Un chillido eufórico subió por la garganta y no pudo evitar saltar y bailar por el pasillo hasta llegar al comedor.

En él, una muy sorprendida April la miraba con los ojos fuera de las órbitas.

–¡April! Sí que has vuelto pronto. –sonrió.

–Sí, Ross tiene faena y no suelo trasnochar demasiado.

–¿Cómo no me dijiste que estabas casada? ¿Y por qué no vive aquí?

Su amiga frunció el ceño y contestó:

–Sí vive aquí, dormió anoche conmigo pero estabas tan cansada que para cuando despertaste ya se había ido a trabajar.

La vergüenza la envolvió como si le hubieran lanzado una jarra de agua fría sobre su cabeza. Ella había dormido en el sofá como hacía años que no conciliaba el sueño.

–¿Y tú no tienes nada que decirme?–su tono feroz le recordó la magia que había usado en la fiesta.

–Lo siento... –canturreó como un niño cuando hace algo malo.

–Bueno, si me cuentas que tal besa el abogado te lo perdono.

Paige rió y se lanzó a por ella, la abrazó y siguió saltando por todo el comedor hasta caer sobre el sofá.

–Ha sido fantástico.

–Ya lo creo, Paige. Cuéntamelo todo. Pero antes– hizo una pausa y fue a por una gran bolsa de gominolas de la cocina. –necesitamos dulces.

–¡Sí!

\*\*\*

Iam ya estaba en el vestíbulo de la fiesta, se arregló el nudo de la corbata y fue a buscar a su compañero. Los negocios eran trabajo y debía ser lo más profesional posible. Cuando vislumbró a su amigo fue hacia él, no sin antes verse interceptado por él y llevado ante uno de los jueces más influyentes de la ciudad: Calvin Lowell.

–Encantado de conocerle, señor. Es un enorme placer, soy Iam Sanders.

Ambos estrecharon la mano y el juez sonrió ampliamente. Compartió unas miradas de complicidad con su amigo y luego le dijo:

–Necesitas un minuto, cuando estés listo ven a verme con una copa cargada de whisky sin hielo.

Y se marchó.

–¿Qué? ¿Cómo?...– balbuceó.

Josh lo tomó de los hombros y lo empujó de nuevo hasta el vestíbulo, caminaron de prisa, sintiendo como su compañero pedía paso a todos los presentes y disculparse. ¿Aquello no podía ser más irreal?

–¿Qué haces? –le preguntó confundido.

–¡La besaste! –exclamó entusiasmado.

¿Cómo lo sabía? ¿Tan transparente era? Era increíble y esperó que no fuera por el tiempo que hacía que no estaba con una mujer.

–¿Cómo te has enterado?

Él hizo un gesto con el rostro que le indicó que era más que obvio que lo supiera, desde luego no entendía ni una palabra de lo que estaba ocurriendo allí.

Ante su confusión, Josh bufó fuertemente y tomándolo de los hombros lo giró hacia un espejo.

La respuesta le vino tan de golpe que se sintió estúpido. Alrededor de sus labios había grandes manchas de carmín fucsia. Paige le había dejado la cara marcada y él no se había ni molestado en revisarlo.

–¡Oh, mierda!

La vergüenza lo invadió, ahora comprendía las miradas de diversión del juez, seguramente se había pensado que había estado en los lavabos disfrutando de una compañía femenina. Eso sí era empezar con buen pie.

Con un pañuelo se limpió los restos de carmín, tuvo que frotar mucho por que el dichoso pintalabios no se iba tan rápido como él pretendía.

—Ahora me sabe mal haberte llamado y todo. —rió Josh.

Su amigo iba a morir aquella noche, le iba a coger con la corbata y cortarle la respiración hasta verlo blanco.

—No te rías de mí. —exigió.

—Mira que está buena la chica.

Iam lo miró advirtiéndole que no fuera por ahí.

—Por eso te la has pedido nada más verla, un trozo de cielo como ese no se puede dejar escapar.

—No es un polvo.

—Aunque sean dos o tres, disfrútalos. No parece una chica de quedarse mucho por aquí. Se ve diferente a los demás.

Eso era cierto, estaba era extranjera y se veía tan diferente del resto de personas que no podía evitar que las miradas saltaran sobre ella invadiéndola. Había algo en ella que llamaba la atención.

—Está de vacaciones unos días por aquí. —aclaró Iam y grabándolo a fuego en su mente.

—Siempre eliges a las más complicadas.

Frunció el ceño, él no había elegido nada y eran sólo amigos, quizás con un poco de derecho a roce pero sólo un par de besos. Él quería ser su amigo y ser amable con ella.

—Quita esa mirada de ángel, quieres lo que todos quieren con ella.

—Eres tan animal, Josh. Sólo voy a ser su amigo unos días.

Su compañero fingió un bostezo y se desperezó.

—Cuentas muy mal mentiras. Tú y ella no vais a ser amigos. ¿Un rollo? Tal vez pero amigos no.

No, se negaba en redondo, él no quería ser una muesca en su cama. Iba a ser su mejor amigo los días que estuviera por Nueva York.

—¿Salimos a ligar después? —tanteó Josh.

—¡Por supuesto que no! —contestó rozando el enfado.

¿Qué clase de drogas tomaba su compañero?

—¿Ves? Ya te ha... pillado.

## Capítulo 18

–Yoga, dice que va a clases de Yoga, April.

–Te he oído la primera vez que me lo has dicho.

–¡No lo entiendes! Quiero ir, quiero verlo de nuevo. Dime donde puedo hacer eso.

–Cariño hay muchas escuelas donde se pueden hacer, encontrar a la que va ese abogado sería como buscar una aguja en un pajar.

Paige sonrió maliciosamente, buscó el teléfono de April y marcó el número.

–Hola Josh, sí, soy Paige. –sus dedos chasquearon suavemente, al mismo tiempo que su magia surtía efecto. Un brillo blanco iluminó sus dedos y todo quedó listo.

–¿Podrías decirme donde son las clases de Yoga donde va Iam? –una pequeña pausa, una sonrisa y “*boilá*” tenía la dirección.

–Muchísimas gracias, eres genial.

Colgó, se sentía eufórica, iba a volver a verle de nuevo. Una oportunidad para demostrarle que no era la patosa y loca que él creía que era.

April la miraba con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada furibunda. Paige con la boca abierta y, tratando de disimular, dejó el teléfono lentamente sobre el sofá; era como si bajara una arma cargada y April le amenazara con que la soltara lentamente. Una vez el aparato estuvo en el asiento le dedicó una sonrisa dulce.

–No, tus sonrisas no me sirven. Puede que allí arriba todo sea luz y color pero aquí abajo no puedes usar tus poderes.

–Lo sé... –canturreó Paige entornando los ojos.

–¡Es peligroso! Nadie puede saber que eres un ángel.

Tenía razón, debía dejar a un lado su parte más mágica, pero aquella faceta estaba tan arraigada en ella que apenas podía desprenderse de ella. Era difícil no recurrir al medio con el que toda su vida funcionaba. La Tierra era apasionante y, a la vez, complicada.

–Lo siento. –y lo decía de corazón.

–Que no vuelva a pasar.

Y, acto seguido, la vio marcharse a la ducha antes de que ese tinte le quemara el pelo.

Paige giró sobre sus talones y se dejó caer con los brazos extendidos sobre el sofá.

–Sí, pero ya sé donde volver a verte.

–¡Te he oído!

–¡Vale! –contestó, y antes de que se encendiera el grifo de la ducha le dijo: –¡Y vas a llevarme!

\*\*\*

La academia estaba más cerca de casa de lo que pensaba, caminó hasta la puerta y cuando fue a tocar el pomo de la puerta se detuvo.

“¿Qué estás haciendo?” –pensó Paige.

Aquello rozaba lo patético, estaba acosando al pobre humano por los sentimientos que estaban naciendo en ella, tan extraños hasta la fecha. No podía presentarse y decirle que le gustaba el yoga, que se iba a apuntar y si querían pasar un rato juntos. Debía volver a casa y esperar al día siguiente cuando habían quedado.

Giró sobre sus talones completamente convencida con que se estaba volviendo loca. Se estaba convirtiendo de una forma irregular y disfuncional, iban a acabar encerrándola en un hospital psiquiátrico.

–¿Pasabas por aquí o querías verme?

La voz de Iam la paralizó, fue como si todos los músculos de su cuerpo se entumecieran. Tras unos segundos de cortesía, lo encaró como pudo y luchó con las ganas de mirar al suelo.

–¿Sinceramente? Sí, vine a verte, pero luego vi lo loca que estaba y me quise ir.

Él no contestó, únicamente rió.

–¿Cómo sabías a dónde iba?

Sabía que tenía que inventarse una excusa, pero no sabía mentir. Así pues, con toda la calma que pudo reunir explicó:

–Llamé a Josh y me lo dijo.

Ese fue su gran error, sintió como su rostro se volvía blanco como la leche. No había cruzado ni dos palabras con el amigo de Iam y mucho menos se habían dado los números. Él iba a comenzar a sospechar pronto.

–Ya me dijo que, a pesar de estar casada, le dio el número a April.

Quedó paralizada. ¿Ella le había contado el beso y su amiga no le había contado lo de Josh? Alguien no iba a probar sus próximos cupcakes.

–Bueno, yo debería irme... siento el haberme presentado aquí.

Comenzó a caminar rumbo a casa, donde debía estar y no como una niña tonta persiguiendo a un humano. Estaba convencida de que Cupido y Destino se avergonzarían de su comportamiento.

–Si te vas me vas a obligar a seguirte. –la voz de él la sorprendió.

No pudo más que volverse para mirarlo con el cejo fruncido.

–¿Seguirme?

El abogado asintió.

–No comprendo... –susurró.

Iam, antes de que ella pudiera darse cuenta lo tenía delante, mirándola tan profundamente que sintió que le desnudaba el alma, que casi tocaba sus alas blancas ocultas bajo su piel.

–Que sí, que es de locos pero me alegro de que lo hayas hecho. Así tengo un ratito más de tu compañía. Que este mundo es demasiado correcto y se hacen pocas locuras. Entra a la clase. –le pidió.

–Iam y o... –algo en su interior comenzaba a flaquear.

–Paige –tomó aire y continuó– Amigos ¿vale? Estas vacaciones te voy a enseñar la ciudad, voy a ser tu compañero. Vamos a salir de fiesta, pasear, bailar, reír... no te pido nada más. No volveré a besarte si no quieres, yo me muero de ganas pero me aguantaré... sólo amigos.

Aquello era extraño, un paso que no debía dar. La habían bajado a la Tierra para convivir entre humanos pero Iam era una línea roja que no estaba segura de cruzar.

Su interior gritó para que sus neuronas se activaran, les pidió que pensaran deprisa pero no pudo. Únicamente pudo sentir, su corazón le decía que fueran amigos, que siguiera descubriendo la relación tan peculiar que había entre ellos dos.

–Vale, pero sólo una clase.

–Siempre es una y yo llevo tres años.

Ambos rieron a carcajadas.

## Capítulo 19

Siete posturas después Iam supo que Paige no podía más, la pobre mujer estaba tumbada sobre la colchoneta respirando agitadamente. Su rostro estaba tan rojo por el esfuerzo que parecía un tomate y, aunque apenas había sudado, le costaba respirar.

–No estás acostumbrada al deporte ¿eh?

–Yo pensaba que esto se hacía para relajarse y no para no poder moverse al día siguiente. –logró decir dejando caer la cabeza sobre la colchoneta.

–Descansa un poco mientras los demás seguimos con la relajación.

Tumbada boca abajo, apoyando la cabeza en los brazos Paige asomó un ojo desde su posición y lo cerró.

–Que te den, chulo.

–Uy... comienzas a sacar garras...

–Y por que no puedo moverme que si no te enterarías.

Echó la cabeza hacia atrás y rio a carcajada llena, aquello hizo que la profesora le regañara por importunar a los demás. Se disculpó y continuaron con las posiciones. Antes de tomar la siguiente postura miró de nueva a la pequeña mujer que lo miraba con una sonrisa.

“*Por chulito.*” –articuló sin voz.

Desde luego, aquella mujer era especial. Demasiado quizás para ser sólo amigos.

Minutos después, la pobre Paige comenzó a seguir el ritmo de la clase. Hubo un par de posturas que, incluso, logró ser mucho más elástica que él. Vale, él no era precisamente el rey de la elasticidad pero tampoco un árbol.

–Y ahora buscad una pareja con la que os sintáis cómodas.

Iam la buscó con la mirada y, antes de poder decirle algo, su secretaria Rose –que también iba a las clases– se acercó a él. No podía culparla, siempre habían hecho las posturas en pareja pero aquel día deseaba estar con Paige.

–¿Me disculparías si te pido estar con ella? Sólo serán unos días.

–Claro, no te preocupes. –sonrió su secretaria.

Algo en su mirada le hizo preocuparse, los miraba como si hubiera descubierto el nuevo ligue del jefe y toda la empresa fuera a enterarse. Tal vez aquello no era buena idea.

–Si hay algún problema yo me pongo con quien sea. No quiero importunar. –le explicó Paige.

–Por supuesto que no –contestó Rose– Es agradable ver a Iam con una chica.

Paige parpadeó varias veces confusa, miraba a su secretaria como si las palabras que le hubiera dicho fueran en otro idioma muy distinto al suyo.

–Soy Rose, su feliz y casada secretaria. –se presentó sin tapujos.

Iam quiso intervenir, pero estaba casi más sorprendido que ella, la cual tomó un par de bocanadas de aire antes de hablar.

–Paige Moon. –sonrió.

–Bueno parejita, os dejo y nada, a hacer los ejercicios. –Rose empujó levemente por la espalda a ambos y los acercó demasiado.

Apenas habían quedado a escasos centímetros el uno del otro. Iam no pudo evitar recordar el beso que habían compartido y ella debía estar pensando en lo mismo porque se había sonrojado ligeramente.

–No quiero que te sientas obligada a estar conmigo. Hay mujeres que no tienen pareja en la clase. –tartamudeó estúpidamente.

–¿A estas alturas me tienes miedo?

–Sólo a como reaccione, Paige. –pronunció su nombre de forma profunda, mirándola a los ojos.

Aquella hermosa mujer inclinó un poco la cabeza y se mordió, deliberadamente, el labio inferior. Aquellos gestos le hicieron preocuparse, Josh comenzaba a tener razón, no iba a poder ser sólo su amigo. No si ella seguía por ese camino.

La tensión entre ellos se podía cortar con un cuchillo, era como un magnetismo que les mantenía unidos, uno que vibraba en cada poro de la piel de ambos y hasta creyó sentir crepitar la electricidad.

Al final, cuando creyó que ya estaba perdido, Paige arrancó a reír a carcajadas.

–Vamos. –golpeó su pecho con una mano. –Que te quieres escaquear de la clase.

–Lo dice la que está hecha polvo.

La vio entrecerrar los ojos y fulminarlo con la mirada.

–Te vas a enterar. –sentenció.

La primera postura apenas requirió contacto, cosa que agradeció por que no podía ver a Paige como a Rose. Aquello iba a ser mortalmente íntimo con ella, no estaba seguro de si había sido buena idea traerla.

La profesora les dedicó una mirada divertida e Iam no pudo evitar suspirar. ¿Todos en aquella habitación se daban cuenta? ¿Todos veían lo que Paige le atraía? Era como si todas las mujeres de aquella sala les empujaran a estar juntos.

Bueno, por no hablar de los hombres, ellos miraban a su acompañante como si fuera un buen trozo de tarta al que pegarle un bocado. Pues no pensaba dejar que ninguno de ellos revoleteara cerca.

–¿Estás bien? –preguntó ella sacándolo de sus propios pensamientos.

–¿El qué? ¡Ah, sí! Perfectamente.

No le creyó en ningún momento, pero tampoco discutió.

–Vamos, en esta postura te toca arriba.

Su mente tórrida imaginó miles de escenarios posibles “estando él arriba” y, antes de poder imaginar algo más, ella le golpeó en la frente con fuerza y señaló a las demás parejas.

Yoga.

Hablaba de yoga.

–Lo siento, me dispersas.

–Si claro, la culpa para los demás.

–Yo no estoy culpando a los demás, te estoy culpando directamente a ti...

Paige alzó ambas manos a modo de rendición.

–Vamos allá antes de que esto se desboque.

La postura resultaba ser más complicada de lo que esperaba, él debía estar sobre ella pero de una forma peculiar. Los pies de Paige iban a sujetarle en el aire,



sosteniéndolo de la cadera y, también, tenía como apoyo sus manos. Una postura evocada al desastre, estaba seguro.

–Dame tus manos. –pidió Paige.

Él titubeó un poco.

–Vamos chico grande, puedes con esto. –se rió ella.

No iba a dejar que le tomara más el pelo, accedió y el contacto con ella fue suave, como si toda ella hubiera sido hecha de algodón o nubes. Un ángel quizás.

–Bien, ahora con mucho cuidado. –sonrió Iam refiriéndose a sus caderas.

–Tranquilo, tu intimidad está a salvo.

–No vas a poder con mi peso.

–¡Oh, vamos, calla! –exclamó ella clavando sus pies desnudos demasiado cerca de su intimidad.

Aquello lo dejó paralizado, no supo bien si por el pánico a que le aplastara algo de su anatomía o por pura excitación.

Rápidamente lo impulsó al aire, viéndose suspendido sobre ella, sujeto por sus brazos y piernas extendidas. La miró a los ojos y ella estaba sorprendida de haberlo podido conseguir, al parecer, no había sido el único en dudar.

Ambos se sonrieron para acabar riendo levemente mientras aguantaban la postura como podían.

Unos segundos después lo bajó y agradeció tocar el suelo.

En lo que cogía el aire que le faltaba, escuchó las respiraciones agitadas de ella, seguramente estaba demasiado cansada para seguir.

–Me rindo aquí.

–Tranquila, yo también.

Juntaron las colchonetas y se tumbó al lado suyo, ella estaba en posición fetal, tratando de recuperar el aliento. La postura había sido difícil, íntima y llena de confianza. Nunca antes había hecho algo así y se había sentido cómodo con ella, como si no tuviera nada que ocultar.

En ella había sentido lo mismo, primero había estado dudosa, creyéndose incapaz de alzarlo pero retándolo a conseguirlo. Cuando lo había logrado se había sentido tan íntima y cercana a él que casi habían sido uno solo.

En un acto inconsciente, Iam tomó una de sus manos, ella no abrió los ojos pero se acercó a él hasta a apoyar su rostro sobre su pecho.

–Tu corazón está tan acelerado como el mío. –dijo.

Y ninguno de los dos pronunció más palabra en lo que duró la fase de relajación de la clase.

## Capítulo 20

Iam había tenido que marcharse a trabajar al acabar la clase, algo que –en el fondo– agradeció. Aquella clase había frito todas sus neuronas y músculos. No sabía exactamente lo que le estaba ocurriendo con aquel humano, era como vivir las historias que ella había provocado en sus casos.

¿Enamoramiento?

Ella era una experta en hacer que dos personas se enamoraran pero ¿qué se sentía al experimentarlo? Ahora comprendía lo vacía que había estado su vida. Se había dedicado a vivir experiencias ajenas, dejando de lado las suyas propias. Olvidando que había una vida más allá del trabajo.

Miró al cielo y creyó su hogar, ese lugar donde iba a hacer un poco más felices a los humanos. *Loves Forever S.A.* Sabía que Cupido la estaría vigilando y, tal vez, Destino también.

–¿Vosotros sabiais que esto pasaría? –nadie contestó y Paige sonrió: –Claro que lo sabiais.

–¿Paige, estás bien? –la voz de Rose le hizo pegar un respingo y su garganta dejó escapar un fuerte chillido.

–No quería asustarte.

–No, lo siento. La culpa es mía. Miraba las nubes y se me fue el santo al cielo.

–A todas nos pasa. No tan evidente para que la gente lo vea y nos tache de locas pero todas tenemos momentos extraños. –sonrió Rose.

No podía sentirse más avergonzada, la secretaria de Iam creía que estaba loca como un cencerro. No la culpaba, pero tendría que haber sido más lista y tratar de hablar con sus jefes en otro momento.

–Bueno, me marchó al trabajo. Encantada de conocerte Paige, espero poder seguir viéndote.

El submensaje en su frase no pasó desapercibido, ella quería que se siguiera viendo con su jefe. Al parecer era como si “aprobara” aquel tipo de relación que había entre ambos. Si la pobre supiera que iba a volver al cielo en cosa de un mes...

Se deshizo de aquel pensamiento en cuanto sintió un pinchazo en el corazón y tampoco quiso pararse a pensar en lo que aquello le había hecho sentir.

–Ha sido un placer, Rose.

La humana marchó feliz y contenta calle abajo.

Desde luego, los humanos eran mucho más extraños de lo que ella imaginaba.

A su derecha pasó una pareja, ella empujaba un carrito de bebe con un pequeño durmiendo plácidamente. Al verles no pudo evitar sentir alegría, ella los reconocía perfectamente. Hacía unos años les había juntado.

No había reparado en que tal vez iba a encontrarse a alguno de sus casos. Verles tan felices y enamorados la hizo regocijarse, su caso había sido sencillo y era evidente que estaban hechos el uno para el otro.

Perfecto.

No todos los casos salían bien, evidentemente, pero sí la gran mayoría. Los amores que unían solían ser eternos, traspasando el límite de tiempo y espacio.

¿Ella algún día se enamoraría de esa forma?

El sonido de unas leves campanitas resonaron en sus oídos, sí, sus jefes la estaban escuchando hasta en pensamiento. Sonrió y miró nuevamente las nubes.

No importaba lo que Destino había preparado para ella, iba a suceder se opusiera o no. Y Cupido había sido el brazo ejecutor. Aún así, su estancia en la Tierra estaba siendo mucho mejor de lo que había esperado.

–No os voy a dar las gracias. –susurró disimulando para que ningún humano la tachara de loca.

Nuevamente, las campanitas sonaron, sí, era como si les escuchara reírse en sus oídos.

\*\*\*

–Esta noche salimos de fiesta. –sentenció April apenas dejándola entrar en casa.

–¿Y esa decisión tan repentina? –tanteó ella.

–Ross vuelve a irse de viaje, ya se ha ido al aeropuerto y estoy harta. Harta de estar sola. No dejé ... –antes de decir algo más se detuvo, tomó aire y continuó– No lo dejé todo para estar con él y que ese hombre no estuviera en casa nunca.

La tristeza de su amiga se le filtró en los huesos... era tan pura y visceral que sintió lástima por ella. Nadie decía que el amor era fácil y April era la viva imagen. No podía hablar por Ross puesto que no lo conocía pero ella estaba sufriendo por todo aquello.

Y Paige estaba dispuesta a animarla como fuera.

–Perfecto. Quememos la ciudad si hace falta.

Su amiga agradeció el gesto y se lanzó a abrazarla.

–Gracias.

–No hay por qué darlas.

Pero en realidad sí las había, April estaba realmente agradecida de que ella hubiera accedido sin preguntar los detalles de una relación que comenzaba a fraguar.

–Prométeme que si alguna vez me quedo soltera me encontrarás un gran amor.

Paige la miró con tristeza. Luego a las fotos del comedor, donde la pareja salía.

–Estudiaré tu caso, aunque creo que ya tienes un gran amor, sólo hay que reavivar la chispa.

–Sí claro. –contestó incrédula.

Pero Paige iba a enseñarle que no había amor perdido.

\*\*\*

El vestidor de April era demasiado grande, era una habitación repleta de vestidos, ropa, bolsos, zapatos, joyas... aquello era como un centro comercial en pequeño.

–Esto tendría que ser pecado. –dijo sorprendida Paige.

–Lo es. Es mi pequeño tesoro.

–Me hago una idea de por qué.

Tras un rato viendo qué ropa ponerse, Paige se sentó en uno de los pufs que había en el centro. Aquello saturaba, tanta ropa y complementos no estaba hecho para ella. No es que no fuera una mujer femenina pero que se apañaba igual con un cuarto de armario.

–Es una suerte que tengamos la misma talla. –rió April sacando dos vestidos más.

Bueno, Paige comenzaba a pensar que más que una suerte era una maldición. La estaba usando de maniquí y le había hecho probar tanta ropa que no iba a permitir ni un cambio más. Así se quedaba.

–No gracias, así ya voy bien.

Sí, llevaba un vestido rosa y una chaqueta blanca que pegaba con sus terribles zapatos de tacón, del mismo color.

April rió al verla mirar con pena a los zapatos y de un cajón sacó unas zapatillas planas preciosas, se las lanzó al regazo y señaló a sus pies.

–Cámbiate, no estás hecha para tacones. Sólo las podemos llevar las chicas con estilo.

–¿Perdona? Yo tengo estilo.

April tomó asiento delante de ella y negó con la cabeza.

–Tú ya tienes bastante siendo un bellezón. ¿Eso no está prohibido para los ángeles?

–¿Qué dices? –rió Paige sin poder creer lo que le decía.

–Eso, mírate, eres un pibón y desprendes esa energía angelical que te hace ser tan hermosa. Mataría por ser como tú. Seguro que todos los chicos se giran para mirarte por la calle.

Su amiga deliraba, estaba claro.

Tal vez ya había empezado a beber y todo.

–Cuéntame otra vez eso de Yoga, eso de ponerle los pies en las pelotas a Iam.

Paige se sonrojó y comenzaron a reír.

–No le he puesto los pies en las pelotas, sólo en la cadera.

–Sí, ya, y apuesto que si te hubieras fijado hubieras notado la enorme erección del tiarrón al sentir el contacto.

Pues en aquel momento no había reparado en ello.

Ambas echaron la cabeza hacia atrás y comenzaron a reír a carcajadas. Era demasiado cómico pensar que Iam había sido suspendido en el aire y que Paige no reparara del lugar donde apoyaba sus pies. Había sido demasiado inocente.

–De verdad que no me fijé.

–Mira que eres tonta. Podías haber visto si tenía pollón o pichilla, así decides si te lo tiras de una vez o no.

No pudo reprimir la risa, April lo había explicado de forma tan bruta que la risa le hizo llorar y todo. No se imaginaba calculándole los centímetros de miembro con los pies.

–No me digas que no te lo estás imaginando ahora mismo. –April la empujó y entre risas Paige cayó del puf al suelo.

Se hizo un silencio de preocupación y, cuando vieron que no se había hecho daño continuaron con las risas.

Sí, aquella humana estaba resultando ser una gran amiga.

## Capítulo 21

–¡Hoy vamos a comernos la ciudad! –gritó April subiendo al taxi que habían pedido.

–Por favor, no nos engullas. –susurró una Paige poco convencida.

Horas más tarde, las dos habían bebido, bailado, bebido, bailado y bebido y bebido hasta quedar sentadas en la barra de una discoteca. Tomando los “últimos” chupitos de la noche.

—Eres una gran amiga, Paige. —dijo sinceramente la humana.

Si no hubiera sido por la gran cantidad de alcohol que tenía en sus venas había llorado y todo al sentir sus palabras. Sin embargo, sólo pudo mirarla y reír.

—Has bebido demasiado. —la regañó.

Sí, tal vez un poco más de la cuenta.

—Lo curioso es que estés como una rosa. —comentó Paige.

—Yo sólo he bebido un cubata y todo lo demás era refrescos.

¡Ala! ¡Ahí estaba! Ella había estado bebiendo como si no hubiera un mañana por solidaridad y April no había bebido apenas alcohol. Hermosa ironía que la hacía balancearse sobre el taburete.

—Eres una mentirosa mala. —gruñó la ángel devorando un nuevo chupito.

April se llevó las manos a la cara.

Estaba más que borracha su amiga y debía llevarla a casa antes de que perdiera el conocimiento o se bebiera el agua de los floreros que encontrara por el camino.

—Deberíamos irnos. —comentó April haciéndole señas al camarero para que llamara a un taxi.

—No, estamos celebrando que Ross se ha ido a trabajar.

No era justamente eso pero bueno, le servía para tomar un chupito más.

Al final, su amiga retiró la botella y la cogió de los hombros, su mirada dura la fulminó y se sintió ridícula totalmente borracha y ella intacta.

—Eres una mentirosa.

—¿Por qué, Paige?

—Por que he bebido contigo y tú no bebías.

—Dime que no es la primera vez que bebes alcohol.

La ángel se balanceó en el taburete unos segundos antes de apoyar la cabeza sobre la barra. Sí, era su primera vez y no la iba a olvidar en la vida. Sobre todo la resaca consecuente.

—Ay madre. Verás mañana.

—Nop, mañana no bebo que he quedado con Iam por la mañana.

April frunció el ceño antes de decirle:

—Dudo que mañana puedas moverte, pero buen intento.

Unos minutos después el camarero se le acercó para avisarlas de que el taxi las esperaba en el exterior. April pagó la cuenta en lo que Paige se dormía sobre la barra.

—¿La ayudo? —preguntó el muchacho aparentemente atraído por la belleza del ángel.

—No gracias, puedo con ella.

La miró y no pudo más que compadecerse de la pequeña borrachilla que tenía delante. Con una caricia le colocó bien el cabello, era hermosa y demasiado inocente. Cupido tenía suerte de tenerla.

—Vamos pequeña, a dormir la mona.

De pronto, ella abrió los ojos sorprendida y preguntó:

–¡Ah! ¿Tenemos mona? Quiero verla.

–Sí, en casa y a verás.

Pasó el brazo izquierdo de su amiga sobre sus hombros, la agarró por la cintura y tiró de ella hacia arriba. Tras unos balanceos, en los que Paige amenazó con vomitar, con siguió mantener el equilibrio.

Caminó pesadamente con ella recostada sobre su cuerpo y llegó al auto, el taxista le abrió la puerta, cosa que agradeció enormemente y volvió a su asiento. En el momento que la fue a meter Paige se negó.

–Yo quiero beber más. –gruñó.

–No, ya has tenido bastante más por hoy.

–¡Qué no! ¡Yo quiero más! –exclamó como si aullara a la luna.

La empujó para que entrara pero ella decidió que no iba a entrar, así que subió los pies sobre el coche y forcejeó con April para entrar. Al final, logró tener los pies sobre el techo del taxi mientras cantaba que necesitaba más chupitos.

–Por favor Paige, entra ahora mismo en el taxi.

–Nop. –contestó ella negándose a bajar las piernas.

–Iam te espera en casa.

El forcejeó se detuvo pero no bajó de su posición.

–¿Ah, sí?

–Sí, le he llamado yo. Pero si tardas se volverá a casa.

–Bueno, haberlo dicho antes.

Y entró en el taxi.

\*\*\*

Al llegar a casa Paige revisó, como pudo, toda la casa y no encontró a Iam. Se fue al comedor, se sentó en el suelo y se cruzó de brazos evidentemente enfadada. La miró y le dedicó una mirada demasiado peligrosa.

–Mentirosa.

–Tenía que llevarte a casa. –contestó ella encogiéndose de hombros.

–Mala.

April cogió un cojín del sofá y se lo lanzó a la cara.

–Toma, ahí está tu Iam.

Esperó que contestara, pero Paige se abrazó a él y se levantó para irse a la cama sin rechistar.

“*Gracias.*” –pensó.

Desde luego no esperaba aquel desenlace, bueno, ni que fuera su primera vez bebiendo. Menudo peligro tenía aquella carita tan dulce.

## Capítulo 22

–Tu angelito se lo está pasando bomba allí abajo. –dijo Destino abriendo abruptamente la puerta de su despacho.

Sí, desde luego su pequeña estaba disfrutando mucho más de la Tierra que lo que él había planeado. Había sido divertido verla borracha, pero ya había sido preocupante el verla dormir abrazado a un cojín bautizado como “Iam”.

–Claro, pero tú ya sabías lo que iba a ocurrir. –le acusó.

Su socio negó con la cabeza justo después de tomar asiento y subir los pies a la mesa. Rápidamente Cupido le golpeó las piernas y las hizo caer sonoramente al suelo. Antes de que replicara levantó un dedo para advertirle que aquel no era el camino y, al parecer, lo comprendió al momento, puesto que no dijo nada más.

–La verdad es que no. Ésta vez dejé que el libre albedrío actuara y el resultado es mucho mejor que si yo lo hubiera preparado.

Aquello le sorprendió. ¿No había tenido nada que ver?

–¿Así que no enviaste a Iam?

–No, vino el solito. ¿Qué cosas tiene el destino, eh?

No pudo más que reír ante aquel comentario.

–Viniendo de ti ni te lo imaginas.



\*\*\*

La resaca la estaba matando, era demasiado para soportar el dolor que tenía de cabeza. Encima, April estaba limpiando y cantando por toda la casa. Se tapó la cara con la almohada y esperó que eso amortiguara el sonido pero nada más lejos de la realidad.

Por favor, iba a morir aquel mismo día.

–¡Vamos dormilona! ¡Es hora de levantarse! –gritó su amiga al entrar a su habitación.

No pudo más que emitir un sonido lastimero y esconderse debajo de las sábanas.

–¿Qué eres el espíritu de la felicidad o algo así? –preguntó molesta.

–Ohhh pobrecita. Eso que tienes se llama resaca.

Paige, ignorando a su propio comportamiento, alzó un dedo poco educado y se lo mostró a la humana.

–Olvidame.

–En ese caso no podré decirte que Iam casi funde tu móvil a llamadas y que le he dado nuestra dirección para que venga a buscarte.

Fue acabar de sentir la frase y saltar de la cama como un resorte, había olvidado que había quedado con Iam y ¡era tardísimo! Corrió hacia al baño, no sin antes chocarse con el escritorio y con sus propios zapatos que estaban esparcidos por el suelo. Antes de precipitarse contra el suelo pudo llegar a tiempo para cogerse al marco de la puerta y salvar una gran caída.

–Vas a matarte, Paige.

–¡No tengo tiempo para eso! –gritó metiéndose en el baño y desnudándose rápidamente.

Cuando estuvo en la ducha y el agua comenzó a mojar su piel pequeñas secuencias de imágenes de la noche anterior llenaron su mente. La vergüenza la sonrojó, no había sido consciente del ridículo que había hecho. Su amiga la había visto borracha y, seguramente, el taxista iba a contar aquella anécdota a todo el que pudiera.

–Dime que lo que recuerdo de anoche no es real.

–Y lo que seguro que no recuerdas.

–Ay madre. –dijo apoyando la cabeza en una de las baldosas.

\*\*\*

April sintió celos de lo radiante y hermosa que salió Paige de la ducha. Era como si el agua se hubiera llevado consigo las últimas horas acontecidas. Parecía haber descansado más de diez horas y estaba mucho más hermosa de lo que solía estar.

Comenzaba a odiarla.

Envidia pura y dura.

La acompañó a lo largo de la pequeña habitación en busca de su ropa, unos desgastados vaqueros y una camiseta blanca que se ceñía a su figura. Con aquello pretendía impresionar a Iam pero no iba a ser ella quien se opusiera.

La vio rodar por la estancia en busca de los demás complementos que necesitaba. Nunca había pensado que aquel espacio estaba tan bien aprovechado, en apenas unos metros cabía una cama individual, un armario de dos puertas y un escritorio. Por no mencionar la ventana que daba a unas muy buenas vistas de una ciudad hermosa. Sonrió al sentir el olor a dulce de la estancia, no sabía como era posible pero Paige olía a los cupcakes que tanto cocinaba. Era como si aquel aroma se hubiera impregnado en su cuerpo y lo llenara todo.

–¿Estoy guapa? –preguntó una Paige llena de dudas.

Guapa no era la palabra adecuada, sí, iba vestida de un modo sencillo pero en ella quedaba como si luciera sus mejores galas. Su ropa le hacía lucir un cuerpo hermoso y esbelto, estaba claro que su físico sumado a su carácter hacía que cualquiera cayera a sus pies; no culpaba a Iam por quedarse prendado.

–Preciosa.

–Gracias. –sonrió sinceramente.

Y, la vio comenzar a recoger la habitación.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

Ella asintió mientras hacía la cama.

–¿Por qué quieres estar guapa para Iam?

No reaccionó al momento, fue lentamente, como si sus pensamientos se hubieran bloqueado en aquel instante. La vio suspirar y sentarse sobre las sábanas violetas recién extendidas, no la miraba, únicamente tenía la vista fija en el suelo. Le dejó unos segundos de cortesía y, antes de poder decirle algo más, ella fijó la vista en sus ojos.

–¿Sinceramente? No lo sé. Únicamente sé que quiero estar con él, es como si algo me atrajera.

April sonrió.

–Me siento mejor a su lado. Mi corazón se acelera y sólo quiero que me mire.

“*Ay amiga, qué peligroso el juego que llevas.*” –pensó April pero no podía decirle que lo que estaba sintiendo era amor, debía descubrirlo por ella misma.

Antes de poder decir algo más, el timbre sonó y Paige se precipitó a la puerta a toda velocidad.

–¡Adiós April!

–¡Pásalo bien! –le deseó.

No supo si la llegó a escuchar, únicamente el sonoro portazo que dio al salir.

–Paige, te estás enamorando... –susurró levantándose de la silla y saliendo de la habitación.

Al salir al comedor Cupido la esperaba sentado en el sofá, no le había pillado de improviso, por suerte, aún conservaba algo de consideración y la había avisado hacía unas horas de que iba a ir a visitarla.

–Hola. –dijeron al unísono.

–¿Cómo está? –preguntó un más que preocupado Cupido.

–Bien, pero eso del humano... creo que se está enamorando.

Ninguno pronunció palabra en unos momentos, él pensando en su pequeña y ella esperando a que él hablara. No pretendía molestarle pero comenzaba a ver los motivos de su preocupación.

–Lo sé, April, pero tiene que volver conmigo.

Sabía que él la había criado como suya propia, había sido como un padre para un ángel que había sido abandonada al nacer. La pobre bebé había sido abandonada a su suerte, envuelta en sus propias alas y al desamparo de la fría realidad. Pero Cupido había escuchado los llantos de la pequeña y había cuidado de ella.

–Debe ser difícil dejar crecer a los hijos.

–Tú no eras mi hija y me costó dejarte marchar April.

Sí, a ella también le había costado dejar el cielo, dejar su trabajo como ayudante de Cupido y bajar al cielo para siempre; pero el amor que sentía por Ross, uno de sus casos abiertos había sido tan profundo que no había podido resistir la tentación de abandonar su vida.

–Siento que no eres feliz en estos momentos y eso me apena. –se sinceró Cupido.

–Son rachas, las parejas son como son.

April tomó asiento a su lado y él le cogió una mano para acariciarle la palma con sumo cuidado.

–Siempre que quieras volver Loves Forever S.A. tendrá un lugar para ti. Mis ángeles siempre pueden volver a casa.

–Gracias. –April quiso decir que ya estaba en casa, que aquel lugar era su hogar pero no quiso ser descortés. Además, era un gesto hermoso por parte de su jefe.

–¿Se lo contarás a Paige?

–¿Qué soy un ángel? Sólo cuando me llene la barriga de cupcakes, cocina de muerte.

–Sí. –rio Cupido– A mí me sobran unos kilos por su culpa y Destino dice que ya mismo en vez de caminar rueda.

Ella llenaba de luz cada lugar que tocaba. Esto debía estar siendo difícil para su padre adoptivo.

–Ella es feliz.

–Es lo único que quiero.

Lo sabía. Se había desvivido por ella en cuerpo y alma todos aquellos años. Era un gran padre y comenzaba a ver que su pequeña dejaba el nido.

–¿Un café?

–Sí, por favor.

Cupido no tenía prisa por volver, quería hablar un poco más de su pequeña y ella tenía todo el tiempo del mundo para explicarle que esa bellísima persona llenaba su vida desde que había puesto un pie en la Tierra.

Poco importaba que Iam lo negara aquello estaba siendo una cita en toda regla. La había llevado a ver la estatua de la libertad y el camino había sido muy entretenido, aunque en el ferry se había mareado y poco había disfrutado del viaje.

Tras llegar a suelo firme le había costado volver a recuperar el color de la cara y su estómago no quiso colaborar demasiado. Sintió que las náuseas subían y bajaban por todo su cuerpo de un modo que la hacían sentir terriblemente enferma.

–No sabía que te mareabas en barco.

–Yo tampoco. –confesó Paige sentándose en un banco cercano.

Él la dejó respirar y le tendió una bolsa de plástico por si tenía que vomitar, por suerte no ocurrió pero sabía que había faltado muy poco para vaciar lo poco que tenía en el estómago. Por no sumar la terrible resaca que arrastraba del día anterior.

–Hoy no está siendo tu mejor día.

–Lo siento mucho Iam, de verdad. –dijo metiendo la cabeza entre sus rodillas.

Él le acarició la espalda, aquel toca la reconfortó y la hizo sentir mejor.

–Los ángeles no solemos beber alcohol y anoche bebí demasiado.

Lo escuchó reír, no se creía quien era y ella no lo culpaba, no podía explicarle que trabajaba para Cupido.

–¿Así que eres un ángel?

–Sí, ayudo a Cupido a unir parejas.

Su risa sonó aún más fuerte.

–Debe ser un trabajo duro, hay mucha gente en el mundo. –se mofó.

Paige asintió, con la cabeza aún entre sus rodillas.

–Sí, por eso él y Destino crearon una empresa: Loves Forever S.A. El lema de Cupido es: “No es un hobby, es nuestro trabajo y lo hacemos bien.”

El silencio los abrazó y ella no supo si era por que iba a ponerle una camisa de fuerza o por que iba a creerse sus palabras.

–Tienes una gran imaginación. Pero me gusta, serías buena escritora.

–Sí, seguro que sí. –dijo apenada.

Ningún humano se creería sus palabras.

Bufó cuando la bilis escaló por su garganta y vació el contenido de su estómago en aquella bolsa de plástico que él le había proporcionado. El ardor quemó su garganta y las lágrimas comenzaron a subir a sus ojos. Sabía que no era por el vómito que deseaba llorar, si no por pensar que lo que era ella él nunca lo iba a descubrir. Deseaba que, al volver a casa, ella pudiera decirle la verdad y que no iban a volver a verse. Ahora había visto que aquello era imposible.

–Te voy a llevar a casa, será mejor que descanses.

–Lo siento. –dijo sinceramente Paige.

–No debes preocuparte, hoy no te encuentras bien.

Caminaron en silencio hasta el coche y apenas se dirigieron unas palabras durante el camino porque estaba demasiado mareada. Él abrió la ventana para que el aire despejara un poco su mente y, ver así, si se encontraba mejor.

–¿Eso ayuda? –preguntó preocupado.

–No mucho. –contestó sinceramente ella.

Cuando llegaron a casa estaba semi dormida en el asiento, escuchó como Iam aparcaba el coche, bajaba de su asiento y abría su puerta. Su semblante era preocupado y la miraba con lástima, él se sentía mal por ella.

–Ey, campeona, estamos en casa. –le dijo suavemente acariciándole la mejilla.

Aquel leve contacto lo despertó todo, fue como si su cuerpo reaccionara ante su toque y despertara de un letargo demasiado largo.

Paige dejó escapar un gemido y las arcadas le impidieron hablar.

–Tranquila, voy a ayudarte a llegar a casa. No te preocupes.

No le preocupaba no ser capaz de llegar por su propio pie a casa, si no que él la estuviera viendo en aquellas condiciones. Era tan ridículo y vergonzoso que estaba segura que no iba a poder mirarlo a la cara en todos los días que le quedaban allí.

Él la tomó de la cintura y la levantó con suavidad del coche. El movimiento fue lento pero, aún así, su cuerpo se quejó y faltó muy poco para que volviera a vomitar. Paige no pudo más que aferrarse más a aquel humano y aspirar su aroma, él le proporcionaba la protección y la calma que necesitaba.

–Pobrecilla, si que te has puesto malita. Vamos a que descanses un poco.

Comenzaron a cruzar la calle que les separaba del bloque de su casa, una mala vibración le cruzó la espalda. Apenas pudo pensar de qué se trataba que escucharon el chirrido de unas ruedas a toda velocidad, un coche se propulsó hacia ellos y no hizo ademán de detenerse.

Haciendo uso de su magia empujó a Iam, sacándolo de la carretera y envolviéndose a sí misma en una barrera de energía que hizo que el choque contra el automóvil no fuera más que un rasguño.

El coche la propulsó unos metros y, el conductor, no se detuvo, únicamente sorteó su cuerpo y siguió adelante con su loca carrera calle abajo.

Pronto las voces, los pasos y la gente comenzó a rodearlos. Paige estaba más aturdida que dolida pero eso no reconfortaba a los humanos que se agolpaban en todas las direcciones en las que miraba.

Iam se abrió paso entre ellos, su rostro inundado por la preocupación, corrió hacia ella y tocó su cuerpo con desesperación en busca de heridas.

–Estoy bien. –quiso reconfortarlo.

Pero no funcionó. Él siguió buscando cualquier signo de dolor o rastro de sangre que le indicara que había sido herida.

–De verdad Iam, estoy bien.

–Eso puede ser la conmoción. Debemos ir a un médico.

–No es necesario.

Pero poco importó lo que dijo, luchó o forcejeó con él, pues ya estaba en el coche y minutos después en la sala de observación del hospital. Únicamente cuando, horas después, las pruebas y los médicos confirmaron que estaba sana y sin un rasguño Iam pudo respirar tranquilo. Todo el personal reconoció que aquello era insólito y que había sobrevivido de milagro.

Sí, gracias a sus poderes de ángel.

–Estoy bien, ya te lo dije. ¿Podemos irnos?

Él tomó su rostro entre sus manos y beso tiernamente sus labios, no fue un beso sexual si no de amor, cariño y dulzura, algo que la desarmó por completo, dejándola fuera de juego.

–¿Seguro? Cualquier signo de dolor, aunque sea en una uña y hago que te lo miren.

Él parecía... ¿culpabilizarse por lo sucedido?

Confusa, tomó sus manos y las apretó con fuerza, las dejó descansar en su regazo y lo miró a los ojos. En él veía culpa y mucho miedo, pánico quizás a todo lo que había sucedido.

–Estoy bien.

–Todo ha sido culpa mía. Lo siento tanto.

Paige sonrió.

–Sí claro, y el agujero de la capa de ozono también es culpa tuya.

Iam negó con la cabeza.

–Esto es por mi caso, recibí amenazas de muerte pero como no es la primera vez no le di importancia. Si... si te hubiera pasado algo yo...

¿Amenazas de muerte? ¿Por ser abogado? Si que debía ser importante su caso o, al menos, salpicar a gente con hilos suficientemente importantes como para conseguir que otras personas trataran de asesinarlo.

–Pero estoy bien, estamos bien, recuerda que a ti también podía haberte ocurrido algo.

–Sí, pero ahí estabas tú. Reaccionaste de tal forma y con tanta rapidez que me sorprende que pudieras sacarme de la carretera con tanta rapidez.

*“Si tú supieras... pero no puedo contarte lo que soy, lo que hice para protegernos a ambos. Por suerte, nos queda el resultado que es que estamos bien.”* –ese pensamiento jamás fue dicho en voz alta, únicamente pudo abrazarlo y tratar de reconfortarlo como supo.

–Estamos bien. No te preocupes más.

–No puedo.

–Hazlo. –rio Paige.

\*\*\*

El piso de Iam era enorme, sólo en su comedor podía caber casi toda la casa de April. Desde luego aquel humano era ostentoso en sus bienes materiales. Aquel lugar era estilo loft, la única separación que había era del comedor a la habitación–despacho y al lavabo.

Sonrió al sentir el perfume de Iam llenar la estancia, su aroma tan varonil que ella, reconocía, que podía volverse adicta en cualquier momento. Además, las paredes blancas impolutas mostraban un toque de su personalidad fresca y sorprendente.

Los tonos oscuros llenaban la estancia, muebles de madre claros del comedor contrarrestaban con el sofá de tres plazas negro y la cocina oscura. Aquel lugar era peculiar, pero lo mejor era la luz que inundaba. Al final del piso las paredes eran unas grandes ventanas que daban salida al exterior a una hermosa terraza.

Era un bonito sitio donde vivir.

–Un lugar muy acogedor. –sonrió Paige mirando a Iam dejar su cartera sobre la isla de la cocina.

–Gracias, no soy un gran decorador pero me siento a gusto en casa.

El hogar siempre hacía sentirse bien a las personas que lo habitaban. Paige pensó en el suyo y apenas lo extrañó, algo que le sorprendió demasiado. ¿Qué le estaba pasando? ¿Locura quizás? No, ella bien sabía el nombre de todos sus males y empezaba por “i” y acababa por “m”, además de tener una “a” en medio.

–¿Por qué no me has llevado a casa? –preguntó después de que él la invitara a tomar asiento.

–Quiero tenerte cerca, protegerte. –su sinceridad la atropelló.

Él se tomaba en serio su seguridad y lo que había ocurrido había sido un gran aviso para su persona.

–Estoy bien.

–Permíteme entonces que me calme teniéndote a tu lado. No te secuestro, si quieres ir a casa te llevo pero te pido que te quedes conmigo un rato. Sólo para asegurarme de que estás bien.

–¿Después de que un equipo médico te lo ha dicho todavía dudas?

¡Claro que lo hacía! La había visto impactar a toda velocidad contra el capó del coche, caer y rodar por el suelo. Por suerte, el conductor no había decidido pasarle por encima o no hubiera sobrevivido.

–Han intentado matarme y te ha faltado muy poco.

Él no paraba de revivir cada momento sucedido.

–¿Un caso difícil?

–Sí. Un gran político estuvo abusando de adolescentes hasta que uno de sus juegos se le fue de las manos y la asesinó. Encerrarlo ha hecho que todo mi bufete esté en

el ojo del huracán.

Tipo como esa de calaña no debería ser encerrada si no asesinada brutalmente. Aquel aspecto del mundo no le gustaba, era tan negro y podrido que sentía lástima por los humanos que habían caído en esa oscuridad.

Paige tenía el corazón encogido, se acercó a él y lo miró directamente a los ojos.

–Escúchame, no tienes culpa de lo que ha sucedido y, encima, estoy bien. Deja de preocuparte por mí.

–Necesito besarte.

Aquellas palabras pillaron desprevenida a Paige, la cuál, quedó mirando a Iam como si le hubiera hablado en un idioma inventado o algo similar. Todo aquello la había cogido tan abruptamente que se había olvidado hasta de respirar.

–¿Todo por el accidente?

–No, ya quería besarte antes pero no lo hice por que tu estancia aquí son unas vacaciones pero al ver que te podía perder no quiero dejar nada en el tintero. Deseo besarte.

No necesitó más palabras para acercarse a él y dejarse besar. El contacto de sus labios les provocó una descarga eléctrica que los sacudió a ambos, de echo, Paige se dejó caer sobre su pecho y dejó que él la envolviera entre sus brazos.

Él tomó su boca con desesperación, gruñendo con ansiedad por saborearla, por tomar cada rincón de su boca y acariciar cada pulgada de su cuerpo que le permitiera.

Su sabor dulce era su aspecto más característico, Paige era eso y muchas cosas más. No sabía exactamente que estaba sintiendo por ella pero la necesitaba como el aire para respirar.

El beso fue íntimo, lento, profundo y demasiado pasional para dejarlo ahí. Se separó de ella haciendo uso de todo su autocontrol. Ambos quedaron frente con frente mirándose con intensidad a los ojos.

Él quería más pero... ¿y ella?

–Iam... –susurró Paige tan hermosa al ver sus labios inflamados por la pasión compartida.

–Dime que necesitas más como yo porque voy a parecer un desesperado.

La risa melodiosa de aquella mujer dio paso a caricias furtivas sobre su pecho que abrieron la veda a la pasión dejando que los sentidos tomaran el control y todo aquello pasara a ser más piel y necesidad que mente.

Antes de que todo fuera a más Paige se levantó abruptamente, su mente iba a explotar con todos los pros y los contras de lo que significaría seguir con aquello. Necesitó tomar aire rápidamente, dejar que sus pulmones se llenaran y todo su cuerpo se oxigenara. No sabía qué hacer.

Iam la miró y pudo ver toda la confusión en sus ojos y mucho más. Era como si toda aquella situación le sobrepasara.

–Lo siento. –se disculpó por lo que había provocado.

–Creía que queríamos lo mismo.

Paige lo miró, parpadeó tantas veces que creyó que ella no lo acababa de ver con claridad.

–Quiero esto Iam pero... –hizo una pausa y los miró a ambos –No quiero... bueno, más bien no puedo...–y el silencio tomó lugar en la conversación.

–¿Qué no puedes?

–No puedo enamorarme de ti. –dijo fríamente pero no sin falta de razón.

Si uno de los dos se enamoraba iba a sufrir mucho más cuando ella dejara Nueva York. Comprendió perfectamente al dilema que se enfrentaba y supo que era mejor dejarla ir, aunque eso le quitara la oportunidad de poder estar con ella.

–Tienes razón Paige, ninguno de los dos puede sentir algo por el otro.

–¿Y por qué sabiendo que no debo sigo teniendo tantas ganas?

Ninguno contestó a la pregunta, la cuál quedó flotando entre ellos. Iam saltó del sofá como un resorte y se lanzó a por Paige. Que el mundo se detuviera en aquel instante que él pensaba pasar esa noche con aquella mujer. ¿Después que ocurriría? Ninguno de los dos lo sabía con certeza pero era mejor no pensarlo demasiado.

Esperó que Paige replicara, que lo empujara o que le insultara por sobrepasarse. Sin embargo, tomó su camisa y la abrió tirando con las manos con toda la fuerza posible y arrancando de cuajo todos los botones. Eso era un “sí” en toda regla.

Se besaron y se mordieron con pasión mientras las manos viajaron por todo el cuerpo del otro sin parar en ningún lugar. Iam quiso desabrochar el botón de los tejanos de Paige pero no era tan hábil como esperaba y, tras unos segundos, ella rio y abrió su prenda para dejarla caer al suelo.

–Ahora tú. –jadeó Paige en su boca.

Él abrió su cinturón, le dedicó una sonrisa maliciosa y señaló con el dedo índice hacia abajo, cuando ella miró hizo un baile rápido con las caderas que ayudo a su ropa a bajar al suelo sin problemas.

Los brazos de ella lo envolvieron en un cálido abrazo, fue como fundirse en uno, su piel se calmó con el contacto y, entonces, se dio cuenta de cuánto la había deseado desde que la había visto por primera vez.

Ella era especial y no podía –ni había querido– luchar contra el impulso de alejarse. Paige era la combinación de factores que evocaba su corazón al desastre, aún así, estaba dispuesto a dejarse caer por el precipicio sin paracaídas de rescate.

Acunó su rostro angelical para contemplarla con auténtica adoración, era la belleza personificada y no podía dejar de mirar cada rasgo hermoso que tenía.

–¿Arrepentido? –su voz femenina desprendía toques de miedo.

Negó con la cabeza y se quiso asegurar de que ella no dudara lo que estaba sintiendo en aquellos instantes.

Tomando el pequeño tanga negro que tapaba su intimidad, lo rasgó sin tapujos y lo sacó ante la mirada estupefacta de su dueña.

–*Ups*, un poco bruto. Lo siento. –dijo sin sentirlo en absoluto.

Entonces, ella se tornó perversa y diabla, como si con ello hubieran desatado a la fiera que había dentro de su cuerpo. Colocó ambas manos en el pecho de Iam y lo empujó hasta que lo hizo caer sobre el sofá sentado.

No le dejó hablar, únicamente unos leves parpadeos pasaron antes de que ella se sentara a horcajadas sobre él. Lo único que les separaba eran los bóxers que comenzaban a quemar entre ellos. Pero ella lucía una prenda más en el cuerpo que él. Algo que entendió a la primera, enarcó una ceja y rápidamente tomó su camiseta y se la quitó.

–Uff... –trató de respirar Iam ante los generosos pechos desnudos de Paige.

–No eres de sujetadores ¿eh?

–¿Es una queja?

Tragó saliva para tragar el nudo que se le había colocado en la garganta y negó nerviosamente con la cabeza. Por supuesto que no era una queja, era mucho mejor verlos así de llenos y suaves que haberse entretenido con un estúpido sujetador.

–Bien.

La mano de Paige cayó sobre su ombligo, tan cerca de su erección que casi pudo notar como todo el bello se le ponía de punta. Estaba a punto de desmayarse allí mismo, la necesitaba tanto que comenzaba a retorcerse bajo de su cuerpo para acabar balanceándose adelante y hacia atrás haciendo fricción entre sus sexos.

Un tímido gemido se escapó de entre los labios de Paige, un sonido glorioso para un momento como aquel.

La mano de ella subió dando pequeños pellizcos al tiempo que subía hasta al cuello. Únicamente cuando ambas manos acariciaron todo su pectoral Iam abrió la boca, buscaba un beso, suplicante de aquel contacto íntimo o iba a derretirse en aquel momento.

Paige era puro fuego y toda ella ardía con cada latido de corazón, gemido o caricia que compartían.

Cuando tardó en darle un beso, él tomó su nuca y la acercó a su boca haciendo imposible cualquier tipo de huida. Iam tomó el control, llenando con su lengua los recovecos de su boca, saboreándola y perdiéndose entre los segundos y respiraciones de aquellos momentos.

–Confía en mí.

Esa fue la única pista que obtuvo antes de sentir como él se ponía en pie y la tomaba en sus brazos, haciendo que sus piernas se enroscaran en su cintura. Caminó hasta su habitación y la dejó caer, suavemente sobre el colchón.

Los bóxers volaron hacia algún lugar de la estancia y no pudo más que reprimir una risa al verlo tan aliviado con aquel gesto.

Iam se arrodilló en el suelo, tomando sus piernas la arrastró hasta el límite del colchón y acomodó muslos sobre sus hombros. Sus ojos buscaron contacto visual y pidieron permiso.



–Por favor... –suspiró ella mordiéndose el labio inferior.

Una invitación en toda regla, no podía dejar que algo así quedara sin más. La caída en picado hacia su sexo fue rápida y la tomó en la boca con tal ferocidad que Paige no pudo más que gritar de placer y agarrarse a las sábanas.

Su sabor era dulce como ella, todo su cuerpo estaba hecho de trozos de nube dando la forma de una mujer perfecta.

“Mía.” –pensó introduciendo su lengua en su interior.

La necesitaba, la sentía tan parte de sí que no podía renunciar a los minutos que les quedaran juntos.

–Jaaammm ... –el gemido fue largo y sabroso cuando la notó llegar al orgasmo en su boca. Tan sensual y erótica al verla tocarse los pechos disfrutando que su erección se contrajo pidiendo atención.

## Capítulo 24

Tras su orgasmo y unos segundos más, su mente se volvió clara. Estaba teniendo sexo con el humano y no se sentía culpable, al contrario, necesitaba más de la situación que estaba viviendo. Con rapidez salió del colchón y se arrodilló ante Iam.

Él no se opuso, únicamente suspiró ansioso y cerró los ojos cuando ella tomó su erección en la boca, sin manos, sin caricias previas. Sólo su erección y su boca, saboreando, lamiendo y disfrutando de él tanto como Iam había disfrutado de ella.

Momento después comenzó a acariciarlo también con la mano derecha, al compás de las embestidas en su boca, largas, cargadas de pasión y fuerza que hicieron que ambos gimieran.

Poco después él la apartó con suavidad tomándola de los hombros. Confusa lo miró a los ojos y contestó:

–Si sigues así acabaré pronto y antes tengo que tomarte.

Se sonrojó al oír aquellas palabras, deseaba tenerlo entre sus piernas y que todo él se hundiera en su profundidad. Tomándola fuerte y salvajemente, haciéndola estremecerse de los pies a la cabeza.

No tardó en suceder, pronto estuvo tumbada en la cama con él sobre su cuerpo. Tan hermoso, tan fuerte y esbelto que parecía ser un dios griego personificado entre sus manos.

Entró en ella de forma suave, disfrutando del contacto y deteniéndose cuando toda su envergadura la llenó por completo. Las embestidas subieron de nivel a medida que los gemidos gritos llenaban la habitación, el placer la contraía por completo. Haciéndola sentir como descargas eléctricas por todo el cuerpo. Era tan sumamente visceral que cuando el clímax les sorprendió no estaban preparados para aquello.

Paige casi pudo gritar un leve “no” cuando el orgasmo la hizo gruñir y arquearse bajo el cuerpo de Iam. Y él empujó profundamente, enterrándose en ella al compás de las sacudidas de su orgasmo. Todo tan íntimo, tan suyo que ambos supieron que estaban perdidos el uno con el otro.

Puede que aquello no hubiera sido su mejor idea pero lo habían necesitado.

Sin salir de su interior, él la colmó a besos, primero rápidos y luego lentos y suaves, tomando su boca, sus mejillas y, por último, su cuello.

–Paige. –gimió entre besos.

Ella dormía tan plácidamente a su lado que rezó para que aquel momento fuera eterno, para que no tuviera que ser arrebatada de su lado, para que no tuviera que volver a su casa nunca más.

Era egoísta, sí.

Pero nunca antes un sentimiento tan puro y lleno de fuerza había llenado su corazón, la necesitaba más que el oxígeno que llenaba sus pulmones. Paige podía llegar a ser el motor de su vida.

Había estado demasiado centrado en el trabajo y esa dulzura vestida en colores chicles lo había despertado.

La contempló sonriente durante minutos, tal vez horas, sólo hasta que el sueño le venció y cayó en un profundo y largo descanso.

\*\*\*

La sensación de estar siendo vigilada no era muy agradable, y notar la energía de Cupido cerca mucho menos. Ella estaba desnuda, al lado de un hombre con el que había practicado sexo y él estaba ahí.

Abrió los ojos para encararlo, la miraba con seriedad, tan alto que desde esa perspectiva parecía una torre.

—¿Qué quieres? —susurró Paige.

—Esto es un error. —dijo señalando a Iam.

Ella negando con la cabeza quiso replicar pero él tomó la palabra y explicó:

—Vas a volver pronto a casa y lo que sientas por ese humano se esfumará con el tiempo. Sería menos doloroso para ti si no te permitieras sentir algo por él.

—Tú sabes que el amor no se elige. —escupió dolida.

Pero él ya no estaba.

¿Cómo se había atrevido? Ella ya sabía que debía volver y era intolerable que ese momento que recordaría toda la vida fuera manchado por el recuerdo de Cupido diciéndole que no se enamorara del humano.

Demasiado tarde, había visto con lentitud las señales que indicaban lo que sentía por Iam. Ahora, comprendía que aquellos locos sentimientos y reacciones se trataban por culpa del amor.

Evitando despertarle gimió dejando paso a las lágrimas, no iba a perdonarle lo que acababa de hacerle. Le había roto su mejor recuerdo, uno que iba a guardar bajo llave una vez volviera al cielo.

Los ángeles no se quedaban entre humanos, los ángeles no se enamoraban de los humanos y los ángeles no copulaban con ellos. Paige había roto dos de las tres reglas y quería romper la última que le quedaba, sólo que sabía que no iba a ser posible.

Entonces lloró, con todo el dolor de su alma, dejando que aquel sentimiento tan crudo la abrazara mientras desgarraba su ser llorando.

Sí, estaba bien jodida.

## Capítulo 25

Paige entró en casa de April y la imagen que vio a continuación la dejó completamente helada. Unas grandes alas blancas adornaban la espalda de su amiga, la cual estaba helada y completamente pálida al verla entrar.

–¿Qué? –preguntó Paige buscando una respuesta.

Pero ya la tenía.

–¿Eres un ángel? –su tono fue brusco.

–Puedo explicarlo.

Sus palabras fueron como cuando una persona pillaba a su pareja con otra en la cama. Era evidente que no era su novia pero la mentira dolía como si hubiesen sido amigas toda la vida.

–¿Por qué no me lo dijiste? No importaba que lo fueras.

–Paige, estoy tan acostumbrada a ser humana que pensé que no importaba si omitía el detalle de...

–¡¿El qué?! –gritó fuera de sí.

Las palabras de Cupido zumbaban en su cabeza, dando sentido a unas cosas y a otras no. Las alas de April hacían encajar un puzzle del cual no le gustaba el dibujo.

–¿Eras una ayudante? –exigió.

Pero su amiga decidió no contestar, únicamente hizo desaparecer sus alas.

–¡Contéstame! –el dolor salía de ella con cada grito, era como si toda la rabia acumulada en su interior pidiera salir a gritos antes de consumirla.

Finalmente, April asintió. Paige rio sin ganas ante aquello, su amiga era lo mismo que ella y no importaba su situación. La habían engañado, todo había sido un juego y había caído.

–Me enamoré de Ross y me quedé.

Era tan simple y a la vez tan complicado.

Era la misma tesitura en la que se veía ella pero sus jefes se habían negado a dejarla en la Tierra. A ella la condenaban a volver al cielo y seguir cumpliendo con sus obligaciones mientras otros podían disfrutar del amor que habían encontrado.

–Por eso no querías decirme que eras un ángel. Sabías que me estaba enamorando de Iam y que Cupido no me dejaría quedarme. Nadie quería que viera que esa

excepción si se ha hecho con otros. –tomó una respiración antes de que sus propias lágrimas la ahogasen pidiendo salir. –Menos conmigo, yo tengo que volver.

–Cariño, no lo hice con esa intención. Pensé que si me veías humana eso te ayudaría a no usar tus poderes. Nunca supe que Iam aparecería, que os gustaríais y que no te dejarían quedarte. –la voz de April parecía sincera.

Pero, ¿qué era real en aquellos momentos?

–Me largo, necesito respirar o voy a hacer explotar algo. –explicó antes de salir dando un portazo.

Lejos de verse en el rellano de su bloque, se encontró en el mismísimo despacho de Cupido. El cuál, la miraba seriamente sentado en la silla de su escritorio con los brazos cruzados.

–¿Qué hago aquí? ¿Ya he vuelto? ¿Me pongo a trabajar? –se mofó Paige fuera de sí.

Ya no importaba que las lágrimas mancharan su rostro, mucho menos que tuviera hipo de todo lo que estaba conteniendo dentro de sí. Únicamente necesitaba sacar el dolor, ese tan lacerante y brutal que estaba desgarrando su interior hasta hacerla retorcerse.

–Paige, necesitamos hablar.

–No. Ya me has dejado las cosas muy claras. Tus otros ayudantes pueden irse y a mi me condenas aquí. ¿Por qué?

–No lo entiendes.

Por supuesto que no lo comprendía.

–Tienes que estar riéndote a carcajadas. Los dos urdiendo un plan. Como trabajo mucho llevamos a la tonta a la Tierra que se enamora, así vea lo que duele y vuelve a casa. No soy la primera ayudante que enviáis Destino y tú, no soy la primera que se enamora pero sí la que hacéis volver. –escupió airada. Estaba tan enfadada que el dolor se convirtió en rabia.

–¡Dime sólo por qué! –gritó.

–Por que eres mi niña. –dijo sin impasible.

Aquellas cinco palabras la dejaron sin habla, tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para ir hasta su silla y sentarse en ella para encararle. Ya apenas tenía aliento.

–Sé que me has criado y te quiero como a un padre pero no lo comprendo.

Fue entonces cuando él pareció necesitar un respiro, tomó un vaso de agua, se ajustó el nudo de su corbata y, cuando creyó estar listo, la encaró.

–Tu madre te abandonó. Te dejó tirada en una bolsa de basura en un contáiner humano para que murieras. –su tono cruel hizo que su corazón se rompiera, no conocía los detalles de su abandono pero aquello la hizo sentir como si no valiera nada.

–Entonces, sentí tus llantos. Casualmente estaba en un caso y tú, MI-PEQUEÑA–remarcó– me llamaste a gritos. Te resistías a morir, eras fuerte y buscabas una oportunidad.

Ambos quedaron en silencio un par de minutos, cada uno tenía que procesar sus propios pensamientos.

–Te crié no como mía sino MÍA. No hay ningún como. Eres mi hija, mía, la pequeña por la que he luchado toda mi vida.

–Eso lo comprendo pero...

Antes de acabar él concluyó:

–Los demás ayudantes pueden irse, siempre habrá más pero sólo tengo una hija y no te puedo perder. –su tono estrangulado, conteniendo las lágrimas le mostró el sufrimiento que él tenía.

–Nunca te he pedido nada, incluso me llamas Cupido en vez de Papá y te lo respeto. No soy tu padre, lo sé, pero no me pidas que renuncie a ti o moriré y el amor en el mundo se acabará.

Las lágrimas mancharon el rostro de aquel hombre, el mismo que había cuidado de ella con tanto ahínco durante toda su vida. Paige sabía que no era su padre biológico pero había sido su padre de corazón, quien la había arropado por las noches, contado cuentos, curado cuando se había hecho sus heridas.

Y se negaba a dejarla marchar.

Debía comprender el amor que sentía hacia ella.

–Yo... lo siento. –dijo sintiéndose estúpida.

Amaba a Iam pero no podía dañar a su padre de esa manera, jamás. Nadie iba a substituir a su humano de su corazón. Iba a recordarlo el resto de su vida pero tenía que quedarse con su padre, él la necesitaba.

–Me quedaré.

–Gracias, cariño.

–De nada, Papá.

## Capítulo 26

-

El olor a dulce lo despertó, un olor que le recordó los momentos que había compartido con Paige hacían unas escasas horas. Una segunda noche a su lado había sido algo increíble. Ella le había pedido ir por que se había discutido con April y él no se había podido negar pero... ¿Cómo hacerlo si era lo que deseaba?

Se levantó de la cama y se vistió, la ausencia de ella en la habitación hacía aquella estancia fría y sin vida. Cuando llegó a la cocina quedó petrificado, Paige había cocinado galletas con trozos de chocolate y un bizcocho de limón, la boca se le hizo agua. Aquel desayuno iba a ser el mejor en mucho tiempo... y no sólo por los dulces.

–Buenos días. Te he preparado alguna cosilla. –sonrió pletórica.

Llevaba puesta su camiseta y, sobre ella, el delantal negro que usaba para cocinar y no mancharse.

–Dime que debajo de esa ropa no llevas nada por favor...

Paige echó la cabeza hacia atrás y comenzó a reír seductoramente. Caminó contoneando las caderas hacia él y le dejó sobre la isla de la cocina un plato relleno de galletas.

Iam tomó asiento en la silla y fue a coger una galleta pero aquella pícaro mujer tomó una primero y la colocó en su boca. Tras eso, sonriendo se sentó ahorcadas sobre él y bajó hasta que Iam pudo tomar en sus labios el dulce.

–Si quieres otro tipo de postre te diré que tengo sirope de chocolate y... –se acercó a su oído y le susurró: –No llevo nada de nada debajo de la camiseta. Toda tuya este rato.

No necesitó escuchar más. Era el único aliciente que necesitaba para lanzarse sobre sus labios y tomarla en brazos.

\*\*\*

Tras toda la mañana intimando y probando todas las estancias de la calle habían salido a pasear. Ambos se sentían como una recién pareja disfrutando del tiempo libre, iban caminando tomados de la mano y estaban tan felices que todo parecía idílico.

Por el bien de ellos ninguno habló sobre el tema de que todo lo que estaban viviendo tenía fecha de caducidad. Que todo iba a acabar pronto y que no iban a volver a verse.

Era como mentirse a pesar de que ambos sabían la verdad.

Una verdad que dolía tanto que tubo que dejar de pensar en ello o iba a romperse allí mismo.

Pasaron delante de un escaparate que le llamó mucho la atención, se detuvo y rio señalando las prendas tan pintorescas que vendían. Era ropa para fiestas temáticas y las había expuestas algunas muy picantes.

–¿Alguien usará estas ropas? –preguntó convencida de que nadie podía llevarlas.

–Sí, nosotros y ahora mismo. –contestó Iam al mismo tiempo que la tomaba de la mano y la entraba a la tienda.

Una vez adentro una dependienta de mediana edad les vino a saludar muy educadamente.

–¿Tienen algo en mente? –les preguntó.

Ambos sonrieron como si compartieran pensamientos y le contestaron que iban a ir mirando, si la necesitaban la llamarían.

Ella tomó la iniciativa y fue a buscar el primer traje que le llamó la atención, era uno de mosca, con gafas y todo. Señaló hacia él y le puso morritos.

–¿A que te lo vas a poner?

Él negó con la cabeza enérgicamente.

–Ni loco.

–¿Y si te diera un beso de premio?

Aquello le hizo titubear.

–Un beso y una noche más conmigo.

Ahora fue Paige la que negó.

–Un beso y un abrazo.

Él fingió estar ofendido llevándose la mano derecha al pecho.

–Eso es demasiado poco.

–Bien, tú ganas. Pero te pones este traje y todos los que quiera.

Asintió y sellaron el trato con un apretón de manos, no tenía muy claro haber hecho lo correcto pero valía la pena por pasar unos minutos más a su lado. Ambos se sentían desesperados tratando de rascar unos míseros instantes más al lado del otro.

Canturreando, Paige esperó fuera del probador y, mientras, vislumbró un sombrero de copa de colores muy vivos. Corrió a por él y se lo puso, luego, volvió a su lugar y esperó a Iam sin mediar palabra alguna.

Cuando él asomó la cabeza y la vio sonrió.

–¿Preparada? Nunca he estado tan ridículo como ahora mismo.

Sí que lo estaba.

–Claro.

Iam se perdió tras la cortina y, instantes después, salió enfundado en un traje de mosca que le apretaba demasiado. Era demasiado grande para poder caber allí dentro, la cremallera no cerraba y las gafas que simulaban los ojos del bicho parecían ser dos culos de un vaso de tubo.

Intentó, de veras que lo hizo, no reírse pero no pudo evitarlo, arrancó a reír como no lo había hecho jamás en la vida. Aquel momento era mucho mejor de lo que había esperado. Estaba mucho más cómico que lo que su mente había ideado. El resultado era el mejor y acabó arrodillada en el suelo, tomándose la barriga y llorando sin poder comprobarlo.

–No sé de qué te ríes, yo creo que estoy ideal. –comentó Iam con voz empalagosa.

–Precioso, podrías ir así a algún juicio.

–Pues no te creas que es mala idea, seguro que lo pongo de moda.

–Eso o te encierran a ti también.

Cierto.

La mosca revoloteó por la tienda, atrayendo las miradas de la dependienta y los pocos clientes que habían. Todos rieron ante sus payasadas y Paige tuvo que sentarse en el suelo o iba a acabar cayendo de la risa.

Rezó para que aquel momento fuera eterno y no perdiera al gran amigo que había encontrado. Después recordó a Cupido y pensó que no era justo dejarlo solo.

Todo tenía un motivo y ella iba a acabar con el corazón destrozado después de aquel viaje a la Tierra.

–¿En qué piensas? Te has puesto seria de golpe.

–En nada. –contestó rápidamente y volviendo a sonreír.

Sabía que no la había creído pero dejó el tema y entró al vestuario a cambiarse. Un gran gesto de cortesía, respetar sus propios pensamientos.



Había comprado el traje después de jugar por toda la tienda, no era educado dejarlo allí y que la dependienta tuviera que recogerlo después de dejarlos jugar.

Iam se había ofrecido a acompañarla hasta casa, pero el camino se había tornado demasiado silencioso. Había intentado que ella hablara de todas las maneras posibles pero había algo que le impedía estar al 100% allí. Ella pensaba en algo y necesitaba afligirle preocupaciones.

—Deja de pensar que te vas a ir. Disfrutemos esto que tenemos ahora mismo y ya está. —le dijo sin más.

Pero Paige no levantó la vista del suelo, caminaba como una alma en pena cargando sus pesadas cadenas. Él bufó unos segundos y volvió a la carga, no iba a dejar que aquello quedara así.

—Cuéntame qué te preocupa o no voy a saber descansar tranquilo.

—Que no me crees cuando te digo que soy un ángel.

Frunció el ceño, él pensaba que eso eran puras bromas que ella le hacía. ¿De verdad se creía un ángel? Eso sí comenzaba a ser preocupante.

—Paige...

—Sí, sé lo que me has a decir. Que estoy loca. Lo sé. Sin embargo lo soy.

—Por favor cariño, no comprendo lo que te está pasando.

Ella se lanzó a correr por las calles concurridas de Nueva York, había sido un arranque repentino pero Iam no pudo evitar que su cuerpo le obligara a ir a por ella, no pensaba dejarla en paz, por muy loco que sonara la teoría de los ángeles.

Llegó hasta ella dos calles más allá, donde la cogió del codo y la detuvo en seco, obligándola a mirarle.

—No eres un ángel. Eres una mujer increíble y no sé por qué te crees uno de ellos. No sé si pensar que algo en ti no funciona como debería.

La mirada que ella le dedicó fue devastadora, tan dolorosa y llena de decepción que se sintió culpable de provocar en ella algo así. Algo en ella se había roto en mil pedazos y no supo si alguna vez todo volvería a la normalidad.

—Claro. Estoy loca.

—No he querido decir eso.

Pero eso era justo lo que decían sus palabras.

—¿Sabes qué? Debería irme a casa antes de que haga algo de lo que me pueda arrepentir.

Giró sobre sus pies y marchó calle abajo.

—Paige, por favor...

Ella lo encaró furiosa y dolida a la vez y le señaló con un dedo amenazante.

—No me sigas, déjame en paz de una vez.

Y allí quedó él, en medio de una gran ciudad sin comprender nada de lo que había ocurrido y lamentándose por todas sus palabras pronunciadas. Había sido un idiota.

## Capítulo 27

April vio entrar a Paige pero ya no era ella, lejos quedaba la sonrisa y el espíritu vivaz de la mujer que conocía. Sabía que había hecho mal en ocultarle que era un ángel pero no podía creer que lo tomara tan mal, tanto como para apagarse la chispa que la caracterizaba.

–Cariño, si es por que no te lo conté yo...

Antes de acabar ella la cortó.

–No, eso no importa. Comprendo tus motivos y ahora sé los míos para tener que volver a mi hogar. Aunque por otra parte creo que ahora lo estoy deseando.

Se preocupó por ella.

–¿Qué ha sucedido?

–Él no cree que soy un ángel.

Aquello la cogió de improviso.

–¿Cómo se te ocurrió decirle que lo eres?

–No quería secretos entre nosotros. Sé que lo que hay o no hay entre él y yo es especial y quería que me conociera en realidad. Que pudiera ver lo que soy sin juzgarme. –tomó aire y continuó:–Que no dejaba de verle, llamarle o escribirle no por que no quisiera si no por qué no podía.

–Cariño...

Ella alzó una mano y negó con la cabeza.

–No necesito ni tu compasión ni la de nadie. Si no te importa me voy a hacer la maleta, a pasear por Central Park un rato y volver al cielo, el mismo que no tendría que haber abandonado jamás.

Y no pudo hacer nada por detenerla, suspiró con pesar y miró hacia el techo tratando de hacer una conexión ficticia con Cupido.

–Ay Dios... –suspiró.

Sí, finalmente su ángel se había roto.

Y nadie podía recomponer los pedazos.

\*\*\*

–Yo no veo el problema... –dijo Josh sirviendo un nuevo chupito a ambos.

–Que está loca es el problema.

Ambos estaban en su bar favorito, un lugar humilde y tranquilo donde solían ir a celebrar casos ganados y perdido también. Era su punto de encuentro, llevaban yendo desde la facultad y eran leales a aquel sitio que se había convertido en tan suyo como su propia casa.

–Tal vez no la dejaste explicarse. Que es un ángel de Charlie o algo...

Iam rió.

–Buen intento.

–Mira tío, y no sé si está loca o no pero que los días que llevas viéndola pareces otro. Ya no hay ese serio trabajador que conozco, has vuelto a la vida, sonríes y dejas que tu trabajo sea un hobby y no tu motor para existir. Puede que ella esté loca... ¿y qué? ¿acaso importa?

Pensó en las palabras de su amigo, hombre, importar sí que lo hacía pero no tenía muy claro de a donde pretendía llegar.

–Claro que importa.

–No. Yo sé que eres más feliz con ella, loca o no es lo que te hacía falta. Tal vez eso sea la pequeña chispa de la que carecías.

El sabor fuerte del alcohol le quemó la garganta pero no bastaba para curar las heridas que llevaba dentro. Aún tenía los penetrantes ojos de Paige en su mente, unos que le miraban completamente entristecidos.

–Se va a ir de todas formas.

–¿La quieres?

Se sobresaltó y lo miró con los ojos fuera de sus órbitas.

–¿A qué viene eso? –preguntó Iam exaltado.

–Es una pregunta sencilla. Contéstala.

No, no era para nada simple, aunque sabía la respuesta no se atrevía a decirla en voz alta. Si lo pronunciaba era como hacerlo realidad, como admitir que amaba a una mujer loca y que se iba a ir lejos de su lado.

Era impensable saber que se había enamorado de Paige, ella había llenado su vida con sólo aparecer en ella. Había sido de forma accidental pero no había podido dejar de pensar en ella ni un solo segundo.

–Iam... no es tan difícil. –regañó Josh.

–Sí... –susurró él.

–¿Sí es difícil o sí la amas?

El alcohol comenzó a hacerle mella, era como si todos los chupitos que llevaban bebidos entre los dos se los hubiera bebidos todo él. Entonces recordó la poca tolerancia que tenía al alcohol y maldijo.

–Iam. –canturreó Josh esperando una respuesta.

–La quiero. Mucho, es como si mi corazón no pudiera vivir sin ella, como si no pudiera pensar en nada más en lo hermosa que es. La quiero, con su sonrisa encantadora, su ropa color chicle, su ... todo.

–Pues voy a darte el consejo de tu vida, algo trascendental que cambiará tu forma de ver el mundo.

Ambos quedaron callados, Iam esperando la respuesta y su amigo para dar ambiente. Al final, después de reír un poco le dijo:

–Ve a por ella.

–Se va a ir.

–¿Y qué? El no ya lo tienes. Además, cuando alguien quiere algo tiene que ir a por él. Corre, ve a por Paige y lucha.

–No quiere estar conmigo.

Dejó caer la cabeza sobre la barra, no, ella nunca aceptaría quedarse a su lado y mucho menos después de haberle hecho tanto daño.

–Eres idiota.

Iam lo miró ofendido.

–No te enfades por que te diga la verdad. Un pibón como Paige no puede dejarse escapar y ella se muere por ti que se la ve de lejos.

–¿Tú crees? –preguntó inocentemente.

–¿Pero tú eres tonto? ¡Claro que sí! Lánzate.

Las palabras de Josh tomaron forma en su mente y no supo si era la falta de embriaguez lo que le hizo creer que todo tenía sentido. Sí, ella no podía irse sin antes escuchar lo que tenía que decirle.

Sólo después de que supiera que la amaba –ángel o no– la dejaría marchar si así lo decidía.

Con rapidez se puso en pie y sacó las llaves de su coche.

–Voy a verla.

Josh se las arrebató y negó con la cabeza.

–Borracho no conduces, no quiero sentirme culpable si te matas.

–Pero quiero verla.

Su amigo golpeó una de sus rodillas y sonrió ampliamente. Sí, había pillado la indirecta pero él prefería su auto.

–Andando que no estamos tan lejos.

No se paró a despedirse, se levantó y salió corriendo del bar a toda prisa. Su vida sentimental dependía de ello.

–No te preocupes ya pago yo... menudo amigo. –susurró Josh.

Luego, sonrió y dijo mirando el contenido del chupito:

–Por favor, que le salga bien.

Y se lo bebió entero.

## Capítulo 28

La maleta estaba casi preparada, apenas había traído unas pocas prendas de ropa y las que April se había empeñado en regalarle. No se había esperado que el viaje a la Tierra acabara de esa forma, pero aquello afianzaba su primera reacción ante todo aquello.

Mejor le hubiera ido si se hubiera negado a ir. Había seguido la corriente al destino y sus pasos la habían llevado a sentirse vacía. Los momentos con Iam habían encendido algo que no creía que pudiera encenderse en ella; ahora, sabía lo doloroso que era el mal de amores.

–Paige...

Estaba enloqueciendo y tenía la certeza de ello por que sentía la voz del humano llamarla. Era mejor volver cuanto antes a casa o se iba a quedar en la Tierra pero en un centro psiquiátrico y con una camisa de fuerza.

–Paigeee. –un grito la espantó.

¿Cómo podía sentir su voz?

–Ay madre, dime que no me estoy volviendo loca por favor. –se susurró a ella misma.

–Paigeee

*“Espera, eso no pueden ser alucinaciones.”* –pensó.

Por supuesto que lo que estaba escuchando era real y no un producto de su imaginación. Iam la estaba llamando, lo que no tenía muy claro era desde dónde lo hacía.

Siguió su voz, los siguientes llamamientos la hicieron caminar en círculos en la habitación hasta llegar a su ventana y mirar a través de ella. Al fin lo encontró.

Él estaba en la calle, tras la verja de la casa de April y miraba hacia la ventana del comedor llamándola.

*“Déjalo.”*

Pero, simplemente, no pudo. Suspiró negando con la cabeza, no era buena idea pero no podía resistirse a saber qué quería de ella en aquel momento. Ya se lo habían dicho todo y era mejor dejar de verse de una vez.

Abrió la ventana y le silbó.

–Estoy aquí.

Él miró hacia ella y sonrió.

–Menos mal que no te has ido. Ya pensaba que no volvería a verte.

Paige se sentó en el alféizar de la ventana, no sabía muy bien como encararle. Todo él se tambaleaba y comenzaba a creer que llevaba unas copas de más en su sangre.

–No tendríamos que hacerlo y lo sabes.

–Yo creo que me merezco que me escuches.

Su voz era lenta, como si le costara pronunciarlas, era evidente que estaba embriagado y no estaba de humor a soportar que un borracho cantarín bajo su ventana.

–Mira, mejor nos vemos mañana ahora no tengo ganas de soportarte.

–¡No! –exclamó él desesperado.

Lo vio cogerse a la verja y comenzar a escalarla.

–¡Para! Te vas a hacer daño. –le pidió realmente preocupada.

Iam la miraba al mismo tiempo que subía los pies a la verja y decía palabras que no pudo llegar a entender, ella únicamente tenía ojos en él, en que no hiciera ninguna estupidez.

Pues bien, justo cuando tenía un pie al otro lado y le tocaba al izquierdo pasar, este le hizo tropezarse y caer estrepitosamente contra el suelo.

–¡Iam!– gritó presa del pánico.

Con el corazón en un puño salió corriendo fuera de su habitación y bajó las escaleras a toda prisa, en el último escalón tropezó y, tras unas piruetas absurdas, logró no acabar de bruces en el suelo.

April la miró sorprendida desde el comedor pero ella no le dijo nada, únicamente se levantó y corrió a la puerta.

–¿Se puede saber qué te pasa? –quiso saber su amiga.

–¡Ay, que se ha matado!– alcanzó a explicar.

Abrió la puerta y ahí estaba él, dolorosamente en pie y esperando en el porche y con una mano acariciándose el trasero. Lucía una sonrisa lastimera y sus pantalones se habían rasgado por completo.

–¿Te hiciste daño? –preguntó Paige acongojada.

–Sólo en el orgullo, antes era más ágil.

Quedaron mirándose a los ojos hasta que, al final, Paige rio ante todo lo que había sucedido. Con una mano se frotó los ojos y volvió a encararlo, era el hombre más sexy que había visto y sabía que no podría olvidarse de él.

–Gracias por venir.

Era como si todo hubiera vuelto a la normalidad, como si sus últimos instantes juntos no hubieran sucedido. Eso era lo que quería recordar, los buenos momentos.

–Paige, sé que no es la mejor de las maneras para decírtelo, mucho menos medio borracho por culpa de cuatro chupitos pero necesito decirte lo que siento por ti.

–Pues si no es la manera deja que lo diga y o que no he bebido. –sonrió ella.

El pobre humano parpadeó confuso, abrió la boca y la cerró un par de veces hasta quedar en un silencio sepulcral.

–Te quiero Iam Sanders.

Esa era la única de las verdades, no había contado con enamorarse en aquella escapada a la Tierra pero lo había hecho. La primera vez que se habían visto había saltado la chispa y algo les había atraído hasta acabar en aquella situación.

Él estaba tan blanco y petrificado que Paige comenzó a preocuparse. Tras unos segundos esperando que reaccionara, y ante la negativa de éste, decidió poner su mano sobre su frente en busca de algún signo de enfermedad.

—¿Te encuentras bien? ¿Intoxicación etílica?

No pudo prever lo que sucedió después, Iam la tomó entre sus brazos y tomó su boca con desesperación. Una parte de ella le imploró que se separara, que luchara ante la tentación de aquel hombre besándola pero no pudo resistirse. Cayó casi flácida unos segundos en sus brazos, momentos antes de abrazarlo y profundizar el beso.

Ambos gimieron al sentir la lengua del otro, pronto comenzaron un juego de movimientos circulares en la boca del otro y caricias en sitios prohibidos. Esa era la reacción que se originaba cuando estaban juntos, que no podían estar el uno sin el otro.

Al separarse Iam lucía una sonrisa pletórica.

—Te quiero Paige Moon.

El mundo no podía ser un lugar mejor en aquellos momentos.

\*\*\*

Poco después del arrollador beso, Iam había quedado casi K.O. por culpa del alcohol y lo habían dejado durmiendo en su habitación. No había sido la noche romántica que había esperado tras decir a alguien que lo quería pero no importaba.

Él era sencillamente perfecto.

Se acercó a la cocina y vio a April acechando a sus dos últimos cupcakes que había sobre la encimera.

—Te has comido casi una bandeja de doce, podrías dejar alguno para Iam.

—Los tíos buenos no pueden comer dulce, se les va la tableta de chocolate. —replicó su amiga.

Paige rió, estaba claro que Iam era realmente hermoso, pero un cupcake no iba a hacerle perder esos abdominales de ensueño.

—Deja ese. —le advirtió con tono amenazante, en aquel momento se veía como una madre regañando a sus hijos.

April hizo caso omiso a la petición y cogió la magdalena pero ella reaccionó deprisa y le dio en las manos hasta quitársela.

—Este es de Iam.

Pero su amiga era como un perro con un hueso, se lanzó a por el otro y no lo cogió porque ella supo interceptarlo antes. Era hora de darle un buen escarmiento a aquella mujer. Le pegó un gran mordisco y con la boca bien llena de cobertura de chocolate le dijo:

—Se han acabado.

April pegó un grito de harpía e hizo un pequeño puchero, luego le pegó con las manos en el brazo izquierdo mientras lloriqueaba que la había dejado sin dulce y que eso era un pecado mortal.

—¡¿Cómo puedes hacerme esto?!

—Por no decirme que eras un ángel. Castigada.

—¡No es justo! —lloriqueó, pero Paige no la escuchó, iba a escaleras arriba a despertar a Iam.

Ese iba a ser su último día juntos, las vacaciones se habían acabado.





Estaba nerviosa, Iam había decidido llevarla a la playa y jamás la había visto. No sabía qué esperar de aquel viaje, ni de cómo reaccionar cuando el día se acabara. Llevaba un pesado nudo en el estómago y únicamente soñaba con detener el tiempo y hacer de ese momento uno único y perdurable en el tiempo y el espacio.

El camino fue tranquilo, ambos hablaron de cosas triviales, livianas que no les hicieran recordar lo que iba a ocurrir o todo lo que les había acontecido ya.

Era extraño pensar en que todo aquello se iba a acabar, había estado temiendo el momento en bajar a la Tierra y ahora temía dejarla. Todo había cambiado en poco tiempo, era demasiado pronto pero sabía que nunca iba a estar preparada para algo así. Aquello tenía que ser como la cera, que se quita de un tirón o duele si vas lentamente.

Iam antes de poder poner un pie fuera del coche vio como Paige casi voló fuera del vehículo y corría a la arena. En algún momento vio volar los zapatos y meter los pies en el agua. Dio un grito sorprendido al comprobar lo fría que estaba el agua y volvió a meterse hasta casi las rodillas.

Llegó hasta ella hipnotizado por su belleza, ella experimentaba las texturas de la playa como si jamás antes hubiera ido a ninguna. Saltaba y daba pequeños gritos de entusiasmo mientras el mar la acariciaba con cariño.

—¿Es la primera vez que ves la playa? —le preguntó.

Ella asintió y siguió mirando las olas golpear sus piernas.

—En el cielo no hay mar. Únicamente había visto el océano por foto.

Bufó triste, ya volvía al tema ese. No comprendía cómo se creía un ángel, en el resto de los aspectos se veía tan normal y cuerda... Ella lo miró y comprendió lo que estaba pensando.

—Nunca creerás en mí. —remarcó con lástima.

—Cariño, te quiero pero tienes que entender que lo que dices no tiene sentido.

Paige hizo una mueca de desagrado, salió del agua y lo encaró, tan cerca de él que podía sentir los rápidos latidos del corazón, tuvo la sensación que el corazón de ella iba a estar en su mano muy pronto.

—Mañana me marcho a mi casa. Cupido es mi padre y trabajo como su ayudante en *Loves Forever S.A.* No te molestes en decirme lo loca que estoy, lo sé, loca de atar, para camisa de fuerza. No importa lo que me digas, soy un ángel y te quiero.

Hizo una pausa, Iam quiso decirle algo pero parecía tan convencida en sus palabras que quiso creerla, ella necesitaba que la creyeran y sintió lástima al no conseguirlo.

—No volveré a verte. Esto eran unas vacaciones pero mi deber es estar en el cielo.

—Paige, escúchate, sólo dices... —no pudo acabar la frase por miedo a hacerle daño.

Ella acortó la distancia que los separaba y lo besó, fue de forma rápida pero a la vez tierna y dulce, con todo el sabor amargo de una despedida. Paige estaba acabando lo que fuera que tenían entre ellos.

—Gracias por traerme al mar. Yo misma llegaré a casa.

—Por favor, siento lo que he dicho. Quédate conmigo.

Negó con la cabeza y comenzó a caminar playa abajo, el paisaje era idílico, apenas había gente en aquella playa, únicamente el mar y la naturaleza rodeándolos por doquier. Y se acababa de convertir en la más triste de las imágenes, viéndola marchar por última vez.

—Joder... —susurró roto.

¿Por qué la vida era tan injusta? Él deseaba y amaba a esa mujer más que a nadie en el mundo pero ella se creía un ángel. ¿Por qué no podía estar cuerda? Lo que más lamentaba era no poder creerla, aquella mujer lo había necesitado tanto que parecía que le iba la vida en ello.

No podía dejarla irse sola.

La buscó con la mirada y la vio en la lejanía, caminando sin más, tambaleándose al compás de la brisa, cada golpe de aire su golpe se contoneaba más.

Comenzó a correr hacia ella como si la vida le fuera en ello, necesitaba disculparse y tratar de explicarle que deseaba creerla, que únicamente debía darle tiempo para comprender lo que le ocurría.

De pronto la vio detenerse ante una pareja que discutía acaloradamente, ellos se mantenían ajenos a la mirada que les dedicó Paige. Ella parecía terriblemente apenada con la discusión de aquellos desconocidos.

Y, de pronto, ocurrió, como si lo hubiera hecho cientos de veces las manos de Paige se iluminaron con una energía azulona y cuando las posó sobre los hombros de aquellas dos personas todo cambió.

Vio a la mujer retirarse y seguir caminando por la playa sin más, sin pararse a ver su obra completa. La pareja ya no discutía, se besaba como si hubieran estado separado durante décadas y se hubieran encontrado de golpe, tan desesperados por amarse que daban envidia.

Entonces... ¿era real?

¿Una ángel?

—¡Paige! —bramó.

El aire llevó su nombre hasta los oídos de aquella mujer, la cual, se giró y lo miró completamente sorprendida. Era su momento, lo había visto todo claro y tenía que hablarlo con ella. Corrió, como si su vida le fuera en cada zancada que daba para aproximarse a su destino.

Cuando llegó ante ella, Paige había enjuagado sus lágrimas pero no los rastros, su ojos seguían rojos y su piel húmeda.

—Lo siento. —no había más palabras que definieran lo que quería decirle.

Había sido un estúpido, ella no se había ocultado en todo el tiempo que llevaba en la Tierra y él, ciego de corazón, no había podido ver que su Paige era un ángel en el mundo.

—¿Lo has visto?

—Sí. —asintió.

Ella señaló a la pareja que seguía besándose de forma muy pasional e hizo una mueca amarga.

—Ese es mi trabajo, veo expedientes y trato de adivinar que pareja combina mejor. Luego se les junta y se espera que sean felices. Pero nunca antes lo había experimentado, no me había permitido sentir, había vivido las experiencias de otros como mía propias y me había olvidado de vivir.

De pronto, unas gigantescas alas blancas adornaron su espalda.

—No podía enseñarte quien era y hacerte creer en mí. Jamás hubieras visto mi magia sin creer en ella, si lo has hecho es que, al menos, una parte de ti dudaba que lo que decía era real.

\*\*\*

Se sentía llena de emociones, euforia, amor, lujuria, todas ellas se agolpaban en su interior removiéndola fuertemente. Haciéndola incapaz de hacer o decir nada más, él, al fin había creído en sus palabras y no sabía si aquello era bueno o malo. Ahora prefería que se hubiera creído que estaba loca, así, al menos no hubiera sufrido la separación que estaban a punto de vivir.

—Debe haber alguna manera para que nos podamos seguir viendo... —susurró Iam.

Ella negó con la cabeza.

—El cielo es mi hogar y debo trabajar, los ángeles no podemos viajar de un lado al otro tanto como quisiéramos. Requiere una cantidad de energía demasiado grande y quedamos debilitados durante meses. Cupido me trajo aquí y ahora yo debo volver. Me dio un mes.

Aquello era una despedida amarga, una terrible que no quería vivir. Abrumada por el dolor Paige se dejó caer de rodillas y se cubrió con las manos el rostro para romper a llorar.

Era un sentimiento tan visceral y terrible que se odiaba por sentirlo, por amarle, por haber caído en las redes del amor.

Iam se apiadó de ella, bajó a su altura y tomó sus manos. Con suavidad descubrió el rostro hermoso de la mujer que deseaba para sí y le sonrió con todo el amor.

—Cariño...

La ángel parpadeó dejando que enormes lágrimas siguieran mancando su rostro.

—Puedo entender que tengas que marcharte pero que sepas algo antes de irte.

—Dime. —y sorbió por la nariz, se sentía tan estúpida por cómo se estaba comportando que le entraron más ganas de llorar, aunque logró controlarse.

–Voy a amarte siempre. Puedes irte de mi lado pero mi amor siempre será para ti. No voy a reemplazarte, no voy a dejar que abandones mi corazón. Y no lo hago como un acto egoísta para que te sepa mal irte sino para que nuestro amor sea épico y cuando pasen los siglos aún se siga hablando de todo cuanto llegué a amarte.

Paige rompió en llantos, lanzándose con los brazos al cuello de Iam, sujetándolo con fuerza, llamándolo una y otra vez con tanta desesperación que dolía.

–Te amo, Iam.

–Y yo a ti mi ángel.

Una cálida brisa los hizo tambalearse y unas pequeñas campanitas resonaron a su alrededor. Era el momento de partir y no sabía si iba a ser capaz, su padre la llamaba de vuelta. Era el momento.

–¿Debes irte ya? –comprendió Iam mirando contemplando sus ojos llenos de miedo.

–Sí...

No hubo tiempo de palabras, no se dijeron nada más, únicamente se besaron. Fue un momento dulce y amargo, abrazándose y tomando la boca del otro con pura pasión, el corazón y el alma de ambos estaba en aquellos instantes.

Tras unos segundos, él se separó de ella para luego darle tres rápidos besos sobre sus labios.

Cerró los ojos y sintió como la energía tiraba de ella para arriba. Abandonando el mundo de los hombres. No abrió los ojos, quería llevarse la última imagen de Iam consigo, no iba a permitir que nadie le arrancara la imagen de su amado.

Cuando la ascensión acabó se dejó caer al suelo rota por el dolor, llorando y gritando sin parar.

Le había dejado para siempre.

## Capítulo 30

Nunca se imaginó que la primera imagen que tendría de la vuelta de su hija Paige iba a ser verla completamente consumida por el dolor. Su pequeña no había posado los pies en el suelo que ya se había dejado caer y lloraba en posición fetal.

–Paige...

Destino contempló la escena y miró a Cupido de forma acusatoria. Él no aprobaba el dolor que la ángel estaba sintiendo, todo aquello tenía remedio pero no iba a entregarla a la Tierra.

–Podías haber hecho esto como un hombre... –le explicó su socio.

–Es mi hija, no la voy a perder.

Destino señaló a Paige como unos pedazos rotos de un espejo.

–Es mucho mejor tenerla así, claro que sí. –tragó saliva conteniendo la rabia y le escupió a Cupido– Podías haber ido a verla, disfruta de los retales que quedan de tu pequeña.

Salió del despacho en tromba, no podía mirar atrás o iba a golpear a su amigo hasta que perdiera la conciencia.

–Cariño... –Cupido habló con suavidad, acercándose a su niña con calma, con todo el amor del mundo.

Puede que ella se viera mal pero iba a mejorar, aquel amor iba a ser pasajero y pronto volvería a ser su niña pequeña. Se arrodilló a su altura y tocó su espalda, ella rápidamente se apartó gritándole:

–¡Déjame!

No hubo forma de poder hablarle, comenzó a gritar como si le doliera el cuerpo, como si no hubiera consuelo posible para ella. Cada vez que intentó alcanzarla, cada intento fallido de contactar con ella fue en vano, Paige estaba fuera de sí y toda ella desbordaba energía tan peligroso como terrible.

–Haré lo que quieras Paige, pídemelo y lo haré. –suplicó Cupido esperando el perdón.

Él no había buscado herirla, únicamente cuidarla y seguir teniendo a su preciada niña, tan dulce como los postres que preparaba.

–Quiero ir a casa.

–De acuerdo. –asintió Cupido llorando, no supo exactamente cuando había arrancado a llorar pero estaba deshecho de sufrimiento por su niña.

La tomó en brazos y aparecieron en su casa, la dejó sobre el sofá del comedor y quiso tapparla. En lo que buscaba la manta, las palabras de su hija le dispararon por la espalda.

–Déjame sola.

–Pero.

–Respétame al menos.

No podía dejar de sentir dolor por la petición pero no iba a hacer que se sintiera peor. Simplemente asintió y desapareció de su casa, volviendo a su despacho frío y solitario.

Ahora que todo estaba en su lugar no tenía muy claro de que aquello fuera lo correcto, no supo saber con claridad el por qué pero no había estado preparado para una vuelta tan dolorosa de Paige.

Suspiró y se tapó el rostro con sus propias manos, sí, él era el causante de semejante dolor. No había derecho a que su pequeña sufriera tanto por su culpa.

¿Cómo había sido capaz de dañarla así?

\*\*\*

*Dos semanas después:*

–¿Por qué no pruebas el plato al menos? –la voz de Destino mostraba su desagrado a su negativa de comer.

–Cómetele tú. –dijo ella y volvió a taparse con la manta. No tenía ganas de nada y mucho menos de comer.

–¡Paige! –exclamó con autoridad.–No me obligues...– sus últimas palabras fueron más una súplica que otra cosa.

–No quiero. –negó ella rotundamente.

Escuchó como Destino lanzaba la cuchara dentro del plato, dándose por vencido y se iba a la cocina a recoger todo el estropicio.

–Pequeña, te he traído un cupcake, no son los que tú haces pero... pueden animarte un poco.

La voz de April no ayudó, ella le traía a su mente todos los recuerdos de su viaje a la Tierra. Su amiga había vuelto al cielo tras la ruptura con Ross. Según tenía entendido, se había despedido del humano tras darle un ultimatum, estaba cansada de estar sola y él había elegido el trabajo.

Sentía lástima por ella y su amor roto pero Paige se sentía igual. Abandonada, no por que él no la quisiera si no por que su hogar era el cielo.

–Este no es el mejor camino.

–Es el que quiero.

Entonces, Cupido entró en su casa, el golpe de energía llenó toda la estancia para que luego lo llenara el silencio. Iba a verla todos los días y se iba rápidamente, tras unos minutos discutiendo que comiera y diciéndole que debía volver al trabajo.

–¿Ha comido? –preguntó a April.

Ante la negativa de ella contempló a su hija, estaba en el sofá tumbada hacia el respaldo. Sus largas y grandes alas blancas yacían en el suelo rodeada de plumas esparcidas por su alrededor, estaban comenzando a caer dejando pequeños claros sin nada. Su poca alimentación y la pena estaba haciendo que sus alas perdieran las plumas.

Aquello no podía seguir así.

Se acercó a ella y tomó su mano izquierda, Paige no opuso resistencia pero un gruñido por lo bajo le indicó que no estaba de acuerdo con lo que estaba ocurriendo.

–Ojalá algún día puedas perdonarme. He sido tan ciego... el amor de un padre debería ser eterno y, aunque te tenga lejos, debería haber permitido tu marcha. He sido egoísta teniéndote para mí solo.

Ella lo encaró y lo miró con el ceño fruncido.

–Iré a verte todas las veces que pueda. No quiero que te libres de mí pero deseo que vuelvas a la Tierra.

–No puedo... tú...

Cupido negó con la cabeza y acarició su rostro.

–Sí puedes, lo he arreglado todo. Sé buena allí abajo, haz toda la magia posible, sé tu misma y ama a ese hombre como se merece.

Paige rehusaba creerle, era como si no conociera al hombre que tenía delante.

–Si es una broma no tiene gracia.

–Cariño, siento el dolor que te he causado pero he estado ciego. Vas a volver a la Tierra.

–¿Pero tú? ¿Y *Loves Forever S.A.*?

Tantas preguntas se agolpaban en su mente que no sabía si iba a ser capaz de poder preguntarlas y escuchar las respuestas de todas.

–Yo iré a verte y, si quieres, puedes seguir siendo una ayudante pero desde allí abajo.

–¿De verdad?

–Por supuesto cariño.

Paige, con las pocas fuerzas que tenía, se trató de levantar y abrazarlo pero no pudo, al final fue Cupido el que tomó a su pequeña y la acunó.

–Gracias Papá.

–Por favor, sigue llamándome Papá... –suplicó.

–Perdóname por no habértelo llamado nunca...

Ya no había nada que perdonar, cuando Paige volviera a estar en forma volvería a la Tierra. Era su lugar y él debía dejarla marchar. Su pequeña debía abandonar el nido.

## Epilogo

Iam salía del juzgado acompañado de Josh, éste lucía sonriente y mirando el móvil sin parar. Seguramente, un nuevo ligue se mensajeaba con él y pronto le empezaría a torturar con los detalles. Oh, no, no los necesitaba.

–Esta chica es la bomba.

–No me lo cuentes, no lo necesito... –pidió.

–Tú te lo pierdes, está en la puerta.

Su amigo no comprendía cuando le decían que no quería detalles. Él era incapaz de callar, y le aburría con todas sus palabras. Únicamente quería llegar a casa y ponerse con su nuevo caso.

Mientras trabajaba no pensaba en nadie cuyo nombre empezaba con “P”.

–Tío me he dejado el maletín en la sala. Sal y dile a la chica que me espere.

–Ah, no. Yo no quiero saber nada.

Josh juntó sus manos y suplicó con cara de corderito, tras tres o cuatro pucheros infantiles Iam no pudo negarse, sí, su amigo era un payaso pero aquel gesto de él siempre ganaba la batalla, les había pasado toda la vida.

–De acuerdo.

–¡Gracias! Es morena y lleva una camiseta rosa. Dile que salgo enseguida.

Y corrió pasillo abajo.

Iam suspiró, bien, iba a decirle al ligue de Josh que se retrasaba, luego pasaría por cualquier sitio de comida rápida y volvería a casa donde engulliría un nuevo caso en el que trabajar y mantener la mente ocupada.

Salió al exterior y bajó las larguísimas escaleras que les separaban del resto de la ciudad, aquel edificio era bastante impresionante pero con los años se había

convertido en un edificio más.

Buscó con la mirada a la chica de Josh y tras unas vueltas logró encontrarla, sólo que no era la desconocida que esperaba. O su vista le engañaba, o era Paige o el destino le tenía preparada una mala pasada con una mujer idéntica a ella.

Se acercó lentamente, mirando cada rasgo, reconociéndola por cada pulgada de su cuerpo. Sí, era ella.

—¿Qué haces aquí?

—Venir a por Josh. —dijo Paige señalando con la cabeza tras de sí.

Sobre las escaleras su amigo movía el móvil sonriente y luego se marchaba hacia su coche. Iam no salía de su asombro, no podía comprender la encerrona que le habían preparado.

—¿Cómo es posible?—alcanzó a decir.

—Me han dado permiso para quedarme. Siempre que quieras.

Paige estaba tan nerviosa, hacía un mes que no le veía y estaba algo más descuidado pero igual de atractivo y sexy. La barba de tres días que lucía le quedaba increíblemente erótica y no podía esperar a llevarlo a algún lugar donde quitarle la ropa.

—¿Qué si quiero? ¡Por supuesto!

Ambos estaban uno delante del otro pero sin tocarse, como si se tuvieran miedo de desaparecer por el contacto.

—Perfecto. —sonrió ella.

—Pero... ¿y tú trabajo? ¿Y tú padre?

—Mi padre vendrá a verme en cuanto pueda y seguiré trabajando desde aquí.

Iam miró al cielo y preguntó:

—¿Esa decisión no podías haberla tomado antes?

Paige rio y se lanzó rápidamente a taparle la boca con las manos.

—No le enfades.

—¡Es verdad! Disculpa. —dijo dirigiéndose a un Cupido que seguramente les veía.

La tomó en sus brazos todo lo fuertemente que pudo y tembló al sentir que su cuerpo la reconocía y reaccionaba con ella. Era su aroma, su calidez, su todo, era la ángel por la que moriría y la mujer que quería a su lado el resto de su vida.

—Tengo un problema... —susurró Paige.

—¿Cuál?

—¿Es demasiado pronto para decirte que no tengo casa?

Ambos rieron ante la pregunta y él sintió que eso era sencillamente perfecto.

—Te vienes a la mía y si no te gusta compramos una.

Ella quedó pensativa.

—¿Has ganado el caso?

Él asintió afirmando.

—Fue difícil pero lo conseguí.

—Te amo, Iam. —dijo de golpe Paige, incapaz de dejar de mirarle a los ojos.

Él supo que era verdad, era un amor tan profundo y hermoso que se sintió bendecido por sus sentimientos.



–Y yo a ti también te amo, Paige.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

Él asintió intrigado.

–¿Por qué tres besos? Cuando te despediste me besaste por última vez tres veces.

Sí, recordaba aquellos besos. Tomó aire unos segundos y dejó que los sentimientos se le templaran un poco, las emociones le recorrían sin cesar y no podía controlarlas. Al final, explicó:

–Uno por conocerte, otro por amarte y otro por perderte.

Paige se sintió sobrecogida, él era el mejor hombre del mundo, su amor era más que un regalo. Nunca antes había soñado con algo semejante, con que un hombre la quisiera de la forma que Iam lo hacía.

–Te amo. –dijo ella nuevamente.

Iam miró al cielo y gritó:

–¡Gracias! ¡Cuidaré bien de ella!

Poco le importó lo que pensarán los demás, a veces la locura era una señal magnífica de cordura.

¿FIN?

Si crees que esto acaba aquí tal ves estés equivocado...

## Próximamente

La pantalla del ordenador echaba humo, Iam no salía de su asombro. Abrazó a su querida mujer y le dio un beso de Consuelo, era lo menos que podía hacer en un caso como ese.

Tercer ordenador muerto en un mes, pronto iba a establecer un record.

-Necesito ayuda.

-Siento no poder ser muy útil en ese caso pero ahora mismo llevo diferentes casos a la vez.

Iam hizo un pequeño puchero con la barbilla apoyada sobre la mesa.

-Papiiiiii

Y, por arte de magia, Cupido apareció en la habitación luciendo una orgullosa sonrisa por la palabra que había empleado para llamarlo.

-¿Sí?

-Quiero a April.

Los dos hombres de la estancia quedaron sorprendidos por la petición.

-¿Cómo?

-La última vez que hablémos me dijo que no se estaba adaptando, así que, envíala a la Tierra de nuevo y que me ayude en nuestros casos de Loves Forever S.A.

Iam sonrió, sí, su mujer extrañaba a su amiga y, seguramente, ella a Paige.

-Le preguntaré. –contestó su padre.

-No, la quiero aquí ya.

## BÚSCAME

### **EN FACEBOOK:**

Tania Castaño–Lighling Tucker

### **Y EN TWITTER:**

@TaniaLighling

## BIOGRAFIA

Lighling Tucker es el seudónimo de la escritora Tania Castaño Fariña, nacida en Barcelona el 13 de Noviembre de 1989.

Lectora apasionada desde pequeña y amante de los animales, siempre ha utilizado la escritura como vía de escape. No había noche que no le dedicara unos minutos a plasmar el mundo de ideas que poblaban su cabeza.

En 2008 se lanzó a escribir su primera novela en la plataforma Blogger, tanteando el terreno de la publicación y ver las opiniones que tenían sobre su forma de expresarse. Comenzó a conocer más mujeres como ella, que amaban la escritura y fue aprendiendo hasta que en 2014 se lanzó a autopublicar su primera novela Redención.

En la actualidad, tiene un segundo libro publicado (Alentadora Traición) y está preparando próximas publicaciones para 2016.

Esta escritora no pierde las ganas de seguir aprendiendo y escribir, esperando que sus historias cautiven a las personas del mismo modo que la cautivan a ella.